



JULIO VERNE

El secreto de
WILHELM STORITZ



PLAZA



VERNE

Annotation

Hungría, 1898. Wilhelm Storitz, hijo de un famoso alquimista, jura vengarse de la familia Roderich, ya que no han permitido que se casara con su hija, la joven y bella Myra. Fiel heredero de los sorprendentes descubrimientos científicos de su padre, Wilhelm considera que la venganza más justa es volver invisible a la joven. Y así, el día de la boda entre Myra y su apuesto novio, la joven desaparece, para gran consternación de los invitados.

Este inesperado suceso desencadena una larga serie de aventuras y otros acontecimientos igual de sorprendentes, hasta un desenlace imprevisto.

El secreto de Wilhelm Storitz se inscribe dentro de la línea fantástica de la extensa obra de Julio Verne.

Versión original e inalterada del manuscrito mecanografiado hallado por Piero Gondolo della Riva en los archivos de la familia Hetzel.

JULIO
VERNE

El SECRETO de
WILHELM STORITZ

Traducción de
Rosa Alapont

Esta edición de *El secreto de Wilhelm Storitz* ha sido revisada y corregida de acuerdo con las normas de la Société Jules Verne

Título original: *Le secret de Wilhelm Storitz*

Primera edición: julio, 2001

© para la primera publicación en edición limitada 1985, Société Jules Verne

© 1996, Les éditions internatinals, Alain Stanké

© 1996, L'Archipel

© de la traducción: Rosa Alapont

© 2001, Plaza & Janés Editores, S. A.

ISBN: 84-01-32887-X

Depósito legal: B.25.816 - 2001

Digitalización: vampy815

LA PASIÓN DE WILHELM STORITZ



A finales del siglo XIX, Julio Verne tiende a liberarse de los estrechos límites a los que le confina el lema de la colección Hetzel, «Educación y recreo». Si bien el escritor sigue respetando a sus lectores, bajo la vigilancia del editor Jules Hetzel, sucesor de su padre, Pierre-Jules Hetzel, se atreve no obstante a abordar otros ámbitos poco a poco, en particular el género fantástico, con *Le Sphinx des glaces* («La esfinge de los hielos») (1897) y *Les histoires de Jean-Marie Cabidoulin* («Las historias de Jean-Marie Cabidoulin») (1901). Sin duda esas novelas «extraordinarias» se salen de lo corriente, pero no en el sentido en que lo entienden —y lo esperan— los jóvenes lectores. Por eso la crítica las desdeña, de lo que se resienten las ventas.

Verne, prudente, deja entonces de lado sus obras «no reglamentarias». Sin embargo, insiste en ver publicada una nueva novela fantástica, *Le Secret de Wilhelm Storitz* («El hombre invisible»). Con esa obra maestra ¿se desquitará Verne —él, que «no cuenta en la literatura francesa»—¹ y será apreciado al fin por su talento de escritor y ya no de divulgador? La muerte le impedirá conocer el destino de ese libro, el último confiado al editor.

Los manuscritos póstumos de Julio Verne

Por desgracia, las obras póstumas más caras al corazón de Verne serán desvirtuadas. Obedeciendo a intereses de índole comercial, el editor quiere modificarlas. Por consiguiente, encarga al hijo del escritor que las reescriba añadiendo mayores dosis de ciencia, personajes pintorescos y conclusiones dichasas. Michel Verne toma el gusto a «corregir»² las novelas de su padre y traiciona su espíritu. Así falsificadas, pierden su alma y no pueden ser apreciadas en su justo valor.

En 1977, Piero Gondolo della Riva encuentra en los archivos de los

descendientes de Jules Hetzel las copias mecanografiadas de los manuscritos originales confiados por Michel Verne al editor. El investigador italiano constata las divergencias existentes entre lo mecanografiado y los libros publicados. Tras calibrar la amplitud de las modificaciones efectuadas, se impone la tarea de publicar las versiones originales, las únicas auténticas, de las novelas dejadas por Julio Verne. La Société Jules Verne es la primera en consagrarse a ello, publicando en tirada limitada, entre 1985 y 1989, *Le Secret de Wilhelm Storitz* («El hombre invisible»), *La Chasse au météore* («La caza del meteoro»), *En Magellanie* («Los naufragos del Jonathan»), *Le Beau Danube jaune* y *Le Volcan d'Or* («El volcán de oro»).

Sólo faltaba dar a conocer al gran público esos textos ignorados. Un siglo después de su creación, las postreras obras vernianas recuperan de ese modo sus cualidades originales. El escritor, mejor comprendido —y tras el éxito alcanzado por *Paris au xxe siècle*³ («París en el siglo xx») —, ve cómo su valor literario se afirma una vez más al aproximarse el centenario de su muerte, en 2005.

El secreto de Wilhelm Storitz

En 1897 Julio Verne debió leer sin duda una reseña de *El hombre invisible*, de H. G. Wells, y en 1898⁴ imagina, a la inversa, una «novia invisible», título demasiado explícito con el que designa al principio su nueva novela. El espíritu de ambas obras difiere: rudo en Wells, nostálgico en Verne. Más tarde, hacia 1901, el escritor recupera y modifica su primera versión con el fin de hacerla más sobria y concisa.

Verne cree tener en sus manos una nueva obra maestra, pero teme la reacción de Hetzel y vacila en comunicárselo. Habla de ello en diversas ocasiones, y no se decide hasta septiembre de 1904:

Mer saharienne [L'Invasion de la mer] —dice al editor— irá seguida de *Le Secret de Storitz*, cada una en un volumen, que deseo ver publicados en vida.⁵

Jules Hetzel, reacio, prevé una prepublicación en un periódico para adultos, en lugar del *Magasin d'Education*, destinado a los adolescentes. Por fin, el 5 de marzo de 1905, diecinueve días antes de su muerte, el escritor confía su manuscrito, acabado y listo para componer, con algunos comentarios:

Storitz es el invisible, es puro Hoffmann, y Hoffmann no habría osado

llegar tan lejos. Tal vez haya que suavizar un pasaje para el Magasin, pues el título de esta obra podría ser también *La Fiancée Invisible*.⁶

A la muerte de Julio Verne, Hetzel lee la novela. Contrariado por su fuerza, su acción contemporánea, su clima pasional y su romanticismo fantástico, el editor rechaza su publicación. Habrá que esperar a 1909, tras la aparición de otras obras póstumas, para que Michel Verne acometa la modificación de *Storitz* según las directrices de Hetzel.

El manuscrito de Storitz

El manuscrito de *El secreto de Wilhelm Storitz* ofrece un texto sumamente trabajado. Las correcciones son numerosas, sobre todo las supresiones destinadas a retener tan sólo lo esencial. Aparecen páginas enteras tachadas, sustituidas por una nueva redacción al margen. En él no se detectan, como había ocurrido con las otras novelas póstumas, lagunas ni cambios de nombres propios. La única vacilación del autor es el nombre dado al bulevar donde se encuentran las casas Roderich y Storitz, llamado en ocasiones «Tekeli» pero con mayor frecuencia «Teleki», al contrario de Michel Verne, que opta por la primera.

Postrera obra confiada en vida por el autor, lista para su publicación, *El secreto de Wilhelm Storitz* no necesita revisión alguna, a no ser la última corrección de pruebas, la cual hemos intentado suplir revisando con cuidado la presente edición.

Invisibilidad y pasión

El tema de la invisibilidad recorre los «viajes extraordinarios»; en *Le Château des Carpates* («El castillo de los Cárpatos») —otra novela de pasión, hermana gemela de *Storitz*— aparece ya el fantasma de una mujer desaparecida, la Stilla, pero cabe citar asimismo —según Philippe Lanthony—⁷ a «diversos personajes que actúan y a los que no vemos jamás, o sólo tras haber actuado de manera oculta, ya sea como jefe invisible (Hatteras), como amenaza invisible (Silfax en *Les Indes noires* [“Las Indias negras”], Wang en *Les Tribulations d’un Chinois en Chine* [“Las tribulaciones de un chino en China”]) o como protector invisible (Nell en *Les Indes noires* [“Las Indias negras”] y Nemo en *L’île mystérieuse* [“La isla misteriosa”])».

Las palabras de Sandorf (en *Mathias Sandorf* [«Matías Sandorf»]) proporcionan sin duda la clave de la novela: «La muerte no destruye, tan sólo vuelve invisible.» Una mujer amada y desaparecida —como aquella a quien Julio Verne amó— permanece en el recuerdo siempre tan bella y presente como Myra, «radiante de juventud, gracia y belleza». «Era el alma de la casa, ¡invisible como un alma!», concluye Verne. El luminoso retrato de Myra, pintado por Marc Vidal, conserva su frescura y se opone al cuadro maléfico de Otto Storitz.

En Verne no faltan heroínas tan femeninas como Myra —contrariamente a un prejuicio frecuente—, aun cuando algunas permanezcan en la sombra, se vuelvan locas o desaparezcan.

La novela habría podido titularse igualmente «La pasión de Wilhelm Storitz», pues su secreto sólo tiene por objeto saciar su amor exclusivo y obsesivo por Myra; pasión ardiente, egoísta y criminal que habrá de sorprender a quienes sólo ven en Verne a un geógrafo que pasea a sus personajes como lo haría un guía turístico. Así, el viaje de Henry Vidal a Hungría suscita sentimientos muy alejados de los grandes principios de educación científica establecidos por Hetzel padre. Resultan comprensibles las náuseas del editor al descubrir las diabólicas fechorías de Wilhelm Storitz...

Las transformaciones de Michel Verne

En un primer momento, Michel Verne percibió el vigor de la novela y sintió repugnancia ante la idea de desvirtuarla:

Con respecto a *Storitz* —*escribió a Hetzel en septiembre de 1909*—, he pasado largas horas reflexionando sobre este asunto sin decidirme a poner manos a la obra. Finalmente, he tomado la decisión de no cambiar nada de lo que hay. El volumen posee mayores cualidades de las que yo podría conferirle en cuanto a sus defectos, son irremediables. Así pues, mi papel se limitará a retocar los puntos que usted me ha indicado y a revisar el texto desde el punto de vista de la forma.⁸

Sin embargo, Jules Hetzel, haciendo caso omiso de tamaña lucidez, exige trasladar el tiempo de la acción del siglo XIX al XVIII, sin duda para hacer más creíble la historia... desde su punto de vista. Enfrentado a tan absurda tarea, al hijo del escritor se le escapan multitud de anacronismos. Suprime las palabras modernas, la mayoría de las veces sin sustituirlas por equivalentes más antiguos,

con lo que el relato pierde su sabor y se vuelve insulso. Desaparecen los ferrocarriles, los barcos de vapor, el matrimonio civil, el traje negro, las referencias hoffmannianas, etcétera.

Más tarde, Michel Verne reprochará al editor su descabellada idea:

Por lo que respecta a *Storitz*, se le antojó a usted la peregrina idea de que había que cambiar el «Tiempo» de la novela. En ningún momento vi gran interés en ello, y sigo sin verlo. No obstante, me ceñí a sus puntos de vista sin dificultad, lo que exigió la refundición total del libro y la caza y captura de todos los términos modernos, como kilómetros, gramos, francos, factor, etc. ¡Tal vez todavía queden algunos!⁹

En efecto, aun cuando sólo se tratase de vales y mazurcas...

Michel Verne modifica, pues, a su antojo, introduce nuevos episodios y se entrega, en el lugar de su padre, a reflexiones incongruentes, como la que sigue:

Acaso el lector se sorprenda —¡admitiendo que alguna vez yo tenga lectores!— ante la absoluta trivialidad de un viaje cuya rareza he comenzado ponderando. Si tal es el caso, que se arme de paciencia. Antes de que transcurra mucho rato habrá tantos elementos extraños cuantos quepa desear.¹⁰

Como hombre descreído, suprime todas las alusiones religiosas, como la sacrilega destrucción de la hostia:

La hostia consagrada fue arrancada de los dedos del anciano sacerdote... Aquel símbolo del Verbo encarnado, ¡profanado por una mano sacrilega! Después fue partida en mil pedazos y éstos arrojados a través del coro.¹¹

¡Algo susceptible de horrorizar a los lectores católicos! Michel Verne sustituye ese acto profanador por un numerito sin fuerza alguna, el lanzamiento de las alianzas, «que volaron a través de la nave». El hijo del escritor no comprendió que semejante agresión en una iglesia, sin reacción divina, refuerza la angustia y pone de manifiesto las dudas religiosas de su padre, irónico cuando afirma con anterioridad:

No era en una iglesia donde tal intervención [*demoníaca*] pudiera ejercerse. ¿Acaso el poder del Diablo no se detiene en el umbral del

santuario de Dios?¹²

Y sin embargo...

La muerte vencida

Por último —la traición más grave—, Michel Verne hace reaparecer a la desaparecida Myra. En esta novela testamento, Julio Verne transmitió un postrer mensaje: la obra artística —el cuadro y ese «viaje extraordinario»— representa lo real, símbolo de eternidad. El personaje se sacrifica para hacerlos vivir. Michel Verne, incapaz de percibir ese sentido profundo, insensible a la poética y nostálgica presencia/ausencia de Myra, opta por un final feliz, cometiendo a su vez un sacrilegio para con la literatura.

Julio Verne —hoy lo sabemos— sufrió a causa de la muerte de una amante adorada. Asocia la mencionada desaparición con la pérdida de su primer amor, Herminie, arrebatada a su pasión juvenil y casada contra su voluntad. En la obra verniana no dejamos de encontrar a hombres con el corazón roto y a rivales triunfantes. Un crítico llegó incluso a definir ese «complejo de Herminie».¹³

En palabras de Jean-Pierre Picot, las heroínas tienen un sombrío destino: «A Ellen (*Les Indes noires* [“Las Indias negras”]) la toman por un fantasma, y además está loca; a Laurence (*La Maison à vapeur* [“La casa de vapor”]) la creen muerta, y también está loca; a Stilla (*Le Château des Carpates* [“El castillo de los Cárpatos”]) la consideran loca, y también está muerta; por último, a Myra la creen desaparecida, y es invisible.»¹⁴

En esta última obra maestra, Julio Verne manifiesta asimismo la angustia que lo embarga ante su próxima muerte, únicamente apaciguada por el recuerdo de su «egeria», presencia eterna, invisible para todos pero viva en su corazón. La muerte es vencida por la supervivencia de la obra de arte, como lo expresa Edgar Allan Poe en *El retrato oval*, fuente de inspiración para Verne. Ya en *Monna Lisa*¹⁵ —comedia en verso escrita durante su juventud, de 1851 a 1855—, el joven autor había comprendido que «una obra de arte no se ejecuta sino a costa de la desaparición de su modelo».¹⁶ Pensamiento profundo del que jamás se desdijo, pues en 1874, años después de la redacción de *Monna Lisa*, Verne hace una lectura de la misma a sus colegas de la academia de Amiens.

En el relato de Poe, el pintor se extasía ante el retrato del que es autor: «En verdad, ¡se trata de la vida misma!» En *Storitz*, Marc Vidal exclama ante el de Myra: «... Más fiel que la naturaleza misma. (...) Se me antojaba que el retrato estaba a punto de cobrar vida.»¹⁷ Cuando el protagonista de Poe «se vuelve

bruscamente para mirar a su adorada... ¡estaba muerta!»;¹⁸ Marc Vidal pierde asimismo a su esposa, que se ha vuelto invisible. Sin embargo, gracias a su retrato, sigue siendo visible: «Podéis verme tal como yo me veo a mí misma», dice, bella por siempre jamás.

OLIVIER DUMAS

Presidente de la Société Jules Verne



Y llega lo antes que puedas, mi querido Henry. Te espero con gran impaciencia. Por lo demás, el país es magnífico, y un ingeniero encontrará muchas cosas para ver en esta región industrial de la Baja Hungría. No lamentarás tu viaje.

Tuyo de todo corazón,
Marc Vidal.

No lamento ese viaje, pero ¿hago bien en contarlo? ¿Acaso no es de esas cosas de las que más vale no hablar en absoluto? Y por otra parte, ¿quién concederá crédito a esta historia...?

Se me ocurre que el prusiano de Königsberg, Wilhelm Hoffmann, el autor de *La puerta tapiada*, *Le Roi Trabacchio*, *La Chaîne des destinées*, *Le Rejlet perdu*¹⁹, tal vez no se habría atrevido a publicar este relato, y que ni siquiera en sus *Historias extraordinarias* Edgar Allan Poe habría osado escribirlo...

Mi hermano Marc, que a la sazón contaba veintiocho años, había cosechado ya grandes éxitos en las salas de exposiciones como pintor de retratos. Era de justicia que le hubieran concedido la medalla de oro y la insignia de oficial de la Legión de Honor. Ocupaba una elevada posición en el arte de los retratistas de su tiempo, y Bonnat podía sentirse orgulloso de haberle tenido como alumno.

El más tierno y estrecho afecto nos unía el uno al otro. Por mi parte, había en ello algo de amor paternal, pues era cinco años mayor que él. Todavía jóvenes, nos habíamos visto privados de nuestro padre y de nuestra madre, y fui yo, el hermano mayor, quien tuvo que hacerse cargo de la educación de Marc. Como mostraba asombrosas disposiciones para la pintura, lo había empujado hacia esa profesión, en la que le aguardaban éxitos tan personales como merecidos.

Sin embargo, hete aquí que Marc estaba a punto de adentrarse por una vía estrecha, donde en ocasiones uno corre el riesgo de quedar bloqueado, si se me

permite utilizar esta expresión, tomada de la tecnología moderna. Después de todo, ¿por qué sorprenderse de que proceda de la pluma de un ingeniero de la Compañía del Norte?

En efecto, se trataba de una boda. Hacía ya cierto tiempo que Marc residía en Ragz, una importante ciudad de la Hungría meridional. Varias semanas pasadas en Budapest, la capital, donde había hecho cierto número de retratos muy logrados, y generosamente pagados, le habían permitido apreciar la acogida que se presta en Hungría a los artistas, y en particular a los artistas franceses, que para los magiares son como hermanos. Una vez concluida su estancia, en lugar de tomar la línea de Pest a Szegedin, uno de cuyos ramales enlaza con Ragz, había bajado por el Danubio hasta ese centro administrativo del *comitat*.

Entre las más honorables familias de la ciudad figuraba la del doctor Roderich, uno de los más renombrados de toda Hungría. A un patrimonio ya considerable sumaba una bonita fortuna adquirida en la práctica de su arte. Todos los años dedicaba un mes a viajar por Francia, Italia, Alemania. Los enfermos ricos aguardaban con impaciencia su regreso, y los pobres también, pues jamás les negaba sus servicios, y su caridad no desdeñaba a los más humildes, lo que le valía la estima de todos.

La familia Roderich se componía únicamente del doctor, su esposa, su hijo, el capitán Haralan, y su hija, Myra. Marc no había podido frecuentar aquella hospitalaria casa sin sentirse impresionado por la gracia, la amabilidad y el encanto de aquella joven, y probablemente tal era la razón de que su estancia en Ragz se prolongase. Para resumir, si Myra Roderich le había gustado, no supone adelantar acontecimientos el decir que también él debía de haber agradado a Myra Roderich. ¡No vacilarán en concederme que lo merecía! En efecto, un buen muchacho, de estatura superior a la media, ojos azules muy vivos, cabello castaño, la frente de un poeta, la fisonomía afortunada del hombre a quien la vida se ofrece en sus más risueños aspectos, un carácter flexible, el temperamento de un artista fanático de las cosas bellas...; a ese respecto, no me cabía duda de que un seguro instinto le había guiado en su elección de aquella joven húngara.

Sólo conocía a Myra Roderich por la inflamada descripción que Marc hacía de ella en sus cartas, y ardía en deseos de conocerla. Mi hermano me rogaba que viajase a Ragz como cabeza de familia, y tenía intención de que mi estancia se prolongase no menos de cinco a seis semanas. Su novia —no dejaba de repetírmelo— deseaba conocerme... A mi llegada se fijaría la fecha de la boda. Antes Myra quería haber visto con sus propios ojos a su futuro cuñado, del que al parecer le hablaban tan bien en todos los sentidos... ¿qué me dicen de eso? Lo menos que cabe pedir es que uno pueda juzgar por sí mismo a los miembros de

la familia en la que se dispone a entrar... No, decididamente, no pronunciaría el sí fatal hasta que Marc le hubiera presentado a Henry... ¡y mil pretensiones por el estilo!

Mi hermano me contaba todo eso en sus frecuentes cartas con suma vivacidad, y yo lo sentía perdidamente enamorado de la señorita Myra Roderich.

He dicho que sólo la conocía por las frases entusiastas de Marc. Y sin embargo, le habría resultado fácil, creo yo, situarla, vestida con su más lindo atuendo y en una pose graciosa, apenas unos segundos ante un objetivo. Habría podido admirarla *de visu*, por así decirlo, si Marc me hubiese enviado su fotografía... Pero no, Myra no había querido. Era en persona como aparecería por primera vez ante mis deslumbrados ojos, afirmaba Marc. Supongo que por eso no debía haber insistido en que acudiese al estudio del fotógrafo... ¡No!, lo que ambos pretendían conseguir era que el ingeniero Henry Vidal dejase a un lado sus ocupaciones y acudiera a mostrarse por los salones de la mansión Roderich con atavío de invitado de honor.

¿Se requerían tantas razones para que me decidiera? Desde luego que no, y no habría permitido que mi hermano contrajese matrimonio sin estar presente en su boda. En un plazo bastante breve comparecería, pues, ante Myra Roderich, antes de que por ley se convirtiera en mi cuñada.

Por lo demás, como la carta se encargaba de revelar, obtendría sumo placer y gran provecho en visitar esa región de Hungría, que atrae de buen grado a los turistas. Se trataba del país magiar por excelencia, cuyo pasado es rico en tantas proezas heroicas y que, rebelde todavía a toda mezcla con las razas germánicas, ocupa un lugar destacado en la historia de la Europa central.

En cuanto al viaje, he aquí en qué condiciones decidí realizarlo: por el Danubio a la ida, por ferrocarril al regreso. Muy conveniente aquel magnífico río, por el que sólo navegaría a partir de Viena, y si bien no iba a recorrer los dos mil setecientos noventa kilómetros de su curso, al menos vería la parte más interesante a través de Austria y Hungría: Viena, Presburgo, Gratz, Budapest y Ragz, cerca de la frontera serbia. Ése sería mi final de trayecto, y me faltaría tiempo para llegarme a Semlin, a Belgrado. Y sin embargo, cuántas ciudades soberbias que el Danubio riega todavía con sus poderosas aguas, mientras separa Valaquia, Moldavia y Besarabia del reino búlgaro, tras haber franqueado las famosas Puertas de Hierro, Viding, Nicopoli, Rustchuk, Silistria, Braila, Galitz, Izmail, hasta su triple desembocadura en el mar Negro...

Me pareció que un permiso de seis semanas bastaría para el viaje tal como yo lo proyectaba. Emplearía unos quince días entre París y Ragz; Myra Roderich tendría a bien no impacientarse demasiado y conceder ese plazo al excursionista. Tras una estancia de similar duración cerca de mi hermano, el resto del permiso

lo emplearía en el regreso a Francia.

Así pues, hice mi solicitud a la Compañía del Norte, solicitud que fue aceptada. Tras haber puesto en orden diversos asuntos urgentes y haberme procurado los papeles que reclamaba Marc, me ocupé de mi partida.

El viaje me llevaría poco tiempo, y no me vería entorpecido por el equipaje, apenas la pequeña maleta en la mano y una bolsa al hombro.

No tenía que preocuparme en absoluto por la lengua del país, al menos por el alemán, que me resultaba familiar gracias a un viaje a través de las provincias del norte. En cuanto a la lengua magiar, tal vez no tendría demasiada dificultad en entenderla. Por lo demás, en Hungría se habla francés con soltura, al menos entre las clases altas, y a ese respecto, mi hermano jamás había tenido el menor problema allende las fronteras austríacas.

«Usted es francés y tiene derecho de ciudadanía en Hungría», decía un diputado de la Dieta a uno de nuestros compatriotas, y con esa frase tan cordial se hacía portavoz de los sentimientos del pueblo magiar con respecto a Francia.

Así pues, escribí a Marc en respuesta a su última carta, rogándole que transmitiese a la señorita Myra Roderich que mi impaciencia igualaba a la suya, que el futuro cuñado ardía en deseos de conocer a la futura cuñada, etcétera. Partiría dentro de poco, pero no me era posible precisar el día de mi llegada a Ragz, entregado como me vería a bordo del *dampfschiff* a los caprichos del bello Danubio azul, como lo califica un célebre vals. Por último, no habría de demorarme en el camino, mi hermano podía contar con ello, y si la familia Roderich así lo deseaba, a partir de aquel momento podía fijar para principios de mayo la fecha de la boda. Y añadía: «Os ruego que no me cubráis de maldiciones si a lo largo del viaje no voy subrayando cada una de sus etapas con el envío de una carta que indique mi presencia en tal o cual ciudad. Escribiré de vez en cuando, con la frecuencia justa para permitir a la señorita Myra evaluar el número de kilómetros que me separarán todavía de su ciudad natal... Y en todos los casos, enviaré a su debido tiempo un telegrama, cuya claridad igualará a la concisión, y mediante el cual, en el día, hora y casi el minuto precisos, si el *dampschiff* no lleva retraso, anunciaré mi llegada a Ragz.»

Puesto que no iba a embarcar en el Danubio hasta llegar a Viena, había rogado al secretario general de la Compañía del Este que me procurase un pase regular con paradas facultativas en las diversas estaciones comprendidas entre París y la capital de Austria. Se trata de servicios que se hacen mutuamente las compañías, y la petición no supuso dificultad alguna.

Así pues, la víspera de mi partida, el 4 de abril, me dirigí al despacho del secretario general a fin de despedirme de él y retirar mi pase. En cuanto me lo hubo entregado, me dio la enhorabuena, diciendo que sabía por qué me dirigía a

Hungría, a causa de la boda de mi hermano, Marc Vidal, a quien conocía a un tiempo como pintor y como hombre de mundo.

—Por lo demás —añadió—, me consta que la familia del doctor Roderich, en la que su hermano está a punto de entrar, es una de las más honorables de Ragz.

—¿Le han hablado de ellos? —respondí.

—En efecto, precisamente ayer, en la velada que ofreció la embajada de Austria, en la que me encontraba.

—¿Y por quién ha sabido...?

—Por un oficial de la guarnición de Budapest que estuvo en relación con su hermano durante su estancia en la capital húngara, y me hizo de él el mayor elogio. Su éxito fue notable, y la acogida de que fue objeto en Budapest se la volvieron a dispensar en Ragz, lo que no debería sorprenderle, mi querido Vidal.

—¿Y ese oficial no se mostró menos elogioso en lo concerniente a la familia Roderich? —quise saber.

—En absoluto. El doctor es un erudito cuyo renombre ha llegado a ser universal en el reino austrohúngaro. Le han sido atribuidas todas las distinciones, y en resumidas cuentas, su hermano hace una buena boda, pues, según parece, la señorita Myra Roderich es una persona de gran belleza...

—No le sorprenderá, mi querido amigo —repliqué—, que afirme que a Marc así se lo parece, ¡y me da la impresión de que está muy enamorado de ella!

—Tanto mejor, mi querido Vidal, y confío en que tendrá la bondad de transmitir mi enhorabuena a su hermano. Ahora bien, a este respecto, no sé si debo decirle...

—¿Decirme qué?

—¿Marc no le ha escrito nunca que pocos meses antes de su llegada a Ragz...?

—¿Antes de su llegada? —repetí.

—En efecto. La señorita Myra Roderich... Después de todo, mi querido Vidal, es posible que su hermano no haya sabido nada de ello.

—Explíquese, querido amigo, pues no estoy al corriente y Marc jamás me ha hecho la menor alusión.

—Pues bien, parece ser (lo cual no debería sorprender a nadie) que la señorita Roderich había sido ya muy solicitada, y más asiduamente por un individuo que, después de todo, no es ningún advenedizo. Al menos eso fue lo que me contó mi oficial de la embajada, quien hace tres semanas todavía se hallaba en Budapest.

—¿Y ese rival...?

—Fue rechazado por el doctor Roderich. Por consiguiente, creo que por ese

lado no hay nada que temer.

—Nada que temer, en efecto, de lo contrario Marc me habría hablado de ese rival en sus cartas. Ahora bien, no dijo ni pío, y no creo que haya que conceder la menor importancia a dicha rivalidad.

—Desde luego que no, mi querido Vidal, y no obstante, las pretensiones del tipo en cuestión a la mano de la señorita Roderich armaron bastante revuelo en Ragz, y más vale que esté usted informado de ello.

—Sin duda ha hecho bien en prevenirme, puesto que no se trata de una simple habladuría.

—No, la información proviene de fuente muy seria.

—Sin embargo, el asunto ya no lo es —respondí—, y eso es lo principal. — Cuando me disponía a despedirme, añadí—: A propósito, mi querido amigo, ¿acaso el oficial pronunció en su presencia el nombre de ese rival?

—Sí.

—¿Y se llama...?

—Wilhelm Storitz.

—¿Wilhelm Storitz? ¿El hijo del químico del mismo nombre?

—Precisamente.

—Un sabio muy renombrado por sus descubrimientos fisiológicos...

—Y del que Alemania se siente muy orgullosa, y con toda razón, querido amigo.

—¿No había muerto?

—Sí, hace algunos años, pero su hijo está vivo; es más, según mi interlocutor, el tal Wilhelm Storitz es un hombre del que no conviene fiarse.

—Y no nos fiaremos, mi querido amigo, en tanto la señorita Myra Roderich no se haya convertido en la señora de Marc Vidal.

En ese punto, y sin dar mayor importancia a aquella información, el secretario y yo intercambiamos un cordial apretón de manos y luego yo regresé a mi casa para ultimar los preparativos de mi marcha.



Abandoné París el 5 de abril, a las 7.45 de la mañana, en el tren 173, estación del Este. En menos de treinta horas llegaría a la capital de Austria.

En territorio francés las principales estaciones fueron Châlons-sur-Marne y Nancy. En su travesía de la añorada Alsacia-Lorena, el tren sólo realizó una breve parada en Estrasburgo, y ni siquiera me apeé del vagón. Ya era demasiado haber dejado de sentirme rodeado de compatriotas. Cuando hube dejado atrás la ciudad, el gran chapitel del Munster apareció bañado en su totalidad por los últimos rayos del sol, en el momento en que el disco descendía hacia el horizonte por el lado francés.

La noche transcurrió entre el traqueteo de los vagones, con su trepidación sobre los raíles, en medio de esa monotonía ruidosa que acaba por adormecerte incluso durante los momentos de parada. De vez en cuando, a intervalos irregulares, sonaban en mis oídos los nombres de Oos, Bade, Carlsruhe y algunos otros, proferidos por la voz chillona de los jefes de estación. Luego, en la jornada del 6 de abril, como vagas siluetas entrevistas, dejé atrás ciudades cuyos nombres habían destacado tan gloriosamente durante el período napoleónico: Stuttgart y Ulm en Wurtemberg, Augsburgo y Munich en Baviera. Algo más allá, cerca de la frontera austríaca, una parada más prolongada detuvo nuestro tren en Salzburgo.

Por último, a primera hora de la tarde nos detuvimos en varios puntos del territorio, entre otros Wels, y a las 17.35 la locomotora lanzó sus últimos relinchos, mezclados con silbidos, en la estación de Viena.

Sólo permanecí treinta y seis horas, es decir, dos noches y un día, en esa capital, dejando que el azar guiase mis pasos. Contaba con visitarla detenidamente a mi regreso. Uno debe escalonar las etapas de un viaje, del mismo modo que conviene escalonar las preguntas, de creer lo que afirman quienes nos gobiernan.

El Danubio no cruza ni bordea Viena. Tuve que recorrer unos cuatro

kilómetros en carruaje para llegar al embarcadero del *dampfschiff* que me llevaría río abajo hasta Ragz. Ya no estábamos en 1830, a comienzos del transporte fluvial, y los servicios de navegación no dejaban nada que desear.

Sobre el puente del *Matías Corvino* y en el interior de las camaretas había un poco de todo, y con eso quiero decir gente de toda procedencia: alemanes, austríacos, húngaros, rusos, ingleses... Los pasajeros ocupaban la popa, pues las mercancías abarrotaban la proa, hasta el punto de que nadie habría podido encontrar sitio allí. De haber buscado bien, entre los pasajeros habría encontrado sin duda a esos polacos con traje húngaro que sólo saben italiano y de los que habla Duruy en el relato de su viaje de 1860 entre París y Bucarest.

El *dampfschiff* descendía con rapidez, batiendo con sus anchas ruedas las aguas amarillentas del hermoso río, pues más bien parecían teñidas de ocre que de azul de ultramar, diga lo que diga la leyenda. Lo surcaban numerosas embarcaciones, con las velas tendidas al viento, que transportaban los productos de la campiña que se extiende hasta perderse de vista en ambas orillas. Durante el trayecto se pasa asimismo cerca de esas inmensas balsas, almadías formadas por un bosque entero, en las que se hallan establecidos pueblos flotantes, construidas al partir y destruidas al llegar, que recuerdan las prodigiosas jangadas brasileñas del Amazonas. Luego, caprichosamente esparcidas, unas islas suceden a otras, grandes o pequeñas, la mayoría emergiendo apenas, y en ocasiones tan bajas que una crecida de escasas pulgadas las habría sumergido. La mirada se regocijaba al ver aquel verdor, tan fresco, con sus hileras de sauces, álamos y chopos y sus húmedos herbazales salpicados de flores de colores vivos.

Costeamos también pueblos acuáticos, construidos en los acantilados ribereños. Al navegar a todo vapor, se hubiera dicho que el *dampfschiff* los hacía oscilar sobre sus pilotes. De vez en cuando pasaba bajo una cuerda tendida de una orilla a la otra, a riesgo de enganchar en ella su chimenea, la cuerda de un transbordador, sujeta a dos estacas rematadas por el pabellón austríaco con el águila negra.

Río abajo de Viena había acudido a mi mente el recuerdo de un gran hecho histórico, la célebre fecha del 6 de julio de 1809, al ver una isla circular, cuyo diámetro sobrepasa una legua, poblada de árboles en las riberas y reducida a una extensa planicie en el interior, planicie surcada por ramales secos que en ocasiones las crecidas del río vienen a llenar. Se trataba de la isla de Lobau, el campamento atrincherado desde el que ciento cincuenta mil franceses efectuaron el paso del Danubio antes de que Napoleón los condujera a las victorias de Essling y Wagram.

A lo largo de aquel día perdimos de vista Fischamout y Rigelsbrunn, y al atardecer el *Matías Corvino* hizo escala en la desembocadura del March, que

afluye por el lado izquierdo procedente de Moravia, más o menos en la frontera del reino magiar. Allí pasó la noche del 8 al 9 de abril, y partió de nuevo por la mañana, al alba, arrastrado por la corriente a través de territorios donde en el siglo XVI franceses y turcos combatieron con gran encarnizamiento. Por último, tras haber dejado y recogido pasajeros en Petronell, en Altenburgo, en Hainburgo, y haber franqueado el desfiladero de la Puerta de Hungría, una vez el puente que permitía el paso de los barcos se hubo abierto ante él, el *dampfschiff* arribó al muelle de Presburgo.

Aquel descanso de veinticuatro horas, requerido por el movimiento de mercancías —tras trescientos kilómetros recorridos desde Viena—, me permitió visitar la ciudad, merecedora de la atención de los turistas. Verdaderamente, parece estar construida sobre un promontorio. Si fuese el mar lo que se extendiera a sus pies, y sus láminas móviles las que lamiesen su base en lugar de las aguas tranquilas de un río, no habría motivo para sorprenderse por ello. Por encima de la línea de sus magníficos muelles se dibujan las siluetas de casas construidas con notable regularidad y de hermoso estilo. Río arriba, al extremo del cabo donde parece acabar la orilla izquierda, se yergue el puntiagudo chapitel de una iglesia, y más arriba aún, apunta una segunda aguja, entre las cuales se comba la enorme colina a la que se aferra el castillo.

Después de la catedral, cuya cúpula termina en una corona dorada, admiré los numerosos palacetes, algunos de ellos verdaderos palacios, pertenecientes a la aristocracia húngara. Luego ascendí a la colina con objeto de visitar el vasto castillo, construcción cuadrangular con torres en los ángulos, casi una ruina total. Tal vez uno podría arrepentirse de haber subido hasta allí, si la vista no se extendiera ampliamente sobre los soberbios viñedos de los alrededores y la infinita llanura por la que corre el Danubio.

Presburgo, donde antaño se hacían reconocer los reyes de Hungría, es la capital oficial magiar y la sede de la Dieta, la Saupchtina, que se mantuvo en Budapest hasta la ocupación otomana, cuya duración rebasó un siglo y medio, entre 1530 y 1686. Mas si bien cuenta con cuarenta y cinco mil habitantes, esta ciudad sólo parece poblada durante la sesión de la Dieta, cuando afluyen a ella los diputados del reino.

Debo añadir que para un francés el nombre de Presburgo va estrechamente ligado al glorioso tratado que se firmó en dicha ciudad en 1805, tras la batalla de Austerlitz.

Río abajo de Presburgo, en la mañana del 11 de abril, el *Matías Corvino* se internó en las inmensas planicies de la Puszta. Aquello es la estepa rusa, es la sabana africana, y abarca toda la Hungría central. Un territorio en verdad curioso, con sus pastos cuyo límite no resulta visible, que recorren, a veces a un

galope desenfrenado, innumerables manadas de caballos y que alimentan a rebaños de bueyes y de búfalos constituidos por miles de reses.

Allí describe sus múltiples zigzags el verdadero Danubio húngaro. Pasa a adquirir la apariencia de un gran río, ya alimentado por poderosos tributarios procedentes de los Pequeños Cárpatos o de los Alpes estirios, tras apenas haber sido sino una modesta vía fluvial en su travesía de Austria.

¡Y no me era posible olvidar que nace en el gran ducado de Badén, casi en la frontera francesa, cuando ésta delimitaba nuestra Alsacia-Lorena! En aquella época, eran todavía las lluvias de Francia las que le aportaban las primeras aguas de su curso.

Llegado a Raab a última hora de la tarde, el *dampfschiff* fue amarrado al muelle para pasar la noche, así como el día y la noche siguientes. Doce horas me bastaron para visitar ese casco urbano, el Győr de los magiares, más fortaleza que ciudad, con veinte mil habitantes, sita a sesenta kilómetros de Presburgo y que tan malparada salió durante la sublevación húngara de 1849.

A unos diez kilómetros por debajo de Raab, al día siguiente pude avistar, sin detenerme en ella, la célebre ciudadela de Cromorn, fortaleza que Matías Corvino creó por entero en el siglo xv y donde se representó el último acto de la insurrección.

No conozco experiencia más hermosa que abandonarse a la corriente del Danubio en esa parte del territorio magiar. Se suceden los meandros caprichosos, los recodos bruscos que imprimen un nuevo giro al paisaje, las islas bajas, medio sumergidas, por encima de las cuales revolotean grullas y cigüeñas. Se trata de la Puszta en toda su magnificencia, ora en forma de praderas lujuriantes, ora dibujando colinas que ondulan en el horizonte. Allí prosperan los viñedos que proporcionan los mejores caldos de Hungría, el país que viene después de Francia, precediendo a Italia y España, en lo referente a la producción de vino. Consistente en veinte millones de hectolitros —de los que el Tokay se lleva su buena tajada—, se dice que esa cosecha es consumida casi por entero en la zona. No ocultaré en absoluto que me regalé con varias botellas, ya fuese en los hoteles o a bordo del *dampfschiff*. Menos parte para los gacznates magiares.

Es de señalar que en la Puszta los progresos en los cultivos se acrecientan de año en año. Se han excavado canales de riego que de cara al futuro le aseguran una extrema fertilidad. Los millones de acacias que se han plantado, dispuestas en largas y tupidas cortinas, protegen el suelo contra los vientos adversos. Así, cabe afirmar que no está lejos la época en que los cereales y el tabaco doblarán o triplicarán su rendimiento.

Por desgracia, en Hungría la propiedad aún no está lo bastante dividida. Los bienes inalienables son considerables. Hay alguna finca de cien kilómetros

cuadrados cuyo propietario jamás ha podido explorar en toda su extensión, y los pequeños cultivadores no están en posesión ni siquiera de la tercera parte de tan vasto territorio.

Tal estado de cosas, tan perjudicial para el país, habrá de cambiar gradualmente, insisto, y tan sólo en función de esa lógica forzosa que posee el futuro. Por lo demás, el campesino húngaro no es en absoluto refractario al progreso, y rebosa buena voluntad, coraje e inteligencia. Tal vez, como se ha observado, esté un punto demasiado satisfecho de sí mismo... no tanto como el campesino germánico, en cualquier caso. Entre ambos existe esa diferencia tópica que estriba en que si uno cree poder aprenderlo todo, el otro cree saberlo todo.

Fue en Gran, en la orilla derecha, donde pude observar un cambio en el aspecto general. A las planicies de la Puszta sucedieron las largas y caprichosas colinas, ramificaciones extremas de los Cárpatos o de los Alpes nórdicos, que ciñen el río y lo obligan a adentrarse por estrechos desfiladeros, al tiempo que la profundidad de su lecho se vuelve más considerable.

Gran es la sede del obispado primacial de toda Hungría, sin duda el más envidiado, si los bienes de este mundo ejercen alguna atracción sobre un prelado católico. En efecto, el titular de dicha sede, que antaño fuera cardenal, primado, legado, príncipe del Imperio y canciller del reino, sigue disfrutando de una renta que en francos podría rebasar el millón.

Después de Gran vuelve a empezar la Puszta, y hay que reconocer que la naturaleza es una notable artista. Practica la ley de los contrastes, por lo demás a lo grande, como todo cuanto hace. Aquí, mientras el río corre todavía hacia el este, antes de volver a bajar hacia el sur describiendo casi un ángulo recto — dirección general que no abandona cualesquiera que sean sus sinuosidades—, ha querido que el paisaje, después de los aspectos tan variados que ofrece entre Presburgo y Gran, fuera triste, melancólico, monótono.

En ese lugar, el *Matías Corvino* se ve obligado a optar por uno de los brazos que forman la isla de San Andrés, ambos practicables para la navegación. Toma el de la izquierda, lo que me permite divisar la ciudad de Waitzen, dominada por media docena de campanarios, y una de cuyas iglesias, edificada en la misma orilla, se refleja en las móviles aguas, entre grandes masas de verdor.

Más allá, el aspecto del país empieza a modificarse. La llanura exhibe su muestrario de campos cultivados en su primera lozanía; por el río se deslizan embarcaciones más numerosas. La animación sucede a la calma. Resulta patente que nos aproximamos a una capital, ¡y qué capital!, doble como ciertas estrellas, y si dichas estrellas no son de primera magnitud, al menos figuran, no sin resplandor, en la constelación húngara.

El *dampfschiff* ha bordeado una última isla arbolada. Primero aparece Buda, luego Pest, y es en estas urbes donde, desde la tarde del 14 de abril hasta la mañana del 17, iba a tomarme algún descanso fatigándome sobremanera al visitarlas como turista concienzudo.

De Buda a Pest, atraviesa el Danubio un magnífico puente colgante, como no podía ser menos tratándose del vínculo entre una ciudad turca y una ciudad magiar... Buda la primera, Pest la segunda. Bajo los arcos pasan las flotillas de barcas que componen el transporte fluvial río arriba y río abajo, especie de galeotas rematadas por un asta de bandera en la proa y provistas de un gran timón, cuya caña se extiende hasta la parte superior de la camareta. Ambas orillas han sido convertidas en muelles, bordeados de viviendas de aspecto residencial, por encima de las cuales apuntan chapiteles y campanarios.

Buda se halla situada en la ribera derecha, Pest en la izquierda, y el Danubio, siempre sembrado de islas llenas de verdor, constituye la cuerda de esa semicircunferencia ocupada por la ciudad húngara. Del lado del río se encuentra la llanura, por la que la ciudad ha podido extenderse a su antojo; cierran el otro lado la sucesión de colinas abastionadas que coronan la ciudadela.

No obstante, pese a su origen turco, Buda se ha vuelto húngara, e incluso, si se observa bien, podríamos decir que austríaca. Se trata, empero, de la capital oficial de Hungría, y de los trescientos sesenta mil habitantes que totalizan ambos centros urbanos, le corresponden ciento sesenta mil. Más militar que comercial, carece de la animación propia de los negocios. No cabe sorprenderse de que la hierba crezca en sus calles y enmarque sus aceras. Por lo que respecta a los transeúntes, son sobre todo soldados. Se diría que circulan por una ciudad en estado de sitio. En varios lugares ondea la bandera nacional, cuya etamina verde, blanca y roja se despliega con la brisa. En definitiva, una ciudad un tanto muerta frente por frente de la tan bulliciosa Pest. Sería legítimo afirmar que aquí el Danubio fluye entre el futuro y el pasado.

Con todo, si bien Buda posee un arsenal, y no son precisamente cuarteles lo que le falta, es posible visitar asimismo diversos palacios que han conservado la gran apariencia de antaño. Experimenté cierta impresión ante sus viejas iglesias, ante su catedral, que fue convertida en mezquita bajo la dominación otomana. Me adentré por una amplia calle cuyas casas en terraza, al estilo de Oriente, están circundadas de verjas. Recorrí las salas de la casa consistorial, ceñida de barreras con abigarrados motivos amarillos y negros, y de aspecto más militar que civil. Contemplé la tumba de Gull-Baba, que visitan todavía los peregrinos turcos.

Ahora bien, al igual que ocurre con la mayoría de los extranjeros, Pest ocupó la mayor parte de mi tiempo, y no fue en modo alguno un tiempo perdido,

pueden crearme. Desde lo alto del Gellertberg, es decir, el Blockberg, la colina situada al sur de Buda, al extremo del barrio de Taban, fue desde donde gocé de la vista completa de ambas ciudades. Entre ellas desciende el majestuoso Danubio, que en su menor amplitud mide cuatrocientos metros. Varios puentes lo cruzan, entre ellos uno que cuelga con gran elegancia, y que contrasta con el viaducto de ferrocarril que lo atraviesa por encima de la isla de Margarita. A lo largo de los muelles de Pest, rodeando las plazas, los palacios y palacetes muestran su bella disposición arquitectónica. Más allá se extiende toda la ciudad, que de los trescientos sesenta mil habitantes del doble núcleo urbano posee ella sola más de doscientos mil. Aquí y allá se ven cúpulas de nervaduras doradas y chapiteles osadamente erguidos hacia el cielo. El aspecto de Pest es a todas luces grandioso, no en vano se considera superior al de Viena.

Por la campiña circundante, sembrada de villas, se extiende la inmensa llanura de Rakos, donde antaño los caballeros húngaros mantenían a bombo y platillo sus dietas nacionales.

¡No!, no basta con dedicar dos días a la capital húngara, la noble ciudad universitaria. Hace falta más tiempo. Uno no puede dejar de visitar con detenimiento su Museo Nacional, las telas y las estatuas procedentes de la familia Esterházy, entre otras el soberbio *Ecce Homo* atribuido a Rembrandt, las salas de historia natural y de antigüedades prehistóricas, las inscripciones, las monedas, las colecciones etnográficas de incontestable valor. Además, hay que visitar la isla de Margarita, sus bosquecillos, sus praderas, los baños alimentados por una fuente termal y también el parque, el Stadtvallchen, regado por un pequeño río navegable para las embarcaciones ligeras, con sus hermosas enramadas, sus entoldados, los cafés, los restaurantes, las zonas de juegos, y en el que busca su esparcimiento una multitud vivaracha y desenvuelta, notables tipos de hombres y de mujeres con sus trajes de llamativos colores.

La víspera de mi partida entré en uno de esos cafés de la ciudad que te deslumbran ante todo por el esplendor de sus dorados, el excesivo embadurnado de los paneles y la profusión de arbustos y flores que adornan tanto los patios como las salas, sobre todo adelfas. La bebida favorita de los magiares, vino blanco mezclado con un agua ferruginosa, me refrescó agradablemente, y me disponía a proseguir mis interminables recorridos a través de la ciudad, cuando mi mirada cayó en un periódico desplegado. Lo cogí de modo maquinal. Era un número del *Wiener Extrablatt*, y leí el artículo siguiente, encabezado por este título en gruesas letras góticas:

«Aniversario Storitz.»

Aquel nombre atrajo de inmediato mi atención. Era el que había mencionado el secretario de la Compañía del Este, el nombre de aquel

pretendiente a la mano de Myra Roderich, el del famoso químico alemán. No cabía la menor duda al respecto.

Y esto fue lo que leí:

«Dentro de veinte días, el 5 de mayo, se celebrará en Spremberg el aniversario del fallecimiento de Otto Storitz, y podemos afirmar que la población se dirigirá en masa al cementerio de su ciudad natal.

»Como sabemos, ese extraordinario sabio honró a Alemania gracias a sus trabajos portentosos, a sus asombrosos descubrimientos, a sus inventos que en tan alto grado contribuyeron al progreso de las ciencias físicas.»

Y en efecto, el autor del artículo no exageraba. Otto Storitz era célebre en el mundo científico con toda justicia, en especial por sus estudios sobre esos nuevos rayos, demasiado conocidos en la actualidad para que se justifique la X de su denominación inicial.

No obstante, lo que más me dio que pensar fueron estas líneas:

«Nadie ignora que en vida, para algunas mentes proclives a lo sobrenatural, Otto Storitz pasó por ser un tanto brujo. Tres o cuatro siglos antes, cabe albergar legítimas dudas respecto de que no habría sido perseguido por crimen de hechicería, detenido, condenado, quemado en la plaza pública. Añadiremos que desde su muerte numerosas personas, evidentemente predispuestas, le tienen más que nunca por un hacedor de encantamientos, que poseyó conocimientos sobrehumanos. Por fortuna, se dicen, se llevó gran parte de sus secretos a la tumba, y cabe confiar en que el hijo no haya heredado las capacidades ultracientíficas de su padre. Ahora bien, no hay que contar con que esas buenas gentes abrirán jamás los ojos, y para ellos, Otto Storitz es indiscutiblemente un cabalista, un mago, ¡e incluso un ser diabólico!»

En cualquier caso, pensé, lo importante es que su hijo haya sido definitivamente rechazado por el doctor Roderich y que no se vuelva a hablar nunca más de esa rivalidad.

El reportero del *Wiener Extrablatt* continuaba en estos términos:

«Por consiguiente, existen razones para creer que, como todos los años, la multitud será considerable en la ceremonia de aniversario, por no hablar de los amigos que siguen siendo fieles al recuerdo de Otto Storitz. No resulta temerario aventurar que la población de Spremberg, de lo más supersticiosa, espera algún prodigio y desea ser testigo de ello. A juzgar por lo que se repite en la ciudad, el cementerio debería ser escenario de los más inverosímiles y extraordinarios fenómenos de orden superior. No resultaría sorprendente que, en medio del espanto general, la losa de la tumba se levantara y el fantástico sabio resucitara en toda su gloria. Y quién sabe, ¡quizá algún cataclismo amenaza a la ciudad que lo vio nacer!»

»Para acabar, diremos que en opinión de algunos Otto Storitz no ha muerto, y que se procedió a realizar unos falsos funerales el día del entierro. Habrán de transcurrir muchos años antes de que el buen sentido haya dado al traste con tan ridículas leyendas.»

Tras la lectura de aquel artículo, no pude evitar entregarme a algunas reflexiones. Que Otto Storitz estuviese muerto y enterrado no podía ser más cierto. Que su tumba tuviera que abrirse el 5 de mayo y que fuese a aparecer como un nuevo Cristo ante las miradas de la multitud era algo sobre lo que no valía la pena detenerse ni un instante. Mas si bien el fallecimiento del padre era incontestable, nadie ponía en duda que tuviera un hijo vivito y coleando, el tal Wilhelm Storitz, rechazado por la familia Roderich. ¿Se trataba de algo, pues, susceptible de inquietar a Marc y crear dificultades en su matrimonio?

¡Vaya!, dije para mis adentros, estoy desvariando. Wilhelm Storitz pidió la mano de Myra... que le fue negada... y no se le ha vuelto a ver, puesto que Marc jamás me ha dicho una palabra de ese asunto. ¡No sé por qué tendría que concederle importancia alguna!

Hice que me trajeran papel de cartas, pluma y tinta y escribí a mi hermano para anunciarle que abandonaría Pest al día siguiente para llegar la noche del 22, pues ya sólo me hallaba a trescientos kilómetros de Ragz. Le comuniqué que hasta el momento mi viaje se había efectuado sin incidentes ni retrasos, y que no veía ninguna razón para que no acabase de igual manera. No olvidé presentar mis respetos a los señores Roderich, y sumé a ello la certeza de mi afectuosa simpatía hacia la señorita Myra, que Marc tendría a bien transmitirle.

Al día siguiente, a las ocho, el *Matías Corvino* zarpó del embarcadero instalado a lo largo del muelle y reanudó la navegación corriente abajo.

Huelga decir que desde Viena se habían ido renovando los pasajeros en cada escala. Unos desembarcaron en Presburgo, en Raab, en Komorn, en Gran, en Budapest; los otros habían embarcado poco antes de zarpar de las susodichas ciudades. Sólo quedaban cinco o seis de los que tomaran el *dampfschiff* en la capital austríaca, entre otros los turistas ingleses que debían descender por Belgrado y Bucarest hasta el mar Negro.

Por consiguiente, el *Matías Corvino* había recibido en Pest a nuevos pasajeros, y entre éstos, había uno cuya persona atrajo más particularmente mi atención, hasta tal punto su aspecto me pareció singular.

Se trataba de un hombre de unos treinta y cinco años, alto, de un rubio incándescente, facciones duras, mirada imperiosa y talante poco simpático. Su actitud denotaba al hombre altanero y desdeñoso. En varias ocasiones se dirigió al personal de servicio de a bordo, lo que me permitió oír su voz dura, seca, desagradable y el tono áspero en que formulaba sus preguntas.

Por lo demás, aquel pasajero parecía poco deseoso de tener trato con nadie. Poco me importaba, puesto que hasta el momento yo mismo había mantenido extrema reserva con respecto a mis compañeros de viaje. El capitán del *Matías Corvino* era el único a quien había solicitado algunas informaciones en lo referente al trayecto.

Tras examinarlo bien, tuve razones para pensar que aquel individuo era alemán, con toda probabilidad originario de Prusia. Si no andaba errado, cuando supiera que era francés no tendría mayores deseos de entrar en relación conmigo de los que yo tenía de relacionarme con él. En efecto, se dice que un prusiano puede olerse a la legua, y todo en él llevaba la marca teutona. Imposible confundirlo con los buenazos de los húngaros, esos simpáticos magiares, verdaderos amigos de Francia.

Tras haber abandonado Budapest, el *dampfschiff* navegaba sin forzar la velocidad. De ahí que dispusiéramos de absoluta facilidad para observar en detalle los paisajes que se ofrecían a nuestra mirada. Cuando la doble ciudad hubo quedado atrás varios kilómetros, de los dos brazos del río que bordeaban la isla de Czepel el *Matías Corvino* siguió el de la izquierda.

Río abajo de Pest, la Puszta desplegaba, con curiosos efectos de espejismo, sus amplias llanuras, sus pastos de un verde intenso, sus cultivos, más apretados y ricos en las cercanías de la gran ciudad. Siempre el rosario de islas bajas, erizadas de sauces, cuyas copas emergían como enormes matas de un gris pálido.

Tras ciento cincuenta kilómetros de navegación interrumpida durante la noche y proseguida a través de los múltiples repliegues del río, bajo un cielo inseguro, que proporcionó más horas húmedas que secas, el *dampfschiff* alcanzó al anochecer del 19 la aldea de Szekszard, de la que sólo entrevi la silueta brumosa.

Al día siguiente, con tiempo despejado, partimos con la certeza de que llegaríamos a Mohács antes de caer la tarde.

Hacia las nueve, en el momento en que yo entraba en la camareta, el pasajero alemán salía de ella, y me sorprendió la mirada singular que me dirigió. Era la primera vez que el azar nos acercaba el uno al otro, y no sólo había insolencia en aquella mirada, sino asimismo odio.

¿Qué tenía contra mí aquel prusiano? ¿Sería acaso porque acababa de saber que era francés? Se me ocurrió la idea de que podía haber leído mi nombre en la placa de mi bolsa de viaje, depositada en una de las banquetas de la camareta... «Henry Vidal, París», lo que me valía ser mirado de hito en hito de aquella manera.

Sea como fuere, si él sabía mi nombre, no me preocupaba lo más mínimo conocer el suyo; lo cierto es que me interesaba muy poco aquel individuo.

El *Matías Corvino* hizo escala en Mohács, pero lo bastante tarde para que de esa ciudad de diez mil habitantes sólo lograrse divisar dos puntiagudos chapiteles, por encima de una masa ya sumida en sombras. Bajé pese a todo, y tras un paseo de una hora regresé a bordo.

Al día siguiente, 21, embarcaron una veintena de pasajeros, y zarpamos al despuntar el alba.

A lo largo de aquella jornada el individuo en cuestión se cruzó conmigo varias veces en el puente, y parecía mirarme con un semblante que decididamente no me agradaba en absoluto. ¡Si aquel impertinente tenía algo que decirme, que me lo dijera de una vez! En tales circunstancias no es con los ojos con lo que se habla, y si no entendía el francés, ¡yo sabría responderle en su lengua!

No me gusta nada buscar pelea con la gente, pero tampoco que me observen con tan descortés insistencia. No obstante, si me decidía a interpelar al teutón al respecto, más valdría que hubiese obtenido previamente alguna información sobre él.

Interrogué al capitán, y le pregunté si conocía a aquel pasajero.

—Es la primera vez que lo veo —me respondió.

—¿Es alemán?

—Sin la menor duda, señor Vidal, e incluso creo que lo es por partida doble, porque debe de ser prusiano...

—¡Pues ya hay una de más!

Mi respuesta pareció ser del agrado del capitán, que era de origen húngaro.

A primera hora de la tarde, el *dampfschiff* evolucionó a la altura de Zombor; sin embargo, la ciudad se encuentra demasiado alejada de la orilla izquierda del río para que resulte posible divisarla. Se trata de un importante núcleo urbano, que no cuenta con menos de veinticuatro mil habitantes. Al igual que Szegedin, se halla situada en esa vasta península formada por los cursos del Danubio y el Theiss, uno de sus más considerables afluentes, que queda absorbido por él unos cincuenta kilómetros antes de Belgrado.

Al día siguiente, a través de las numerosas revueltas del río, el *Matías Corvino* se dirigió hacia Vukovar, construida en la margen derecha. Bordeamos entonces esa frontera de Eslavonia, donde el río modifica su dirección hacia el sur para correr hacia el este. Allí se extiende asimismo el territorio de los Confines Militares. De tanto en tanto se veían los numerosos cuerpos de guardia, algo retirados respecto de la ribera; mantienen una constante comunicación mediante el ir y venir de los centinelas, que ocupan cabañas de madera y garitas de ramajes.

El territorio está administrado militarmente. Todos los habitantes,

designados con el nombre de *grendzer*, son soldados. Las provincias, los distritos, las parroquias se desdibujan para dejar sitio a los regimientos, a los batallones, a las compañías de ese ejército especial. Desde las orillas del Adriático hasta las montañas de Transilvania, dicha denominación abarca un área de seiscientos diez millas cuadradas, cuya población, o sea, más de un millón cien mil almas, se halla sometida a una severa disciplina. La mencionada institución data de antes del reinado de María Teresa, y no sólo tuvo su razón de ser contra los turcos, sino asimismo como cordón sanitario contra la peste, tanto monta la una como los otros.

Tras la escala de Vukovar no volví a ver al alemán a bordo. Sin duda había desembarcado en esa población, y me vi libre de su insoportable presencia, lo cual me ahorró tener que pedirle cuentas.

Al presente, otros pensamientos colmaban mi mente. Dentro de pocas horas el *dampfschiff* habría llegado a Ragz. ¡Qué alegría volver a ver a mi hermano, del que llevaba un año separado, estrecharlo entre mis brazos, charlar los dos de lo divino y lo humano, conocer a su nueva familia!

Hacia las cinco de la tarde, en la orilla izquierda del río, entre los sauces ribereños, aparecieron por encima de una cortina de álamos algunas iglesias, unas coronadas por cúpulas, otras dominadas por chapiteles, que se recortaban sobre el fondo celeste, surcado por rápidas nubes.

Eran los primeros contornos de una ciudad importante, Ragz. En el último recodo del río surgió en su totalidad, pintorescamente asentada al pie de elevadas colinas, en una de las cuales se encontraba el viejo castillo feudal, la tradicional acrópolis de las ciudades antiguas de Hungría.

Con unas cuantas vueltas de rueda el *dampfschiff* se acercó al desembarcadero, y en ese momento se produjo el incidente que paso a relatar.

Me encontraba de pie cerca de la borda de babor, contemplando la línea de los muelles, mientras la mayoría de los pasajeros ganaban el portalón, por detrás de los tambores. A la salida del muelle de carga se habían reunido diversos grupos, y no dudaba que Marc formaba parte de alguno de ellos.

Entonces, mientras me esforzaba por divisarlo, oí con toda claridad cerca de mí esta frase en lengua alemana:

«Si Marc Vidal se casa con Myra Roderich, ¡que la desgracia acompañe a uno y a otra!»

Me volví con presteza... Me hallaba solo en la zona, y no obstante, alguien acababa de hablarme, y la voz se parecía a la del alemán que ya no se encontraba a bordo.

Sin embargo, no había nadie, repito, ¡nadie! Evidentemente, me había equivocado al creer oír aquella frase amenazadora... una especie de alucinación,

nada más, así que desembarqué, con la maleta en la mano y la bolsa al hombro, en medio de los ensordecedores chorros de vapor que escapaban de los costados del *dampfschiff*.



Marc me aguardaba a la entrada del embarcadero; vino de inmediato hacia mí y ambos nos dimos un apretado abrazo.

—Henry... mi querido Henry —repetía, con la voz temblorosa y los ojos húmedos, aunque toda su fisonomía estuviera impregnada de dicha.

—Querido Marc —dije—, ¡deja que te abrace otra vez!... ¿Vas a llevarme a tu casa?

—Sí... bueno, al hotel, el hotel Temesvar, a diez minutos de aquí, en la calle del Príncipe Miloch... Pero permite que te presente a mi futuro cuñado.

No había reparado en un oficial que se mantenía un tanto apartado de Marc. Se trataba de un capitán. Llevaba el uniforme de infantería de los Confines Militares. Veintiocho años a lo sumo, de estatura superior a la media, bella prestancia, bigote y perilla castaños, con el aspecto orgulloso y aristocrático del magiar pero de ojos acogedores, boca sonriente y talante sumamente simpático.

—El capitán Haralan Roderich —presentó Marc.

Estreché la mano que me tendía el capitán.

—Señor Vidal —me dijo—, nos sentimos dichosos de verle, y cuán gran placer causará su llegada, esperada con tanta impaciencia, a toda mi familia.

—¿Incluida la señorita Myra? —pregunté.

—¡Desde luego que sí! —exclamó mi hermano—. ¡Y no es en modo alguno culpa suya, mi querido Henry, si el *Matías Corvino* no ha recorrido diez leguas por hora desde tu partida!

Es de señalar que el capitán Haralan hablaba francés con soltura, al igual que su padre, su madre y su hermana, que habían viajado a Francia. Por otra parte, puesto que Marc y yo teníamos perfecto conocimiento de la lengua alemana, con algún matiz de magiar, desde ese mismo día y en los que siguieron, nuestras conversaciones tuvieron lugar en esas diferentes lenguas, que en ocasiones se entremezclaban.

Un cochero se hizo cargo de mi equipaje. El capitán Haralan y Marc

subieron al carruaje conmigo y, pocos minutos después, éste se detuvo ante el hotel Temesvar.

Una vez fijada la cita para mi primera visita a la familia Roderich, me quedé a solas con mi hermano en una habitación bastante confortable, contigua a la que él ocupaba desde que se instalase en Ragz.

Nuestra conversación prosiguió hasta la hora de la cena.

—Mi querido Marc —le dije—, henos aquí por fin reunidos, ambos en buen estado de salud, ¿no es así?... Si no me equivoco, nuestra separación se ha prolongado un año largo.

—¡En efecto, Henry!, y el tiempo se me ha hecho inacabable, aunque la presencia de mi querida Myra... Pero aquí estás, y no he olvidado que eres mi hermano mayor.

—¡Tu mejor amigo, Marc!

—Por eso, Henry, comprenderás que mi matrimonio no podía tener lugar sin que tú estuvieses aquí, a mi lado... Además, ¿acaso no debía solicitar tu consentimiento?

—¿Mi consentimiento?

—Claro, ¡como se lo hubiera pedido a nuestro padre! Pero, al igual que habría hecho él, no tendrás necesidad de negármelo, y cuando conozcas...

—¿Es encantadora?

—La verás, la juzgarás ¡y no podrás por menos que quererla! Es la mejor de las hermanas que pueda darte.

—Y que yo acepto, querido Marc, sabiendo de antemano que tu elección no podría ser más afortunada. Sin embargo, ¿por qué no hacer una visita al doctor Roderich esta misma tarde?

—No, mañana... No creíamos que el barco llegaría tan pronto. No lo esperábamos hasta la noche. Sólo que, por precaución, Haralan y yo hemos ido al muelle, y en buena hora, puesto que hemos asistido al desembarco. Ah, si mi querida Myra lo hubiera sabido... ¡cómo lo lamentará! Pero, te lo repito, no te esperan hasta mañana. La señora Roderich y su hija han hecho planes para la velada... una visita a la catedral, y te presentarán sus mejores excusas.

—Está decidido, Marc —respondí—, y puesto que hoy nos pertenecemos por espacio de algunas horas, empleémoslas en charlar, en hablar del pasado y del futuro, en intercambiar todos los recuerdos que dos hermanos pueden tener después de un año de ausencia.

Marc me contó entonces su viaje desde que saliera de París, todas sus etapas marcadas por el éxito, su estancia en Viena, en Presburgo, donde las puertas del mundillo artístico se habían abierto de par en par para él. En definitiva, no me dijo nada que no supiera. Un retrato firmado por Marc Vidal

era algo muy buscado, muy disputado, y con idéntico ardor tanto por parte de los austríacos ricos como de los magiares ricos.

—No daba abasto, mi querido Henry. ¡Peticiónes e incluso subastas por todas partes! Qué quieres, un burgués de Presburgo había hecho correr la voz: ¡Marc Vidal supera a la naturaleza misma en el parecido! Por eso —añadió mi hermano bromeando—, me parece imposible que el superintendente de Bellas Artes no venga a raptarme uno de estos días para pintar los retratos del emperador, la emperatriz y las archiduquesas de Austria....

—¡Ten cuidado, Marc, ten cuidado! Si ahora tuvieras que abandonar Ragz, si recibieses una invitación para dirigirte a la corte, te verías en un aprieto.

—Declinaría esa invitación del modo más respetuoso posible, querido hermano. En este momento, nada más lejos de mi intención que los retratos... o mejor dicho, acabo de terminar el último.

—El suyo, ¿a que sí?

—El suyo, y sin duda no es el que peor me ha salido.

—Bueno, ¿quién sabe? —repliqué yo—. Cuando un pintor está más pendiente del modelo que del retrato....

—En definitiva, Henry, podrás verlo por ti mismo. Te lo repito, más fiel que la naturaleza misma. Al parecer, es exactamente mi tipo. Lo cierto es que mientras mi querida Myra posaba, mis ojos no lograban apartarse de ella... Y no creas que ella no se lo tomaba a broma. No era al prometido, sino al pintor, a quien dedicaba sus horas, ¡ay, demasiado cortas!... Mi pincel se desplazaba por la tela... y se me antojaba que el retrato estaba a punto de cobrar vida, como la estatua de Galatea.

—Calma, Pigmalión, calma, y dime cómo entraste en relación con la familia Roderich.

—Estaba escrito.

—No lo dudo, mas pese a ello...

—El círculo de la buena sociedad de Ragz me hizo el honor de admitirme en calidad de miembro honorario a los pocos días de mi llegada. Nada podía resultarme más agradable, siquiera fuese para tener en qué ocupar las veladas, siempre demasiado largas cuando uno se halla en una ciudad extranjera. Frecuenté con asiduidad ese círculo, donde había sido objeto de tan buena acogida, y allí fue donde reanudé el trato con el capitán Haralan.

—¿Reanudaste? —pregunté.

—En efecto, Henry, pues nos habíamos encontrado varias veces en Pest, en los círculos oficiales. Un militar de gran mérito, al que aguardaba un brillante porvenir, y al mismo tiempo el más amable de los hombres, al que sólo hubiera faltado, para comportarse como un héroe en 1849...

—... ¡haber nacido en esa época! —exclamé entre risas.

—Tú lo has dicho —repuso Marc en el mismo tono—. En resumidas cuentas, aquí nos veíamos todos los días, pues estará de permiso todavía durante un mes. Poco a poco nuestra relación se convirtió en una estrecha amistad. Quiso presentarme a su familia, y acepté de tanto mejor grado cuanto que ya me había encontrado con la señorita Myra Roderich en algunas recepciones, y si....

—Y como la hermana no era menos encantadora que el hermano —le atajé—, tus visitas al palacete del doctor Roderich se multiplicaron.

—Así es, Henry, y desde hace seis semanas no he dejado pasar una sola velada sin acudir allí. Lo cierto es que, cuando hablo de mi querida Myra, sin duda debes de creer que exagero.

—¡En absoluto, querido hermano, en absoluto! No exageras, e incluso me atrevería a afirmar que no resultaría posible exagerar al hablar de ella.

—¡Ah, querido Henry, no tienes idea de cuánto la amo!

—Resulta obvio, y por otra parte, me siento proclive a pensar que estás a punto de entrar en la más honorable de las familias.

—Y la más honrada —respondió Marc—. El doctor Roderich es un médico de gran reputación, justificada por su valía como persona, y que tiene un gran predicamento entre sus colegas. Al mismo tiempo, el mejor de los hombres es muy digno de ser el padre...

—... de su hija —concluí yo—, al igual que la señora Roderich no es menos digna, sin duda, de ser su madre.

—¡Ah, se trata de una excelente mujer! —exclamó Marc—, adorada por todos los suyos, piadosa, caritativa, siempre entregada a las buenas obras....

—Y que será una suegra como en Francia ya no se encuentran, ¿no es así, Marc?

—Ante todo, Henry, no estamos en Francia, sino en Hungría, en este país magiar donde las costumbres han conservado algo de la severidad de antaño, donde la familia sigue siendo patriarcal...

—Entonces, futuro patriarca... pues también tú lo serás a tu vez...

—¡Se trata de una posición social que tiene su precio! —exclamó Marc.

—¡En efecto, émulo de Matusalén, de Noé, de Abraham, de Isaac, de Jacob! En fin, a mi parecer, tu historia no tiene nada de extraordinario. Gracias al capitán Haralan has sido introducido en esa familia... te han dispensado la mejor de las acogidas, lo que en modo alguno puede sorprenderme, a mí, que te conozco bien. Apenas viste a la señorita Myra, quedaste seducido por sus cualidades físicas y morales...

—¡Eso es exactamente, hermano mío!

—Las cualidades morales iban destinadas al prometido; las cualidades

físicas, al pintor, y no habrán de borrarse en mayor grado de la tela que de su corazón... ¿Qué te parece mi frase?

—¡Ampulosa pero exacta, mi querido Henry!

—Exacta asimismo tu apreciación. Y para concluir, del mismo modo que Marc Vidal no pudo ver a la señorita Myra Roderich sin sentirse impresionado por su gracia, ésta no pudo ver a Marc Vidal sin sentirse impresionada por...

—¡No estoy diciendo eso, Henry!

—Soy yo quien lo dice, siquiera sea por respeto a la sagrada verdad de las cosas... Y tras darse cuenta de lo que estaba pasando, los señores Roderich no se sintieron agraviados en lo más mínimo. Y Marc no tardó en abrirse al capitán Haralan... y el capitán Haralan no vio el asunto con malos ojos. Habló de ello a sus padres, y éstos a su hija... Y en un primer momento la señorita Myra, por discreción y por conveniencia, se atuvo a su opinión... Luego, Marc Vidal hizo oficialmente su petición, que fue aceptada, y esta novela acabará como tantas otras del mismo estilo.

—Sólo que lo que tú llamas fin, querido Henry, en mi opinión constituye más bien el principio —declaró Marc.

—Tienes razón, Marc, parece que ya no conozca el valor de las palabras... ¿Cuándo será la boda?

—Aguardábamos tu llegada para fijar definitivamente la fecha.

—Pues bien, cuando queráis... dentro de seis semanas, seis meses, seis años...

—Mi querido Henry —repuso Marc—, confío en que tengas a bien decirle al doctor, cuento con ello, que tu permiso es limitado, que si prolongases tu estancia en Ragz, el servicio de la tracción sufriría las consecuencias....

—En una palabra, que yo sería responsable de los descarrilamientos y los choques frontales.

—Eso es, y que no se puede retrasar la ceremonia más allá de...

—Pasado mañana o incluso esta noche, ¿no es así? Pierde cuidado, mi querido Marc, aduciré lo que sea necesario. En realidad, mi permiso se prolongará todavía cerca de un mes, y confío en poder pasar una buena mitad, después de la boda, en tu compañía y en la de tu mujer.

—Eso sería perfecto, Henry.

—Pero entonces, mi querido Marc, ¿tu intención es establecerte aquí, en Ragz? ¿No piensas regresar a Francia... a París?

—Eso no está decidido todavía —respondió Marc—, y no será tiempo lo que nos falte para estudiar la cuestión... Sólo me ocupo del presente; en cuanto al futuro, para mí se limita a mi matrimonio, no existe nada más allá.

—El pasado ya se fue —exclamé—, el futuro está por venir... ¡sólo el

presente existe! Hay al respecto un *conchetto* italiano que todos los enamorados recitan a la luz de las estrellas.²⁰

La conversación prosiguió a este tenor hasta la hora de la cena. Luego, Marc y yo, fumando sendos puros, fuimos a deambular por el muelle que bordea la orilla izquierda del Danubio.

No era precisamente ese primer paseo nocturno lo que podía darme una idea general de la ciudad. Sin embargo, en los días siguientes tendría todo el tiempo del mundo para visitarla con detenimiento... más probablemente en compañía del capitán Haralan que de Marc.

Huelga decir que nuestra conversación seguía idénticos derroteros y que Myra Roderich continuó siendo el tema principal.

No obstante, me vino el recuerdo de lo que me había dicho en París, la víspera de mi partida, el secretario de la Compañía del Este. Nada en las palabras de mi hermano me indicaba que su novela se hubiera visto perturbada ni un solo día. Y con todo, Marc tenía, o había tenido, un rival. El hijo de Otto Storitz había perseguido a Myra Roderich. Nada tenía de sorprendente, puesto que se trataba de una joven cabal y que gozaba de buena posición. En cualquier caso, Wilhelm Storitz no podía albergar esperanza alguna, y no había por qué preocuparse o inquietarse respecto de aquel individuo.

Como es natural, las palabras que había creído oír en el momento en que me disponía a desembarcar volvieron a mi mente. Admitiendo que hubieran sido realmente pronunciadas, que no se tratase de una ilusión, no me era posible atribuirles a aquel impertinente que habíamos recogido en Pest, pues ya no se encontraba a bordo del *dampfschiff* al desembarcar en Ragz.

Ahora bien, aun sin poner en conocimiento de mi hermano aquel incidente, creí que debía decirle dos palabras acerca de lo que había podido saber en relación con el tal Wilhelm Storitz.

De entrada, Marc replicó con uno de sus más característicos gestos de desdén. Luego me dijo:

—En efecto, Haralan me ha hablado de ese individuo. Al parecer, se trata del hijo único de aquel sabio, Otto Storitz, que en Alemania se labró reputación de brujo... reputación injustificada, por lo demás, pues realmente ocupó un lugar destacado en el campo de las ciencias naturales y realizó descubrimientos importantes en química y física. Pero la petición de su hijo fue rechazada.

—¿Mucho antes de que la tuya fuese aceptada, Marc?

—Tres o cuatro meses antes, si no me equivoco —repuso mi hermano.

—¿Y la señorita Myra llegó a saber que Wilhelm Storitz había aspirado al honor de convertirse en su esposo, como se dice en los libretos de ópera cómica?

—No lo creo.

—¿Y desde entonces él jamás ha dado un paso?

—Jamás, tras haber comprendido que no tenía la menor posibilidad.

—¿Y cómo es el tal Wilhelm Storitz?

—Una especie de tipo raro, cuya existencia resulta bastante misteriosa, y que vive muy retirado.

—¿En Ragz?

—Así es, en Ragz, en una casa aislada del bulevar de Teleki²¹ donde nunca entra nadie. Por otra parte, y eso habría bastado para motivar el rechazo, se trata de un alemán, y a los húngaros, muy afrancesados a ese respecto, no les gustan demasiado los súbditos de Guillermo II.

—Además, es prusiano, Marc.

—En efecto, un prusiano de Spremberg, en Brandeburgo.

—¿Lo has visto alguna vez?

—Varias, y un día, en el museo, el capitán Haralan me lo señaló, sin que él pareciese reparar en nuestra presencia.

—¿En la actualidad se encuentra en Ragz?

—No sabría decirte, Henry, pero creo que no se lo ha visto desde hace dos o tres semanas.

—Sería mejor que se hubiera ido de la ciudad...

—Bien —exclamó Marc—, dejemos a ese hombre dondequiera que esté, y si alguna vez existe la señora de Wilhelm Storitz, puedes estar seguro de que no será Myra Roderich, puesto que...

—Sí —lo atajé—, ¡porque será la señora de Marc Vidal!

Nuestro paseo a lo largo del muelle prosiguió hasta el puente de madera que une la orilla húngara con la orilla serbia. Nos detuvimos unos minutos en ese puente, admirando el gran río, en el que en aquella noche de gran pureza titilaban las estrellas, como otros tantos peces de escamas luminosas.

Tuve que poner al día a Marc en lo referente a mis propios asuntos, a las noticias sobre amigos comunes y sobre el mundillo artístico, con el que yo mantenía relaciones frecuentes. Hablamos mucho de París, adonde, si no surgía ningún impedimento, iría a pasar varias semanas después de la boda. El tradicional viaje de novios que por lo general arrastra a los recién casados hacia Italia o Suiza los llevaría a ambos a Francia. Myra ardía en deseos de regresar a ese París que ya conocía, y de volver a visitarlo esta vez del brazo de un marido.

Informé a Marc que había traído todos los documentos que me pidiera en su última carta. Podía estar tranquilo, los pasaportes requeridos para el gran viaje de bodas estarían absolutamente en regla.

Una y otra vez la conversación regresaba hacia esa estrella de primera magnitud, la deslumbrante Myra, al igual que la aguja imantada hacia la Estrella

Polar. Marc no se cansaba de hablar, y yo no me cansaba de escucharle. ¡Hacía tanto tiempo que deseaba contarme todas esas cosas! No obstante, me correspondía a mí ser razonable, de lo contrario nuestra charla se habría prolongado hasta el amanecer.

Por lo demás, el paseo había transcurrido sin el menor contratiempo, pues aquella noche bastante fresca los transeúntes escaseaban en el muelle. Con todo —¿o acaso me equivocaba?— me pareció que alguien nos seguía. Caminaba detrás de nosotros como si quisiera escuchar nuestra conversación. Se trataba de un hombre de mediana estatura y, a juzgar por su paso cansino, de cierta edad, que al cabo terminó por alejarse.

A las diez y media Marc y yo estábamos de vuelta en el hotel Temesvar. Antes de dormirme, las palabras que había creído oír a bordo del *dampfschiff* volvieron a mi mente como una obsesión... ¡Aquellas palabras que amenazaban a Marc y a Myra Roderich!

CUATRO



Al día siguiente —un gran día—, realicé mi visita oficial a la familia Roderich.

La vivienda del doctor se levanta al extremo del muelle Bathiany, en la esquina del bulevar de Teleki, el cual, adoptando distintos nombres, hace la circunvalación de la ciudad. Se trata de un viejo palacete, de hermoso estilo, modernizado en su distribución interior, de una ornamentación a un tiempo rica y sobria, y amueblado con un gusto que denota un gran sentido artístico.

En el bulevar de Teleki, entre dos pilares rematados por jarrones de plantas crasas se abre una puerta cochera, así como una puerta de servicio, las cuales dan acceso a un gran patio enarenado. Una verja separa dicho patio del jardín, cuyos altos árboles, olmos, acacias, castaños y hayas sobrepasan la tapia, que se prolonga hasta la casa vecina. Una extensión de césped de intenso verdor, de forma irregular y adornado con macizos y arbustos, se interna entre las avenidas festoneadas de hiedra, que se perfilan bajo la cúpula de los árboles. El fondo del jardín queda oculto por macizos variados. Más a la derecha, en un ángulo, se ha destinado un espacio a corral, entre dos pabellones perforados por estrechas troneras. En cuanto a los muros, desaparecen tras una cortina de verdor.

En el linde, a la derecha, se levantan los anexos: en la planta baja, cocina, antecocina, leñera, cochera con espacio para dos carruajes, establo para tres caballos, lavadero, perrera; en el primer piso, iluminado por ventanas provistas de persiana, cuarto de baño, cuarto de la ropa blanca y dormitorios de los criados, a los que se accede por una escalera especial. Entre las seis ventanas corren las múltiples ramificaciones de enredaderas de Virginia, grandes aristoloquias y rosales trepadores.

El anexo se halla unido a la vivienda principal mediante un corredor de vidrieras coloreadas que desemboca en la base de una torre redonda, de unos sesenta pies de alto.

Dicha torre se eleva en la conjunción de los dos edificios, dispuestos en ángulo recto. En el interior, una escalera con barandilla de hierro conduce al

primer piso del palacete, así como al segundo, cuyas ventanas abuhardilladas están adornadas con finas esculturas.

Por la fachada de la mansión se prolonga una galería, sostenida en su parte anterior por pilastras de hierro y cerrada con cristales que dejan penetrar a raudales la luz del sudoeste. A esta galería dan las puertas, cubiertas con antiguos cortinajes, que conducen al gabinete del doctor Roderich, al gran salón y al comedor. Esas diversas estancias captan la claridad del muelle Bathiany gracias a las seis ventanas de la planta baja y al chaflán que forman el muelle y el bulevar de Teleki.

El primer piso presenta la misma distribución interior: encima del salón, el dormitorio de los señores Roderich; sobre el comedor, el cuarto del capitán Haralan, cuando se encuentra en Ragz, y en el otro extremo, la habitación de la señorita Myra y su estudio, con tres ventanas, una sobre el muelle, otra que da al bulevar y la tercera al jardín, en correspondencia con las del pasillo que comunica toda la planta.

Debo confesar que aun antes de haber visitado la mansión Roderich me habría resultado fácil hacer su descripción. Gracias a nuestra conversación de la víspera, la conocía estancia por estancia. Marc no había omitido un solo detalle del pequeño apartamento de soltera. Incluso sabía de la manera más precisa cuál era el lugar que ocupaba la señorita Myra a la mesa del comedor, dónde solía situarse, con preferencia, en el gran salón y en qué banco gustaba sentarse al fondo del jardín, a la sombra de un soberbio castaño.

Volviendo al tema que me ocupaba, la escalera de la torre, iluminada por la vidriera de sus estrechas ojivas, conduce a un belvedere de forma redondeada, rematado por una terraza circular, desde donde la vista debe de extenderse ampliamente sobre la ciudad y el curso del Danubio.

Fue en la galería donde nos recibieron a Marc y a mí hacia la una de la tarde. En el centro se extendía una jardinera de cobre labrado, donde se abrían flores en todo el esplendor de la primavera, y en las esquinas, varias plantas tropicales, palmas, drácenas, alarias [...].²² En los paneles, entre las puertas del salón y del comedor, colgaban varias telas de las escuelas húngara y holandesa, cuyo gran valor Marc apreciaba.

En un caballete, en el rincón de la derecha, pude ver y admirar el retrato de la señorita Myra, obra de factura soberbia, digna del nombre que la firmaba, para mí el más querido en todo el mundo.

El doctor Roderich contaba a la sazón cincuenta años, y a duras penas se le habría echado esa edad... De elevada estatura, cuerpo erguido, barba entrecana, espesa cabellera, una tez que denotaba excelente salud y de una constitución vigorosa sobre la que ninguna enfermedad podía hacer mella. Por lo demás, se

reconocía en él al verdadero arquetipo del magiar en su original pureza: mirada ardiente, paso decidido, actitud noble y poderosa, y en toda su persona una especie de orgullo natural atemperado por la expresión sonriente de su hermoso rostro. Reconocí en él algo del aspecto decidido propio del médico militar. En efecto, en un principio había servido en las filas del ejército húngaro, en cuyo servicio se había distinguido, antes de entrar de modo definitivo en la vida civil. En cuanto le fui presentado, noté por el cálido apretón de su mano que me hallaba en presencia del mejor de los hombres.

A sus cuarenta y cinco años, la señora Roderich conservaba de su belleza de antaño unos rasgos regulares, los ojos de un azul oscuro, una magnífica cabellera, que comenzaba a encanecer, una boca finamente dibujada que dejaba ver una dentadura intacta, y un talle todavía elegante. Aun siendo húngara de origen, caracterizaban a su naturaleza la calma y la dulzura; una excelente mujer, dotada de todas las virtudes familiares, que había encontrado la dicha absoluta junto a su marido y adoraba a sus hijos con toda la ternura de una madre sensata y previsora, muy piadosa, siempre diligente a la hora de cumplir con sus deberes de católica y sustentada por una fe inquebrantable, aquella que acepta el dogma y no busca en absoluto razonarlo. La señorita Roderich me dio muestras de gran simpatía, lo cual me conmovió profundamente. Se sentiría feliz ante la llegada del hermano de Marc Vidal a su casa a condición de que él tuviera a bien considerarla como propia.

Y finalmente, ¿qué decir de Myra Roderich? Vino hacia mí sonriente, con los brazos tendidos... ¡Sí, era en efecto una hermana lo que iba a tener en aquella muchacha, una hermana que me abrazó y a la que abracé sin mayores ceremonias! Y tengo razones para creer que Marc me miró, si no celoso, al menos con algo de envidia.

—¡Vaya, yo no he llegado a ese extremo! —exclamó.

—Por supuesto que no, señor —repuso ella—. ¡Usted no es mi hermano!

La señorita Roderich era tal como Marc me la había descrito, tal como la representaba aquella tela que acababa de admirar. Una joven de rostro encantador, enmarcado por una fina cabellera rubia, una virgen de Mieris, pero afable, jovial, con bellos ojos de un azul oscuro, chispeantes de inteligencia, la tez cálida de las pinturas húngaras, el trazado puro de la boca y los labios rosados que al abrirse mostraban unos dientes de resplandeciente blancura. De estatura algo superior a la media y porte elegante, era la gracia en persona, de una distinción perfecta, sin amaneramiento ni afectación algunos.

Me vino el pensamiento de que, si se decía de los retratos de Marc que eran más fieles al original que sus modelos, ¡de la señorita Myra se habría podido decir que superaba en naturalidad a la naturaleza!

Si bien Myra Roderich, al igual que su madre, vestía ropas modernas, aquí y allá resultaba visible algo de las modas magiares, en el corte del traje, en la combinación de colores, la blusa abotonada hasta el cuello, las mangas adornadas con bordados y sujetas en el puño, el cuerpo del vestido guarnecido con trencillas y botones de metal, la cintura ceñida con una lazada fileteada de oro, la falda de pliegues con vuelo que acababa a la altura del tobillo, los borceguíes de cuero marrón dorado... un conjunto agradable, al que el gusto más delicado no habría encontrado nada que objetar.

El capitán Haralan se encontraba allí, soberbio con su uniforme, y de un parecido sorprendente con su hermana, una fisonomía impregnada de gracia y de fuerza. Me tendió la mano, me trató, a su vez, como a un hermano, y ya nos habíamos convertido en amigos, aun cuando nuestra amistad datase de la víspera.

Ya no me quedaba, pues, ningún miembro de la familia del doctor Roderich por conocer.

La conversación prosiguió a la buena de Dios, pasando sin orden ni concierto de un tema a otro, mi viaje de París a Viena, la navegación a bordo del *dampfschiff*, mis ocupaciones en Francia, el tiempo de que podría disponer, la hermosa ciudad de Ragz, que me llevarían a visitar con detalle, el gran río que tendría que descender al menos hasta Belgrado, ese magnífico Danubio, cuyas aguas parecen impregnadas de rayos de oro, y todo el país magiar, tan repleto de recuerdos históricos, así como la famosa Puszta, que debería atraer a turistas del mundo entero, etcétera, etcétera.

—¡Qué alegres nos sentimos por tenerle entre nosotros, señor Vidal! —repetía la señorita Myra, juntando las manos en un gracioso gesto—. Su viaje se prolongaba y ello nos sumía en la inquietud. ¡No nos sentimos tranquilos hasta recibir su carta procedente de Pest!

—Me siento muy culpable, señorita Myra —respondí—, muy culpable por haberme demorado en el camino; estaría en Ragz desde hace quince días si hubiera cogido el ferrocarril. Ahora bien, los húngaros no me habrían perdonado que despreciase el Danubio, del que con razón tan orgullosos se sienten y que desde luego merece su fama.

—En efecto, señor Vidal, se trata de nuestro glorioso río, ¡y es bien nuestro desde Presburgo hasta Belgrado!

—Y le perdonamos en su favor, señor Vidal —intervino la señora Roderich.

—¡Mas a condición de que alguna vez reemprenderá ese viaje! —añadió la señorita Myra.

—Ya lo ves, querido Henry, te esperábamos con impaciencia —dijo Marc.

—Y curiosidad —apostilló la señorita Myra—, curiosidad por conocer al

fin al señor Henry Vidal, de quien su hermano nos hablaba tan bien, pues no ha cesado de elogiarle...

—¿Acaso no era su propio elogio lo que estaba haciendo? —observó el capitán Haralan.

—¿Qué estás diciendo, hermano? —quiso saber la señorita Myra.

—No cabe la menor duda, hermanita, ¡puesto que se parecen hasta tal punto!

—Sí, dos siameses —repuse en el mismo tono—. De modo, capitán, que la cortesía de que hizo objeto al uno tendrá a bien mostrársela al otro, por lo que cuento con usted, más que con Marc, que a todas luces se encuentra demasiado ocupado, para que me sirva de cicerone.

—A su disposición, mi querido Vidal —fue la respuesta del capitán Haralan.

A partir de ese momento la charla versó sobre un millar de cosas, y me embargó una admiración total hacia aquella afortunada familia. Lo que más me impresionaba era la dicha enternecida que podía leer en el rostro de la señora Roderich cuando contemplaba a su hija y a Marc, ya unidos en su corazón.

Luego, el doctor nos habló de los viajes que habían hecho al extranjero, a Italia, Suiza, Alemania, Francia, esa Francia de la que conservaban un inolvidable recuerdo y que habían recorrido desde Bretaña hasta Provenza. Y si no hubieran recurrido a la lengua francesa al hablar de mi país, ¿cuándo iban a hacerlo? Por mi parte, yo trataba de utilizar mis vagos conocimientos de magiar siempre que podía, y era obvio que ello los colmaba de placer. En cuanto a mi hermano, se servía de él como de su lengua materna. Se hubiera dicho que había sufrido esa magiarización que, en opinión de Élisée Reclus, no cesa de extenderse entre las poblaciones del centro.

¡Y París! ¡Ah, París! La primera ciudad del mundo... después de Ragz, por supuesto, ¡porque Ragz era Ragz! Habría sido inútil pedir que esgrimieran otra razón. Y a decir verdad, a Marc le bastaba, ¡porque Ragz era Myra Roderich! Por eso la sacaba a colación con la misma terquedad con que Myra Roderich aludía a París, sus maravillas de todas clases, sus monumentos incomparables, sus riquezas artísticas, sus tesoros intelectuales, las admirables colecciones de sus museos, incluso después de haber visto los de Roma, Florencia, Múnich, Dresde, La Haya, Amsterdam... No podía sino aplaudir el exquisito sentido de aquella joven húngara en materia de arte, y comprendía cada vez más la irresistible seducción que tantas cualidades —repito, morales y físicas— habían ejercido sobre el alma sensible y tierna de mi hermano.

A lo largo de aquella tarde ni siquiera se planteó la cuestión de salir. El doctor tuvo que regresar a sus ocupaciones habituales, pero a la señora Roderich

y su hija ningún asunto las atraía hacia el exterior. Tuve que recorrer la mansión en su compañía, y admirar las bellas cosas que contenía, cuadros y objetos artísticos exquisitos, los aparadores cargados de vajilla de plata del comedor, los viejos cofres y arcones de la galería y, en el primer piso, la pequeña biblioteca de soltera, en la que ocupaban lugar destacado numerosas obras de la literatura francesa antigua y moderna.

¡Y que nadie crea que el jardín iba en zaga al palacete! Nada más lejos de la realidad. Nos paseamos por sus frescas umbrías, tomamos asiento en las cómodas sillas de mimbre al abrigo de los árboles, cogimos algunas flores en los macizos del césped, una de las cuales, de la mano de la señorita Myra, vino a adornar mi solapa.

—¿Y la torre? —exclamó ella de pronto—. ¿Acaso el señor Vidal imagina que su primera visita concluirá sin que haya subido a nuestra torre?

—¡Desde luego que no, señorita Myra, desde luego que no! —protesté—. No hay una sola carta de Marc en que no me hable de esa torre en términos elogiosos... casi tanto como de usted, y no he venido a Ragz sólo para subir a su torre...

—Entonces lo harán sin mí —dijo la señora Roderich—, pues me resulta un poco alto.

—¡Oh, madre, tan sólo son noventa escalones!

—Sí, y a tu edad equivale a dos escalones por año —intervino el capitán Haralan—. Quédate, querida madre. Yo acompañaré a mi hermana, a Marc y al señor Vidal y nos reencontraremos en el jardín.

—¡En ruta hacia el cielo! —exclamó la señorita Myra.

Y precedidos por ella, a la que nos costaba seguir dado su paso ligero y vivo, en dos minutos alcanzamos el belvedere, y luego la terraza.

Éste fue el panorama que se ofreció a nuestra mirada:

Hacia el oeste, toda la extensión de la ciudad y sus arrabales, la cual domina la colina de Wolfgang, coronada por el viejo castillo, cuya torre del homenaje se refugia bajo los pliegues del pabellón húngaro. Hacia el sur, el curso sinuoso del Danubio, de trescientos metros de ancho, surcado sin cesar por el vaivén de las embarcaciones que lo remontan o bajan navegando a vela y a vapor. Más allá, el campo, la Puszta, con sus bosques apretados como los macizos de un parque, sus llanuras, sus cultivos, sus pastos hasta las lejanas montañas de la provincia serbia y los Confines Militares. Al norte, todo un extrarradio de villas y casas de campo, de granjas reconocibles por su palomar puntiagudo.

Mis ojos estaban maravillados ante aquella vista admirable, de tan variados aspectos y que con aquella atmósfera tan pura, bajo los rayos de un luminoso sol de abril, se extendía hasta los confines del horizonte. Al inclinarme por encima

del parapeto, vi a la señora Roderich, sentada en un banco al borde del césped y saludándonos con la mano.

Entonces oí las explicaciones que se me ofrecían.

—Eso —dijo la señorita Myra— es el barrio aristocrático, con sus palacios, sus palacetes, sus plazas, sus estatuas... Por este lado, señor Vidal, podrá ver al bajar el barrio comercial, sus calles llenas de gente, sus mercados... Y el Danubio, pues siempre hay que volver a nuestro Danubio, que se encuentra bastante animado en este momento... Y la isla de Svendbor, completamente verde, con sus bosquecillos y sus praderas cubiertas de flores... ¡Mi hermano no olvidará llevarle allí!

—Puedes estar tranquila, hermanita —respondió el capitán Haralan—, ¡no ahorraré al señor Vidal ni un solo rincón de Ragz!

—Y nuestras iglesias —prosiguió la señorita Myra—, ¡mire nuestras iglesias, con sus campanarios y el alegre repique de sus campanas y carillones! ¡Ya los oírás el domingo! Y la catedral de San Miguel, ¿ve su imponente masa?, las torres de la fachada, y el chapitel central que sube hacia el cielo como para conducir allí las plegarias... ¡Es magnífica, señor Vidal, tanto el interior como el exterior!

—Mañana mismo recibirá mi visita —aseguré yo.

—Bien, y mientras yo muestro la catedral a su hermano, señor, ¿qué es lo que está mirando? —preguntó la señorita Myra volviéndose hacia Marc.

—La casa consistorial, señorita Myra... un poco a la derecha; su alto tejado, las grandes ventanas, el campanil, que da las horas, el patio de honor entre los dos pabellones y, sobre todo, su escalera monumental.

—¿Y por qué tanto entusiasmo por esa escalera municipal?

—Porque conduce a cierta sala... —repuso Marc mirando a su prometida, cuyo lindo rostro se tiñó de un leve rubor.

—¿Una sala?

—Una sala donde escucharé de su boca las más dulces palabras... las palabras más importantes de mi vida.

—Sí, mi querido Marc, y esas palabras que ambos habremos pronunciado en la casa consistorial ¡iremos a repetirlas a la casa de Dios!

Tras una prolongada permanencia en la terraza del belvedere, bajamos de nuevo al jardín, donde nos aguardaba la señora Roderich.

Aquella noche cené a la mesa familiar. Se trataba de mi primera comida en Hungría que no tenía lugar en un restaurante de hotel o de barco de vapor. La cena era excelente, y por la calidad de los manjares y de los vinos, me permití pensar que el doctor gustaba de los placeres de la buena mesa, como todos los médicos, podríamos decir, pertenezcan al país que pertenezcan. La mayoría de

los platos estaban sazonados con *páprika*, de uso común en toda Hungría y a la que de tan buen grado se adaptan los paladares magiares. De nuevo una magiarización a la que mi hermano se había acostumbrado y que en mi caso quedaba por hacer...

Pasamos aquella velada en la intimidad. En varias ocasiones la señorita Myra se sentó al piano y se acompañó mientras cantaba con voz penetrante esas originales melodías húngaras, odas, elegías, epopeyas, baladas de Petófi que no es posible oír sin emoción. Escucharla era un embeleso, que se habría prolongado hasta altas horas de la noche si el capitán Haralan no hubiese dado la señal de partir.

Cuando estuvimos de regreso en el hotel Temesvar, en mi habitación, adonde me había seguido Marc, éste me dijo:

—Bien, ¿había exagerado? ¿Crees que hay en todo el mundo otra muchacha...?

—¿Otra? —le atajé yo—. Lo cierto es que me pregunto si existe siquiera una... ¡si la señorita Myra Roderich existe realmente!

—¡Ah, mi querido Henry, cuánto la amo!

—Bueno, no me sorprende en absoluto, querido Marc; sólo hay una palabra que pueda definirla, una palabra que repetiré tres veces: es encantadora... encantadora... ¡encantadora!



A lo largo de la mañana siguiente visité una parte de Ragz en compañía del capitán Haralan. Durante ese tiempo Marc se ocupaba de diversas gestiones relativas a su boda, cuya fecha acababa de fijarse para el 15 de mayo, es decir, dentro de veinte días. El capitán Haralan se había empeñado en hacerme los honores de su ciudad natal, deseaba mostrármela en todos sus detalles. No habría podido encontrar un guía más concienzudo, más erudito y de una cortesía tan irreprochable.

Aun cuando en ocasiones volvía a mi recuerdo con cierta obstinación, lo cual no dejaba de sorprenderme, no le hablé en absoluto del tal Wilhelm Storitz, del que sí había dicho dos palabras a mi hermano. Por su parte, él permaneció mudo al respecto. Por consiguiente, era probable que jamás tuviera que hablar de aquel incidente.

Habíamos dejado el hotel Temesvar a las ocho, e iniciamos el paseo recorriendo el muelle Bathiany en toda su longitud, es decir, bordeando el Danubio.

Al igual que la mayor parte de las ciudades de Hungría, Ragz recibió sucesivamente varios nombres. Según las épocas, dichas poblaciones pueden exhibir una fe de bautismo en cuatro o cinco lenguas, latina, alemana, eslava y magiar, casi tan complicada como la de los príncipes, grandes duques y archiduques. Actualmente, en la geografía moderna, Ragz es Ragz.

—Nuestra ciudad no tiene la importancia de Pest —me dijo el capitán Haralan—; sin embargo, su población, cerca de cuarenta mil almas, corresponde a las ciudades de segundo orden, y gracias a su industria y a su comercio ocupa un lugar destacado en el reino de Hungría.

—¿Y es magiar por completo? —quise saber.

—Sin la menor duda, tanto por sus usos y costumbres, como puede ver, como por la vestimenta de sus habitantes. Si se ha podido afirmar no sin razón que en Hungría son los magiares quienes fundaron el Estado y los alemanes

quienes fundaron las ciudades, dicha afirmación es de todo punto exacta en lo que concierne a Ragz. Sin duda encontrará en la clase mercantil a individuos de raza germánica, pero se encuentran en ínfima minoría.

De hecho yo ya tenía constancia precisamente de eso, de su ciudad no contaminada por mezcla alguna, de lo que los ragzianos declaraban estar muy orgullosos.

—Por otra parte, los magiares, que no hay que confundir con los hunos, como se ha hecho en ocasiones —añadió el capitán Haralan—, forman la más fuerte cohesión política, y desde ese punto de vista, Hungría es superior a Austria por la agrupación de los pueblos que ocupan sus territorios.

—¿Y los eslavos? —pregunté.

—Los eslavos, menos numerosos que los magiares, mi querido Vidal, lo son todavía más que los alemanes.

—En definitiva, ¿cómo se considera a éstos en el reino húngaro?

—Tienen bastante mala prensa, debo confesarlo, sobre todo por parte de la población magiar, pues resulta obvio que para la gente de origen teutón la capital metropolitana no es Viena, sino Berlín.

Por lo demás, me dio la impresión de que el capitán Haralan no sentía gran afecto por los austríacos, ni siquiera por los rusos, que vinieron a prestarles su ayuda para reprimir la rebelión de 1849. Ese recuerdo sigue palpitante en el corazón húngaro. En cuanto a los alemanes, la antipatía racial entre ellos y los magiares se remonta a mucho tiempo atrás. Dicha antipatía se traduce de un sinfín de maneras que un extranjero no tarda en reconocer, e incluso los dichos populares lo expresan de forma bastante brutal:

«*Eb a német Kutya nélkül!*», afirma uno de tales dichos. Lo que significa en nuestra lengua: «Dondequiera que haya un alemán, ¡hay un perro!»

Aun teniendo en cuenta la parte de exageración que encierran ciertos proverbios, éste pone de manifiesto, cuando menos, el escaso entendimiento que existe entre ambas razas.

En cuanto a los demás elementos de población de Hungría, he aquí la relación: en el Banato, medio millón de serbios; croatas, cien mil; tumanos, veinte mil; eslovacos, grupo bastante compacto, dos millones. Añadan una mezcla de rutenos, eslavos y «pequeños rusos»,²³ lo que da diez millones de habitantes extendidos por los *comitats* de los Cuatro Círculos, a uno y otro lado del Danubio, de esta y de aquella parte del Theiss.

La ciudad de Ragz sigue un trazado bastante regular. A excepción de su parte baja, aglomerada en la orilla izquierda del río, los barrios altos exhiben una rectitud geométrica casi americana.

La primera plaza con que uno se encuentra al seguir el muelle Bathiany es

la plaza Magiar, bordeada de suntuosas mansiones. Por un lado, desemboca en ella el puente que atraviesa la isla de Svendor y termina en la ribera serbia; por el otro, comunica con la plaza de San Miguel a través de la calle del Príncipe Miloch, una de las más hermosas de la ciudad. En ella se encuentra el palacio de la residencia, ocupado por el gobernador de Ragz.

El capitán Haralan no tomó esa calle, sino que, siguiendo a lo largo del muelle, me condujo a la calle de Esteban II, y fuimos a parar al mercado de Coloman, muy frecuentado a aquella hora.

Allí, bajo las galerías de una vasta lonja, abundaban los diversos productos del país, cereales, verduras, frutas de los campos y huertos de la Puszta, la caza, capturada en los bosques y las llanuras ribereñas del Danubio, todo ello transportado por las embarcaciones que surcaban el río en ambos sentidos, así como las carnes de la matanza y de chacinería, puestas a la venta por los detallistas y que provenían de los extensos pastos de los alrededores de Ragz.

Y no son sólo esos productos agrícolas los que aseguran su prosperidad. El país húngaro puede contar, en la más amplia medida, con el cultivo de tabaco y los rendimientos de los viñedos, entre los que sólo el Tokay ocupa casi trescientas mil hectáreas. Citaré, por añadidura, las riquezas de sus montañas metalíferas, de donde se extraen los metales nobles, oro y plata, y también los de calidad menos aristocrática, hierro, cobre, plomo, cinc. Luego, están asimismo las minas de azufre, que son muy importantes, y por último, los estratos salinos, cuya masa explotable se estima en tres mil trescientos millones de toneladas... suficiente para permitir al mundo subllunar salar los manjares por espacio de largos siglos, en caso de que la salinidad marina llegara a agotarse.

Y tal como afirma gustoso el magiar, a quien no incomodaría en absoluto vivir en el ápice de una roca: «El Banato nos proporciona el trigo; la Puszta, el pan y la carne; la montaña, la sal y el oro. ¿Qué más podemos desear? ¡Nada en absoluto! Fuera de Hungría, ¡la vida no es vida!»

En el mercado de Coloman pude observar a placer al campesino con su traje tradicional. Ha conservado el carácter tan puro de su raza, una notable cabeza, la nariz ligeramente chata, los ojos redondos, el bigote caído. Por lo general se toca con un sombrero de ala ancha, por debajo del cual asoman dos trenzas. La chaqueta y el chaleco con botones de hueso son de piel de cordero; el calzón está confeccionado con una tela gruesa que podría rivalizar con la pana de nuestras campiñas nortenas, y un cinturón de variados colores lo mantiene sólidamente sujeto al talle. Llevan los pies calzados con fuertes botas que, en caso de necesidad, van provistas de espuelas.

Me pareció que las mujeres, de agradable aspecto, se movían con mayor viveza que los hombres, vestidas con falda corta de colores llamativos, corpiño

adornado con bordados, sombrero con los bordes hacia arriba y guarnecido con un penacho de plumas, sobre una cabellera cuyo espeso moño, a falta del tocado nacional, cubren con un pañuelo anudado al cuello.

Deambulaban asimismo por el lugar cingáros en estado natural, podríamos decir, muy diferentes de aquellos congéneres suyos que los empresarios presentan en nuestros cafés musicales y otros casinos de Francia. Por el contrario, se trataba de pobres diablos, en extremo miserables, muy dignos de piedad: hombres, mujeres, ancianos, niños, que conservaban todavía cierta originalidad bajo sus lamentables harapos, en los que se observa más agujeros que tela.

Al salir del mercado, el capitán Haralan me llevó por un dédalo de callejuelas bordeadas de tiendas con insignias colgantes. Más allá, el barrio se ensanchaba para conducir a la plaza de Liszt, una de las más grandes de la ciudad.

En el centro de esa plaza se levanta una bonita fuente, de bronce y mármol, cuyo pilón recibe el agua de sus caprichosas gárgolas. En su cima destaca la estatua de Matías Corvino, héroe del siglo xv, que fuera rey a los quince años y que supo resistir el ataque de austríacos, bohemios y polacos y salvó a la cristiandad europea de la barbarie otomana.

Plaza en verdad hermosa, en uno de cuyos lados se alza la casa consistorial, con sus elevados tejados coronados con veletas, que ha conservado el carácter de las antiguas construcciones del Renacimiento. Al edificio principal se accede por una escalera con barandilla de hierro, y una galería, decorada con estatuas de mármol, conduce a las diversas salas del primer piso. Vidrieras antiguas cierran las ventanas de la fachada, provistas de cruceros de piedra. En el centro se yergue el campanil, rematado por una cúpula con lucernas que queda justo encima de la garita del vigilante, protegida bajo los pliegues del pabellón nacional. En esconce, dos edificios forman saledizo, reunidos por una verja cuya puerta da a un vasto patio, adornado en las esquinas con macizos de un verde intenso.

Frente a la casa consistorial se levanta la estación, en la que desemboca el empalme de Temesvar, en el Banato. Desde allí resulta fácil la comunicación con Budapest por Szegedin, por lo que respecta al lado este del Danubio, y del otro lado, mediante la línea que permite alcanzar, hacia el oeste, Mohács, Warasdin, Narburgo y Groetz, la capital estiria.

Nos habíamos detenido en la plaza de Liszt.

—Ésa es la casa consistorial —me dijo el capitán Haralan—. Ahí es donde dentro de veinte días Marc y Myra comparecerán ante el funcionario encargado del registro civil y a la pregunta que les plantee darán...

—¡La respuesta que ya conocemos con antelación! —le interrumpí entre risas—. Y para dirigirse a la catedral desde aquí ¿hay mucho trecho?

—Apenas unos minutos, mi querido Vidal, y si lo desea, seguiremos ahora la calle de Ladislas, que conduce directamente allí.

La susodicha calle, recorrida por tranvías al igual que el muelle Bathiany y las principales calles de Ragz, termina ante la catedral de San Miguel, monumento del siglo XIII en el que se mezclan el románico y el gótico y cuyo estilo adolece de falta de pureza. No obstante, tiene algunas partes hermosas que merecen la atención de los expertos: la fachada, flanqueada por dos torres, el chapitel, situado sobre el crucero, de trescientos quince pies de altura, el pórtico central, con dovelas muy labradas, el gran rosetón, que atraviesan los rayos del sol poniente, iluminando entonces con intensidad la amplia nave, y por último, el ábside redondeado entre esos múltiples arbotantes que algún turista irreverente podría haber denominado «el aparato ortopédico de las catedrales».

—Más tarde tendremos tiempo de visitar el interior —me dijo el capitán Haralan.

—Como guste —respondí—. Usted me guía, mi querido capitán, y yo le sigo.

—Pues bien, subamos hasta el castillo; luego contornearemos la ciudad por la línea de los bulevares, y llegaremos a casa de mi madre justo a la hora de la comida.

Ragz posee otras iglesias, pues los católicos se encuentran en franca mayoría. Los cultos correspondientes a los ritos luterano, rumano y griego tienen sus templos y sus capillas, sin el menor valor arquitectónico. Hungría pertenece sobre todo a la religión apostólica y romana, aun cuando Budapest, la capital, sea, después de Cracovia, la ciudad que alberga el mayor número de judíos; allí, como en otras partes, la fortuna de los magnates pasó casi en su totalidad por sus manos.

Al dirigirnos hacia el castillo tuvimos que atravesar un barrio bastante animado, donde se apretujaban vendedores y compradores. Y precisamente en el momento en que llegábamos a una pequeña plaza, empezaba a formarse un alboroto bastante más tumultuoso de lo que suele comportar el guirigay de las transacciones comerciales.

Algunas mujeres, que habían abandonado sus tenderetes, rodeaban a un hombre, un campesino tendido cuan largo era en el suelo. Parecía tener dificultad para levantarse, y gritaba, lleno de cólera:

—¡Les digo que me han golpeado... que me han empujado, y con tal violencia que me han hecho caer!

—Vamos, ¿quién iba a golpearte? —replicó una de aquellas mujeres—. En

ese momento estabas solo, te veía muy bien desde mi puesto. Y no había nadie por aquí.

—Sé identificar muy bien un empujón... —protestó el hombre—, aquí, en pleno pecho... ¡y no es algo que se produzca por sí solo!

El capitán Haralan, que interrogó a aquel campesino, obtuvo de él la siguiente explicación: habría dado unos veinte pasos al extremo de la plaza, cuando de pronto experimentó una violenta sacudida, como si un hombre vigoroso hubiera chocado de frente con él, y cuando miró en derredor, no vio a nadie.

¿Qué había de cierto en aquel relato? ¿Había recibido realmente el campesino un golpe tan rudo como imprevisto? No obstante, un empujón no se produce sin que haya un agente empujador, siquiera sea el viento, y el aire estaba en absoluta calma. De lo que no cabía duda era de que había tenido lugar una caída bastante inexplicable.

De ahí todo aquel tumulto que nos atronó cuando llegamos a la plaza.

Decididamente, o bien el hombre era presa de una alucinación, o se había dado a la bebida. Un borracho cae por sí mismo sólo en virtud de la ley de caída de los cuerpos.

Tal fue sin duda la opinión general, aun cuando el campesino negó que hubiera bebido, y pese a sus protestas, los agentes se lo llevaron al puesto de policía.

Concluido el incidente, seguimos una de las rutas ascendentes que se dirigen hacia el este de la ciudad. Se trataba de una red de calles y callejuelas, un intrincado laberinto del que un extranjero no habría conseguido salir.

Por fin llegamos ante el castillo, sólidamente asentado en una de las redondeadas cimas de la colina de Wolfgang.

Era una clara muestra de la fortaleza de las ciudades húngaras, la acrópolis, o el *var*, que es la denominación exacta en lengua magiar, la ciudadela de la época feudal, tan amenazadora para los enemigos del exterior, hunos o turcos, como para los vasallos del señor. Unas elevadas murallas almenadas, bordeadas de matacanes, horadadas por aspilleras y franqueadas por gruesas torres, la más alta de las cuales, la torre del homenaje, dominaba toda la comarca circundante.

El puente levadizo, tendido sobre el foso, que se hallaba erizado de mil arbustos silvestres, nos condujo a la poterna, entre dos grandes morteros en desuso. Por encima asomaban unas bocas de cañón, pertenecientes a esa caduca artillería con la que se fabrican bolardos de amarre en los muelles portuarios.

El grado del capitán Haralan le abría de manera natural todas las puertas de aquellas antiguas fortificaciones, aptas para figurar entre los monumentos históricos. Los escasos soldados que la guardaban le hicieron el saludo militar al

que tenía derecho, y una vez en la plaza de armas, me propuso subir a la torre del homenaje, que ocupa una de las esquinas.

Tuvimos que ascender no menos de doscientos cuarenta peldaños de la escalera de caracol que facilita el acceso a la plataforma superior.

Al deambular a lo largo del parapeto, abarqué con la mirada un horizonte más extenso que el que se divisa desde la torre de la mansión Roderich. Calculé que aquella parte del Danubio abarcaba no menos de treinta kilómetros, y su curso torcía hacia el este en dirección a Neusatz.

—Ahora, mi querido Vidal —me dijo el capitán Haralan—, conoce nuestra ciudad al menos en parte. Aquí la tiene extendida por entero a nuestros pies...

—Y lo que he podido ver de ella me ha parecido en extremo interesante —repuse—, incluso después de haber visto Budapest y Presburgo.

—Me complace oírsele decir, y cuando haya concluido su visita a Ragz, una vez se haya familiarizado con sus usos, costumbres y originalidades, no dudo que guardará de ella un excelente recuerdo. Lo cierto es que nosotros, los magiares, amamos nuestras ciudades con un amor filial. Por lo demás, aquí las relaciones entre las diversas clases traducen un perfecto entendimiento. La población posee, en su más alto grado, el gusto por la independencia y el instinto del más apasionado patriotismo. Por añadidura, la clase acomodada se muestra muy caritativa con los desdichados, cuya cifra decrece de año en año, gracias a las instituciones de beneficencia. A decir verdad, en ella encontrará usted pocos indigentes, y en cualquier caso, tan pronto reparamos en la miseria, pasamos a socorrerla.

—Lo sé, mi querido capitán, al igual que me consta que el doctor Roderich no escatima sus servicios a las gentes humildes, y que tanto la señora Roderich como la señorita Myra figuran a la cabeza de las obras de misericordia.

—Mi madre y mi hermana se limitan a actuar según corresponde hacer a las personas de su condición y posición social. A mi modo de ver, la caridad constituye el más imperioso de los deberes.

—Sin duda —corroboré—; sin embargo, existen tantas formas de cumplirlo...

—En ello radica el secreto de las mujeres, mi querido Vidal, y una de sus funciones en este mundo.

—En efecto... y la más noble, sin duda.

—En definitiva —prosiguió el capitán Haralan—, vivimos en una ciudad apacible, que las pasiones políticas han dejado de turbar, o apenas lo hacen, celosa en extremo, no obstante, de sus derechos y privilegios, que estaría dispuesta a defender contra cualquier intrusión del poder central. Sólo encuentro un defecto en nuestros conciudadanos...

—¿Y cuál es?

—¡El de mostrarse un tanto proclives a la superstición y creer de muy buena gana en lo sobrenatural! Las leyendas de aparecidos y fantasmas, invocaciones y maleficios tienen el poder de agradarles más de lo conveniente. Sé muy bien que los ragzianos son muy católicos y que la práctica del catolicismo contribuye a esa predisposición de la mente...

—De modo que, dejando aparte al doctor Roderich —dije—, pues un médico difícilmente se entrega a algo así, ¿su madre... su hermana...?

—En efecto, y con ellas toda la gente que las rodea, y contra esa debilidad, pues no se trata de otra cosa, ¡no sé en modo alguno cómo actuar! Tal vez Marc pueda ayudarme...

—A menos que la señorita Myra se oponga a ello.

—Y ahora, mi querido Vidal, inclínese por encima del parapeto... Dirija la mirada hacia el nordeste... allí, en el extremo de la ciudad... ¿logra divisar la terraza de un belvedere?

—La veo —respondí—, y tengo la impresión de que debe de tratarse de la torre de la mansión Roderich.

—No se equivoca, y en esa mansión hay un comedor, y en ese comedor se servirá la comida dentro de una hora, y como usted es uno de los invitados...

—A sus órdenes, mi querido capitán.

—Bien, pues bajemos; dejemos el *var* en su soledad feudal, que hemos venido a interrumpir unos momentos, y regresemos siguiendo la línea de los bulevares, lo que le permitirá atravesar el norte de la ciudad.

Pocos minutos después habíamos franqueado la poterna.

Más allá de un bonito barrio que se extiende hasta las murallas que circundan Ragz, los bulevares, cuyo nombre va cambiando a partir de cada una de las anchas calles que desembocan en ellos, describen las tres cuartas partes de un círculo que cierra el Danubio, cuyo trazado abarca una longitud de cinco kilómetros. Crecen en ellos una cuádruple hilera de árboles en la plenitud de su desarrollo, hayas, castaños y tilos. Por un lado prosigue el parapeto que componen las antiguas cortinas, por encima del cual se divisa la campiña. Por el otro se suceden las viviendas lujosas, la mayoría precedidas de un patio donde florecen macizos de flores, y cuya parte posterior da a frescos jardines, regados por aguas vivas.

A aquella hora, por la calzada de los bulevares pasaban ya algunos carruajes con vistosos tiros, y por el lateral, grupos de jinetes y amazonas elegantemente ataviados.

En el último recodo doblamos a la derecha a fin de bajar por el bulevar de Teleki, en dirección al muelle Bathiany.

Desde allí divisé una casa aislada en el centro de un jardín. De aspecto triste, como si llevase cierto tiempo abandonada, con las ventanas cerradas por persianas que no debían abrirse casi nunca y el zócalo invadido por la lepra de los musgos y la confusión de las zarzas, contrastaba de modo extraño con los demás palacetes del bulevar.

A través de la vega, al pie de la cual crecían cardos, se entraba en un pequeño patio donde se alzaban dos olmos torcidos por los años y cuyo tronco, surcado por largas hendiduras, dejaba ver la podredumbre interior.

En la fachada se abría una puerta, desteñida por la acción de la intemperie, el cierzo y las nieves del invierno, a la que se subía por una escalinata de tres deteriorados peldaños.

Encima de la planta baja se extendía un primer piso, con tejado de gruesas vigas y belvedere cuadrado, en cuyas estrechas ventanas colgaban tupidas cortinas.

No parecía que aquella casa estuviera habitada, si es que era habitable.

—¿A quién pertenece? —pregunté.

—A un tipo excéntrico —respondió el capitán Haralan.

—Esta casa afea el bulevar... La ciudad debería comprarla y demolerla.

—Y con mucha más razón, mi querido Vidal, cuanto que, una vez derribada la casa, su propietario abandonaría la ciudad y se iría al diablo, ¡su pariente más próximo, de creer a las chismosas de Ragz!

—¿Se trata de un extranjero?

—Sí, un alemán.

—¿Un alemán? —repetí.

—En efecto, un prusiano.

—¿Y se llama...?

En el momento en que el capitán Haralan estaba a punto de responder a mi pregunta, la puerta de la casa se abrió y por ella salieron dos hombres. El de más edad, de unos sesenta años, permaneció en la escalinata, mientras que el otro atravesó el patio y cruzó la verja.

—Vaya —murmuró el capitán Haralan—, de modo que está aquí... Creía que se había ausentado...

Al volverse, el individuo nos vio. ¿Conocía al capitán Haralan? No me cupo la menor duda, pues ambos intercambiaron una mirada de antipatía que no dejaba lugar a engaño.

Pero también yo lo había reconocido, y cuando se hubo alejado unos cuantos pasos, comenté:

—Desde luego, se trata de él.

—¿Conoce a ese tipo? —me interrogó el capitán Haralan, poniendo de

manifiesto su sorpresa.

—Sin duda —repuse—. Viajé con él de Pest a Vukovar a bordo del *Matías Corvino*, y confieso que no esperaba en absoluto encontrármelo en Ragz.

—¡Y más valdría que no estuviera aquí! —exclamó el capitán Haralan.

—No parece estar en muy buena relación con ese alemán...

—¿Y quién podría estarlo?

—¿Hace mucho que vive en Ragz?

—Cosa de dos años, ¡y puedo decirle que tuvo la desvergüenza de pedir la mano de mi hermana! Pero mi padre y yo se la negamos con tal vehemencia que sin duda se le quitaron las ganas de reiterar su petición...

—¡Cómo! ¿Se trata de ese hombre?

—Así pues, ¿lo sabía?

—En efecto, mi querido capitán, y no ignoro que se llama Wilhelm Storitz... ¡y que es el hijo de Otto Storitz, de Spremberg!



Transcurrieron dos días, durante los cuales dediqué todas mis horas libres a recorrer la ciudad. Como un auténtico magiar, efectuaba asimismo largas paradas en el puente que une las dos orillas del Danubio a la isla de Svendor, y jamás me cansaba de admirar aquel magnífico río.

Debo confesar que, a mi pesar, el nombre de Wilhelm Storitz volvía con frecuencia a mi mente. De modo que era en Ragz donde residía habitualmente, y como llegué a saber, con un único criado, conocido por el nombre de Hermann, ni más simpático, ni más abordable, ni más comunicativo que su amo. Incluso se me antojó que aquel sirviente me recordaba, por su porte y su manera de andar, al hombre que el día de mi llegada parecía seguirnos a mi hermano y a mí, durante nuestro paseo a lo largo del muelle Bathiany.

Consideré que no debía decir nada a Marc del encuentro que el capitán y yo habíamos hecho en el bulevar de Teleki.²⁴ Tal vez le habría preocupado saber que Wilhelm Storitz, a quien creía ausente de Ragz, había regresado; ¿por qué empañar su dicha con una sombra de inquietud? Lamenté, empero, que aquel rival rechazado no hubiese abandonado la ciudad, al menos hasta el día en que se hubiera celebrado la boda de Marc y Myra.

El 27 por la mañana me encontraba preparándome para mi habitual paseo. Mi intención era hacer una excursión por los alrededores de Ragz, a través de la campiña serbia. Me disponía, pues, a bajar, cuando mi hermano entró en mi habitación.

—Tengo mucho que hacer, querido hermano —me dijo—, y supongo que no me guardarás rencor si te dejo solo...

—Ve, mi querido Marc —respondí—, y no te preocupes por mí.

—¿Ha de pasar Haralan a recogerte?

—No, no está libre... Comeré en alguna taberna del otro lado del Danubio.

—Sobre todo, querido Henry, ¡asegúrate de estar de regreso a las siete!

—La mesa del doctor es demasiado buena para que pueda olvidarlo.

—Tragón... ¡Ah!, también se habla de una velada que se ofrecerá dentro de pocos días en la mansión; así podrás estudiar a tu antojo a la alta sociedad de Ragz.

—¿Una fiesta de esponsales, Marc?

—Oh, hace mucho que Myra y yo estamos prometidos... Incluso me atrevería a decir que lo hemos estado siempre.

—Sí, desde el nacimiento.

—¡Es muy posible!

—Adiós, pues, oh, el más afortunado de los hombres.

—¡Espera para decirme eso a que mi prometida se convierta en mi esposa!

Tras haberme estrechado la mano, Marc salió, y yo bajé al comedor.

Acabado el desayuno, me disponía a partir, cuando de pronto apareció el capitán Haralan. Me sorprendió bastante verlo, pues habíamos convenido que esa mañana no debía contar con él.

—¿Usted? —exclamé—. Bien, mi querido capitán, ¡esto sí que es una agradable sorpresa!

Acaso me equivocaba, pero me pareció que el capitán Haralan estaba preocupado; de hecho, se limitó a responder:

—Mi querido Vidal... he venido...

—Como puede ver, estoy listo. Hace un día espléndido, y si no le asustan unas cuantas horas de paseo...

—No... en otra ocasión, si lo desea.

—Entonces, ¿qué le trae por aquí?

—Mi padre desea hablar con usted, nos espera en casa.

—Estoy a su disposición —repuse.

Mientras seguíamos el muelle Bathiany, caminando el uno muy cerca del otro, el capitán Haralan no pronunció una sola palabra. ¿Qué le ocurría? ¿Y qué sería lo que el doctor Roderich tenía que decirme?... ¿Se trataba de la boda de Marc?

En cuanto llegamos, el criado nos introdujo en el gabinete del doctor.

La señora y la señorita Roderich habían salido ya de casa, y probablemente Marc las acompañaba en su recorrido matinal.

El doctor se encontraba solo en su gabinete, sentado ante el escritorio, y cuando se dio la vuelta, me dio la impresión de que estaba tan preocupado como su hijo.

Algo ocurre —dije para mis adentros—, y sin duda Marc no estaba al corriente cuando nos vimos esta mañana. No le han dicho nada, y estoy seguro de que, de hecho, no han querido decirle nada.

Me acomodé en un sillón frente al doctor, mientras que el capitán Haralan optó por permanecer de pie, ante la chimenea, donde ardía un resto de leña.

No sin cierta ansiedad, aguardé a que el doctor me dirigiese la palabra.

—Ante todo, señor Vidal —me dijo—, le agradezco que haya venido a mi casa.

—Estoy a su entera disposición, señor Roderich.

—Deseaba comunicarle algo en presencia de Haralan.

—¿Algo relacionado con la boda?

—En efecto.

—¿Se trata de algo grave?

—Sí y no —respondió el doctor—. Sea como fuere, no he informado de ello ni a mi esposa, ni a mi hija, ni a su hermano, y prefiero que sigan ignorándolo... Por lo demás, ¡usted mismo podrá juzgar!

De manera instintiva, en mi mente se estableció una relación entre lo que se disponía a contarme y el encuentro que el capitán Haralan y yo habíamos hecho la víspera ante la casa del bulevar de Teleki.

—Ayer por la tarde —prosiguió el doctor—, cuando la señora Roderich y Myra habían salido, a la hora de mi consulta, mi criado me trajo la tarjeta de un visitante a quien ya no esperaba volver a ver. Al leer el nombre inscrito en aquella tarjeta, experimenté un profundo disgusto... El nombre era el de Wilhelm Storitz.

Cogí la tarjeta y la mantuve unos instantes ante mis ojos.

Lo que atrajo mi atención fue que, en lugar de figurar grabado o impreso, el nombre estaba autografiado, de puño y letra de aquel individuo inquietante, y la firma aparecía adornada con una rúbrica complicada, una especie de pico de ave de rapiña.

He aquí, por lo demás, el facsímil:

Wilhelm Storitz²⁵

—Quizá no sepa usted quién es ese alemán —aventuró el doctor.

—Pues sí... estoy al corriente —repuse.

—Bien, hará unos cuatro meses, antes de que su hermano hiciera su petición, que fue bien acogida, Wilhelm Storitz vino a solicitar la mano de mi hija. Tras haber consultado a mi esposa, a mi hijo y a Myra, que compartieron mi repugnancia hacia semejante matrimonio, hice saber a Wilhelm Storitz que su propuesta no podría ser atendida. En lugar de condescender a ese rechazo, reiteró su petición en términos formales, y le respondí, no menos formalmente, en unos términos que no le dejaban la menor esperanza.

Mientras el doctor Roderich hablaba, el capitán Haralan se paseaba por la estancia, deteniéndose en ocasiones ante una de las ventanas para mirar en

dirección al bulevar de Teleki.

—Señor Roderich —dije—, tuve conocimiento de ese hecho, y me consta que se produjo con anterioridad a la solicitud de mi hermano.

—Unos tres meses antes, señor Vidal.

—Por consiguiente —proseguí—, no fue porque Marc había sido ya aceptado por lo que a Wilhelm Storitz se le negó la mano de la señorita Myra, sino antes bien porque tal matrimonio no entraba en sus planes.

—Sin la menor duda. Jamás habríamos dado nuestro consentimiento para una unión que no podía convenirnos en modo alguno, y a la que Myra habría opuesto una categórica negativa.

—¿Fue la persona... es decir, fue la posición de Wilhelm Storitz lo que motivó esa decisión?

—En lo referente a su posición —respondió el doctor Roderich—, todo el mundo está convencido de que su padre le dejó una bonita fortuna, consecuencia de fructíferos descubrimientos. Ahora bien, en cuanto a su persona...

—Le conozco, señor Roderich.

—¿Le conoce?

Pasé a relatar las circunstancias de mi encuentro con Wilhelm Storitz a bordo del *dampfschiff*, sin que a la sazón tuviera sospecha alguna acerca de quién se trataba. Durante cuarenta y ocho horas aquel alemán había sido mi compañero de viaje entre Pest y Vukovar, donde creí que había desembarcado, puesto que ya no se hallaba a bordo cuando llegué a Ragz.

—Por último, ayer —añadí—, durante mi paseo con el capitán Haralan, pasamos por delante de su casa, y lo reconocí en el momento en que salía de ella.

—No obstante, se decía que había abandonado la ciudad desde hacía varias semanas —observó el doctor Roderich.

—Eso creíamos, y en efecto es posible que se ausentase —intervino el capitán Haralan—, pero de lo que no cabe duda es de que se halla de vuelta en su casa, ¡y que ayer estaba en Ragz!

La voz del capitán Haralan denotaba una viva irritación.

El doctor prosiguió en los siguientes términos:

—Le he respondido, señor Vidal, en lo que concierne a la posición de Wilhelm Storitz. Ahora bien, en cuanto a su existencia, ¿quién podría jactarse de conocerla?... ¡Resulta de todo punto enigmática! Parece ser que ese hombre vive al margen de la humanidad.

—¿Semejantes palabras no denotan cierta exageración? —observé.

—Cierta exageración, no cabe duda —respondió el doctor—. No obstante, pertenece a una familia bastante sospechosa, y antes que él, su padre, Otto Storitz, dio pie a singulares leyendas.

—Que le han sobrevivido, doctor, a juzgar por un artículo del *Wiener Extrablatt* que leí en Pest. Versaba sobre el aniversario que se celebra todos los años en Spremberg, en el cementerio local. De creer al cronista, el tiempo no ha debilitado en absoluto tales habladurías supersticiosas... ¡El sabio fallecido habría heredado del sabio vivo!... Se trataba de un brujo, que poseía secretos del otro mundo; disponía de un poder sobrenatural, y al parecer, todos los años la gente espera ser testigo de algún fenómeno extraordinario que se produzca en torno a su tumba.

—Así pues, señor Vidal —concluyó el doctor Roderich—, y a juzgar por lo que ocurre en Spremberg, no debe sorprenderle que en Ragz el tal Wilhelm Storitz sea considerado un personaje extraño... Y fue un hombre semejante quien pidió la mano de mi hija y quien ayer mismo tuvo la osadía de reiterar su solicitud...

—¿Ayer? —repetí.

—¡Ayer mismo, durante su visita!

—Y aun cuando no fuera quien es —exclamó el capitán Haralan—, seguiría tratándose de un prusiano, y eso habría bastado para obligarnos a rechazar semejante alianza. Supongo que lo comprende, mi querido Vidal...

—¡Desde luego que sí, capitán!

Aquellas palabras ponían de manifiesto la suprema antipatía que, tanto por tradición como por instinto, la raza magiar profesa a la germánica.

—Voy a referirle cómo ocurrió todo —prosiguió el doctor Roderich—, pues no está de más que lo sepa. Cuando recibí la tarjeta de Wilhelm Storitz, lo cierto es que vacilé... ¿Debía permitir que lo trajesen a mi presencia o era mejor hacerle saber que no podía recibirlo?

—Tal vez eso habría sido preferible, padre mío —dijo el capitán Haralan—, pues, tras el fracaso de su primera gestión, ese hombre tendría que haber comprendido que bajo ningún pretexto debía volver a poner los pies aquí.

—Sí, es posible —convino el doctor—; sin embargo, temí sacarle de sus casillas y que ello diera lugar a algún escándalo...

—¡Al que yo habría puesto fin con celeridad, padre!

—Y fue precisamente porque te conozco —dijo el doctor, al tiempo que cogía la mano del capitán Haralan— por lo que preferí actuar con prudencia. Y ocurra lo que ocurra, apelo al afecto que sientes por tu madre y por mí, así como por tu hermana, cuya situación resultaría en extremo penosa si su nombre saliera a relucir, para que, si el tal Wilhelm Storitz armase algún alboroto...

Si bien conocía al capitán Haralan desde hacía poco tiempo, lo consideraba un hombre de vivo carácter, y pendiente hasta el extremo de todo cuanto concernía a su familia. Por eso, no pude por menos que lamentar que el rival de

Marc hubiera regresado a Ragz y, sobre todo, que hubiese reiterado su petición.

El doctor acabó de contarnos con todo detalle aquella visita. Había tenido lugar en el mismo gabinete en que a la sazón nos encontrábamos. Wilhelm Storitz empezó por tomar la palabra en un tono que atestiguaba una tenacidad poco común. De vuelta en Ragz desde hacía cuarenta y ocho horas, al doctor Roderich no podía sorprenderle que hubiera querido verlo.

—Si lo he hecho, si he insistido en ser recibido —dijo—, es porque deseaba llevar a cabo un segundo intento, que no será el último.

—Señor —repuso el doctor—, puedo entender su primera solicitud, pero desde luego ésta ya no la entiendo, y su presencia en mi casa...

—Señor —replicó a su vez el otro con frialdad—, no he renunciado al honor de convertirme en marido de la señorita Myra Roderich, y es en relación con ello por lo que he querido verle.

—Entonces, señor —declaró el doctor—, su visita no se justifica en modo alguno... No estamos dispuestos a reconsiderar nuestra negativa, y no veo la menor razón para tamaña insistencia.

—Por el contrario —adujo Wilhelm Storitz—, dicha razón existe, y lo que me determina precisamente a insistir es que se ha presentado otro, otro más afortunado que yo, a quien han creído que debían aceptar... Un francés... ¡un francés!

—En efecto —corroboró el doctor—, un francés, el señor Marc Vidal, ha pedido la mano de mi hija.

—¡Y la ha obtenido!

—Así es, señor, y a falta de otro motivo, ello habría debido hacerle comprender que no le queda nada que esperar, si es que acaso podía mantener alguna esperanza.

—¡Que todavía mantengo! —declaró Wilhelm Storitz—. ¡No, no renunciaré en absoluto a esa unión con la señorita Myra Roderich!... La amo, y si no puede ser mía, ¡al menos jamás pertenecerá a otro!

—¡Insolente... miserable! —repetía ahora el capitán Haralan—. ¡Pensar que se ha atrevido a hablar de ese modo y que yo no estaba en casa para echarle a cajas destempladas!

Decididamente, pensé, si aquellos dos hombres se encontraban frente a frente, resultaría difícil impedir el escándalo que temía el doctor Roderich.

—Una vez pronunciadas esas palabras —nos dijo el doctor—, me puse de pie y le di a entender que no quería oír nada más al respecto. La boda estaba decidida y se celebraría dentro de pocos días.

»—Ni dentro de pocos días ni más tarde —replicó Wilhelm Storitz.

»—Señor —le dije, mostrándole la puerta—, ¡tenga la bondad de salir!

»Cualquier otro que no fuera él habría comprendido que su visita no podía prolongarse... Pues bien, él se quedó; bajó el tono de voz, tratando de obtener con modales suaves lo que no había podido obtener con la violencia, al menos la promesa de que la boda sería aplazada. Entonces me dirigí hacia la chimenea para llamar al criado. Me cogió el brazo, de nuevo presa de la cólera, y su voz resonó hasta tal punto que debían de oírlo desde fuera. ¡Por fortuna, mi esposa y mi hija todavía no habían regresado a casa! Wilhelm Storitz consintió por fin en retirarse, ¡no sin antes proferir amenazas! La señorita Roderich no se casaría con aquel francés... Surgirían tales obstáculos que la boda resultaría imposible... Los Storitz disponían de medios que podían desafiar todo poder humano, y no vacilaría en servirse de ellos contra la imprudente familia que lo rechazaba... Por último, abrió la puerta del gabinete y salió hecho una furia, pasando entre algunas personas que aguardaban en la galería, ¡y dejándome muy asustado por sus amenazadoras palabras!

Tal como nos repitió el doctor, ni una sola frase de aquella escena había sido reproducida ni a la señora Roderich, ni a su hija, ni a mi hermano. Más valía ahorrarles esa inquietud. Por lo demás, yo conocía lo bastante a Marc para temer que querría dar respuesta a aquel asunto del mismo modo en que lo haría el capitán Haralan, el cual se rindió, no obstante, a los razonamientos de su padre.

—Sea —dijo—, no iré a castigar a ese insolente. Ahora bien, ¿y si es él quien viene a mí... si es él quien la toma con Marc... si es él quien nos provoca?

El doctor Roderich no pudo responder.

Nuestra conversación llegó a su fin. En cualquier caso, no había más remedio que esperar, y nadie sabría nada si Wilhelm Storitz no pasaba de la palabra a la acción. Y en definitiva, ¿qué podría hacer? ¿Cómo iba a impedir la boda? ¿Sería acaso obligando a Marc, mediante un insulto en público, a buscar cumplida satisfacción en su persona?... ¿O más bien ejerciendo alguna violencia contra Myra Roderich?... Pero ¿cómo lograría penetrar en la mansión, donde ya no volvería a ser recibido? ¡Imaginaba que no figuraría entre sus poderes forzar las puertas! Por otra parte, en tal caso el doctor Roderich no vacilaría en recurrir a la autoridad, que sin la menor duda sabría hacer entrar en razón a aquel alemán.

Antes de separarnos, el doctor rogó encarecidamente a su hijo por última vez que no buscase las cosquillas a aquel insolente individuo, y, debo repetirlo, no fue sino a regañadientes como el capitán Haralan consintió en ello.

Nuestra conversación se había prolongado lo bastante para que la señora Roderich, su hija y mi hermano hubieran regresado a casa. Tuve que quedarme a comer, de modo que hube de aplazar hasta la tarde mi excursión por los alrededores de Ragz.

Huelga decir que alegué un motivo cualquiera para justificar mi presencia aquella mañana en el gabinete del doctor. Por consiguiente, Marc no tuvo la menor sospecha, y la comida transcurrió muy agradablemente.

Cuando nos levantamos de la mesa, la señorita Myra me dijo:

—Señor Henry, puesto que hemos tenido el placer de encontrarlo aquí, ya no nos separaremos en todo el día...

—¿Y mi paseo? —protesté.

—¡Lo daremos juntos!

—El caso es que contaba con ir un poco lejos...

—¡Iremos un poco lejos!

—A pie...

—¡Pues a pie!

—No puedes negarte —intervino mi hermano—, puesto que la señorita Myra te lo pide.

—No, no puede, ¡o todo habrá terminado entre nosotros, señor Henry!

—A sus órdenes, señorita.

—Además, señor Henry, ¿es necesario ir tan lejos? Estoy segura de que todavía no ha admirado en toda su belleza la isla de Svendor.

—Pensaba hacerlo mañana.

—Bien, pues iremos hoy.

Y fue en compañía de la señora Roderich, de su hija y de Marc como visité aquella isla, transformada en jardín público, una especie de parque con bosquecillos, chalets y atracciones de toda clase.

No obstante, mi mente no se hallaba del todo presente en aquel paseo. Marc se dio cuenta y tuve que darle una respuesta evasiva.

¿Se trataba, quizá, del temor a encontrar a Wilhelm Storitz en nuestro camino?... No, pensaba más bien en lo que le había dicho al doctor Roderich: «surgirían tales obstáculos que la boda resultaría imposible... ¡Los Storitz disponían de medios que podían desafiar todo poder humano!». ¿Qué significaban aquellas palabras?... ¿Había que tomarlas en serio?... Me prometí explayarme al respecto con el doctor cuando estuviéramos a solas.

Transcurrieron varios días. Empezaba a tranquilizarme. No habíamos vuelto a ver a Wilhelm Storitz. Sin embargo, no había salido de la ciudad. La casa del bulevar de Teleki seguía estando habitada; al pasar por las proximidades, había visto a Hermann, el sirviente, salir de ella. Incluso en una ocasión, el propio Wilhelm Storitz apareció en una de las ventanas del belvedere, con el rostro vuelto hacia el extremo del bulevar, en la dirección del palacete Roderich...

Las cosas se hallaban en ese punto cuando, la noche del 3 al 4 de mayo, se produjo el siguiente incidente:

Aun cuando la puerta de la casa consistorial estaba perennemente custodiada por el ordenanza de servicio, y nadie podía acercarse a ella sin ser visto, el cartel que anunciaba la boda de Marc Vidal y Myra Roderich fue arrancado del tablón de anuncios, ¡y los fragmentos aparecieron a pocos pasos de allí!



¿Quién podía haber cometido ese acto incalificable, salvo únicamente aquel que tenía interés en cometerlo?... ¿Iría seguido de otros actos más graves?... ¿Se trataba del inicio de las represalias contra la familia Roderich?...

El doctor Roderich fue informado del incidente a primera hora por el capitán Haralan, que se presentó de inmediato en el hotel Temesvar.

Resulta fácil imaginar en qué estado de irritación venía.

—¡Semejante barrabasada sólo puede ser obra de ese tunante! —exclamó—. ¡Ha tenido que ser él! Ignoro cómo lo ha conseguido; de lo que estoy convencido es de que sin duda no se detendrá ahí, pero ¡yo le pararé los pies!

—Conserve su sangre fría, mi querido Haralan —dije—, y no cometa una imprudencia que podría complicar la situación.

—Querido Vidal, si mi padre me hubiese mandado llamar antes de que ese hombre hubiera salido de la casa, o si después me hubiese dejado actuar, nos habríamos desembarazado de él...

—Insisto en creer, capitán, que es mejor que no haya hecho usted nada al respecto.

—¿Y si va más allá?

—¡Será el momento de reclamar la intervención de la policía! Piense en su madre, en su hermana...

—¿Acaso no se enterarán de que el anuncio...?

—No se lo diremos, ni tampoco a Marc. Después de la boda veremos qué es lo que conviene hacer.

—¿Después? —repitió el capitán Haralan—. ¿Y si es demasiado tarde?

Aquel día, en el palacete todo el mundo andaba ocupado con la fiesta de esponsales. Los señores Roderich habían querido «hacer bien las cosas», para emplear una manera de hablar muy francesa. Los preparativos casi habían concluido. El doctor, que contaba con muchos amigos entre la sociedad ragziana, había enviado invitaciones en número bastante elevado. Allí, como en un terreno

neutral, la aristocracia magiar se encontraría con el ejército, la magistratura, los funcionarios y los representantes del comercio y de la industria. El gobernador de Ragz había aceptado la invitación del doctor, a quien le unía una amistad personal que databa de mucho tiempo atrás.

Alrededor de ciento cincuenta personas debían reunirse aquella noche en la mansión, y los salones bastarían ampliamente para ello, así como la galería, donde se serviría la cena al final de la velada.

A nadie sorprendería que la cuestión del atuendo tuviese ocupada a Myra Roderich en su justa medida, ni que Marc hubiera querido aportar su toque de artista... tal como había hecho con anterioridad con respecto al retrato de su prometida. Por lo demás, Myra era magiar, y al magiar, cualquiera que sea su sexo, le preocupa sobremanera la cuestión de la vestimenta. Lo llevan en la sangre, al igual que el amor por la danza, que alcanza cotas de auténtica pasión. Por eso, tal como he dicho de la señorita Myra, algo que por lo demás se aplica a todas las damas y todos los caballeros, aquella velada de esponsales prometía ser muy brillante.

Por la tarde habían acabado los preparativos. Yo me había pasado el día en la mansión, aguardando la hora en que me dirigiría al hotel para proceder a mi vez a mi aseo personal, como un auténtico magiar.

En un momento en que me hallaba acodado ante una de las ventanas que daban al muelle Bathiany, me cupo el extremo disgusto de divisar a Wilhelm Storitz. ¿Era el azar lo que lo llevaba allí? No cabía la menor duda de que no. Seguía el muelle a lo largo del río, con la cabeza gacha y a paso lento. Sin embargo, cuando estuvo a la altura del palacete, se irguió y... ¡qué mirada escapó de sus ojos! Pasó en varias ocasiones, y la señora Roderich no pudo por menos que reparar en él. Se creyó en el deber de hablar de ello al doctor, que se contentó con tranquilizarla pero no le dijo nada acerca de la visita de Wilhelm Storitz.

Añadiré que, cuando Marc y yo salimos para dirigirnos al hotel Temesvar, nos encontramos con aquel hombre en la plaza Magiar. En cuanto vio a mi hermano, se detuvo con brusquedad y pareció vacilar, como si quisiera venir hacia nosotros. No obstante, permaneció inmóvil, con la cara pálida y una rigidez cataléptica en los brazos... ¿Iría a caer desmayado allí mismo? Sus ojos, sus ojos fulgurantes, ¡qué mirada dirigieron a Marc!, quien fingía no prestarle la menor atención. Y cuando lo hubimos dejado atrás unos cuantos pasos.

—¿Has reparado en ese individuo? —me preguntó.

—En efecto, Marc.

—Es el tal Wilhelm Storitz del que te hablé...

—Lo sé.

—Así pues, ¿lo conoces?

—El capitán Haralan ya me lo había señalado una o dos veces.

—Creía que había abandonado Ragz.

—Pues parece que no, o al menos ha regresado.

—¡Poco importa, después de todo!

—Sí, poco importa —convine.

Sin embargo, a mi modo de ver, la ausencia de Wilhelm Storitz habría sido mucho más tranquilizadora.

Hacia las nueve de la noche los primeros carruajes se detuvieron ante el palacete Roderich, y los salones empezaron a llenarse. El doctor, su esposa y su hija recibían a sus invitados a la entrada de la galería, resplandeciente bajo el destello de las arañas. El gobernador de Ragz no tardó en ser anunciado, y fue con grandes muestras de simpatía como Su Excelencia transmitió sus parabienes a la familia. La señorita Myra se convirtió particularmente en objeto de sus atenciones, así como mi hermano, y por lo demás, las felicitaciones les llovieron de todas partes.

Entre las nueve y las diez se presentaron las autoridades de la ciudad, los magistrados, los oficiales, los compañeros del capitán Haralan, quien, aun cuando me pareció que su semblante seguía mostrando preocupación, iba recibiendo a los invitados con expresión de sumo agrado. Los atavíos de las damas resplandecían en medio de los uniformes y los trajes negros. Todo el mundo iba y venía a través de los salones y la galería. Admiraban los regalos expuestos en el gabinete del doctor, joyas y objetos artísticos de valor, y los que procedían de mi hermano atestiguaban un gusto exquisito. Sobre una de las consolas del gran salón descansaba un magnífico ramo de rosas y azahar, el ramo de esponsales, y siguiendo la costumbre magiar, junto al ramo, sobre un almohadón de terciopelo, yacía la corona nupcial que llevaría Myra el día de la boda, cuando se dirigiese a la iglesia.

El programa de la velada comprendía dos partes, un concierto y un baile. Las danzas no empezarían antes de la medianoche, y quizá la mayoría de los invitados lamentaban que la hora del evento fuese tan tardía pues, lo repito, ¿no existe diversión a la que los húngaros se entreguen con mayor placer y pasión!

Y no obstante, la parte musical del programa había sido confiada a una notable orquesta de cíngaros. Aquella orquesta, de gran renombre en el país magiar, nunca había sido escuchada en Ragz. Los músicos y el director ocuparon sus lugares en la sala a la hora prevista.

No ignoraba que los húngaros son entusiastas de la música. Ahora bien, según una acertada observación, entre los alemanes y ellos existe una sensible diferencia en la manera de degustar su encanto. El magiar es un diletante, no un

ejecutante. No canta, o lo hace poco; se limita a escuchar, y cuando se trata de la música nacional, escucharla constituye a un tiempo para él un asunto serio y un placer de extraordinaria intensidad. Ningún pueblo, creo yo, se muestra tan visiblemente impresionado a ese respecto, y los cingáros, esos instrumentistas originarios de Bohemia, responden de la mejor manera posible a sus instintos patrióticos.

La orquesta se componía de una docena de ejecutantes bajo la batuta de un director. Iban a tocar sus fragmentos más bonitos, las «húngaras», que son cantos guerreros y marchas militares que el magiar, hombre de acción, prefiere a las fantasías de la música alemana.

Tal vez sorprenda que para una fiesta de esponsales no se hubiera elegido una música más nupcial, himnos más himeneicos, propios de ese tipo de ceremonia. Sin embargo, no es ésa la tradición, y Hungría es un país de tradiciones. Se mantiene fiel a sus melodías populares, como Serbia a sus *pesmas* y Rumania a sus *doimas*. Lo que necesitan son esos aires alegres, esas marchas rítmicas, que los tranquilizan en los campos de batalla y celebran las hazañas inolvidables de su historia.

Los cingáros vestían los trajes propios de su origen bohemio. No me cansaba de observar a aquellos tipos tan curiosos, sus rostros bronceados, sus ojos brillantes bajo espesas cejas, sus pómulos salientes, la dentadura puntiaguda y blanca que los labios dejan al descubierto, los crespos cabellos negros, que se ondulaban sobre una frente un tanto huidiza.

Llevaban cuatro clases de instrumentos de cuerda, los bajos y los altos destinados al motivo principal, por encima de los cuales destaca el acompañamiento caprichoso de los violines, las flautas, los oboes. Entre las manos de dos de los ejecutantes vi el cimbalón de cuerdas metálicas, que se toca por medio de macillos, cuya tabla de armonía acentúa una penetración muy especial y que no podría comparar con ningún otro.

El repertorio de aquella orquesta, superior al de otras del mismo estilo que había oído en París, produjo un intenso efecto. Todos los asistentes escuchaban con fervor religioso, y luego se entregaban a aplausos frenéticos. De ese modo fueron recibidos los fragmentos más populares, entre ellos *El canto de Rakos* y *La marcha transilvana* de Racoczy, que los cingáros ejecutaron con una maestría capaz de despertar aquella noche todos los ecos de la Puszta.

El tiempo reservado para esas audiciones había concluido. Por mi parte, había experimentado uno de los más vivos placeres, en aquel medio magiar, mientras, durante algunos momentos de calma de la orquesta, el lejano murmullo del Danubio llegaba hasta mí...

No me atrevería a afirmar que Marc disfrutara del encanto de aquella

extraña música. Había otra, más dulce, más íntima, que colmaba su alma. Sentado cerca de Myra Roderich, sus miradas se hablaban, se cantaban romances sin palabras que embelesan el corazón de los enamorados.

Tras los postreros aplausos, el director de la orquesta se levantó y sus compañeros lo imitaron. El doctor Roderich y el capitán Haralan les dieron las gracias en términos halagadores, a los que parecieron muy sensibles, y se retiraron.

Entre las dos partes del programa hubo lo que yo denominaría un entreacto, durante el cual los invitados abandonaron sus sitios para buscarse y formar grupos diferentes; algunos se dispersaron por el jardín brillantemente iluminado, mientras circulaban las bandejas, cargadas de bebidas refrescantes.

Hasta el momento nada había turbado el desarrollo de la fiesta, y habiendo empezado tan bien, no había razón alguna por la que no pudiera acabar del mismo modo. A decir verdad, si bien yo había podido temerlo, si mi mente había dado cobijo a algunas aprensiones, sin duda había acabado por recuperar absoluta confianza.

Por eso, no escatimé mis parabienes a la señora Roderich.

—Se lo agradezco, señor Vidal —respondió ella—, y me siento feliz de que nuestros invitados hayan pasado un rato agradable. Sin embargo, en medio de toda esta gente tan alegre, sólo tengo ojos para mi querida hija y su hermano... ¡Se los ve tan dichosos!

—Señora —repuse—, es una dicha que se le debía, ¡la mayor con que puedan soñar un padre y una madre!

¿Debido a qué presentimiento esa frase bastante trivial trajo a mi memoria el recuerdo de Wilhelm Storitz? En cualquier caso, el capitán Haralan no parecía ya pensar en él. ¿Era algo que se había impuesto o bien un sentimiento natural?... Lo ignoro, pero iba de un grupo a otro, animando la fiesta con su alegría contagiosa, ¡y sin duda más de una joven húngara lo miraba con cierta admiración! Además, se sentía tan feliz por la simpatía que la ciudad entera, cabe afirmarlo así, había querido testimoniar a su familia en aquellas circunstancias...

—Mi querido capitán —le dije cuando pasó cerca de mí—, si el segundo número de su programa es equiparable al primero...

—¡No le quepa la menor duda! —exclamó—. La música está bien, ¡pero la danza es mucho mejor!

—Bien, pues un francés no retrocederá ante un magiar —repuse—. Su hermana me ha concedido el segundo vals.

—¿Y por qué no... el primero?

—¿El primero? Le corresponde a Marc, ¡por derecho y por tradición!

¿Olvida, pues, a mi hermano, o es que quiere que tenga que vérmelas con él?

—Está en lo cierto, mi querido Vidal. Les toca a los novios abrir el baile.

A la orquesta de cíngaros había sucedido una orquesta de danza instalada al fondo de la galería. Habían dispuesto unas mesas en el gabinete del doctor, de tal suerte que las personas más serias, a quienes su gravedad prohibía las mazurcas y los vales, pudieran entregarse a los placeres del juego.

Ahora bien, la nueva orquesta aún no había iniciado el preludio, a la espera de que el capitán Haralan les diera la señal, cuando del lado de la galería, cuya puerta daba al jardín, se dejó oír una voz, todavía lejana, de una sonoridad potente y ruda. Era un canto extraño, de un ritmo curioso, al que faltaba la tonalidad, reducido a frases que ningún nexo melódico ligaba.

Las parejas, formadas para el primer vals, se habían detenido... Escuchaban... ¿Acaso se trataba de una sorpresa añadida al programa de la velada?

El capitán Haralan se había aproximado.

—¿Qué es eso? —le pregunté.

—Lo ignoro —respondió, en un tono que dejaba traslucir cierta inquietud.

—Quizá haya sido en la calle...

—No... no lo creo.

En efecto, aquel cuya voz llegaba hasta nosotros debía de encontrarse en el jardín, caminando hacia la galería... y quizá estuviera a punto de entrar.

El capitán Haralan me cogió por el brazo y me arrastró hacia la puerta del salón.

En aquel momento, en la galería sólo había una docena de personas, sin contar la orquesta instalada al fondo, detrás de los atriles. Los demás invitados se hallaban agrupados en el salón y en la sala. Los que se habían dirigido al jardín acababan de regresar.

El capitán Haralan se situó sobre la escalinata... Yo lo seguí, y nuestras miradas pudieron recorrer el jardín, iluminado en toda su extensión.

Nadie.

Entonces se nos unieron el señor y la señora Roderich, y el doctor, dirigiéndose a su hijo, dijo:

—¿Y bien? ¿Sabemos...?

El capitán Haralan negó con la cabeza.

No obstante, la voz seguía dejándose oír, más acentuada, más imperiosa, acercándose cada vez más...

Marc, que llevaba a la señorita Myra colgada del brazo, vino a nuestro encuentro en la galería. La señora Roderich, a quien rodeaban otras damas, que la interrogaban, no supo qué responder.

—¡Yo me enteraré! —exclamó el capitán Haralan, al tiempo que descendía la escalinata.

El doctor Roderich, varios criados y yo lo seguimos.

De pronto la voz guardó silencio, y el canto fue interrumpido justo cuando el cantor parecía encontrarse a apenas unos pasos de la galería.

Se recorrió el jardín, los macizos fueron escudriñados... Las luces no dejaban ni un solo rincón en sombras... y, sin embargo, no había nadie.

¿Era posible que aquella voz procediese del bulevar de Teleki, de un transeúnte rezagado?

Parecía poco verosímil, y por lo demás, el doctor Roderich fue a constatar que el bulevar se hallaba absolutamente desierto a aquella hora.

Una única luz brillaba a quinientos pasos hacia la izquierda, la luz apenas visible que escapaba del belvedere de la casa Storitiz.

Tan pronto volvimos a la galería, no hubo otra cosa que responder, a aquellos invitados que nos lo preguntaban, que podía comenzar el vals.

Fue lo que hizo el capitán Haralan, y los grupos volvieron a formarse.

—Vaya —me dijo la señorita Myra riendo—, ¿aún no ha elegido a su pareja para el vals?

—Mi pareja es usted, señorita, pero sólo para el segundo vals.

—Entonces, mi querido Henry —dijo Marc—, ¡no vamos a hacerte esperar!

La orquesta acababa de concluir el preludio de un vals de Strauss, cuando la voz resonó de nuevo, esta vez en el centro del salón.

Entonces, a la conmoción que se propagaba entre los invitados se sumó un vivo sentimiento de indignación.

La voz profería a pleno pulmón un himno alemán, el *Canto del odio* de Georg Harwegh. ¡Había en ello una provocación al patriotismo magiar, un insulto directo y voluntario!

Y a aquel cuya voz restallaba en medio del salón... ¡no se lo veía! Sin embargo, estaba allí, ¡pero nadie podía distinguirlo!

Los bailarines se habían dispersado, retrocediendo hacia la sala y la galería. Una especie de pánico se iba apoderando de los invitados, sobre todo de las damas.

El capitán Haralan recorría a grandes zancadas el salón, echando chispas y con las manos tensas como para atrapar al ser que escapaba a nuestras miradas...

En aquel momento la voz se detuvo, con el último estribillo del *Canto del odio*.

Y entonces vi... ¡sí!, y cien personas vieron como yo lo que sus ojos se negaban a creer...

El ramo depositado sobre la consola, el ramo de esponsales, fue agarrado

bruscamente, destrozado, y sus flores pisoteadas quedaron extendidas por el parquet.

Esta vez el espanto invadió todas las mentes. Todos querían huir del escenario de tan extraños fenómenos. Por mi parte, me preguntaba si seguía conservando la plena posesión de mis facultades en medio de tales incoherencias.

El capitán Haralan acababa de reunirse conmigo y me dijo, pálido de cólera:

—¡Es Wilhelm Storitz!

¿Wilhelm Storitz?... ¿Acaso estaba loco?

En ese instante, la corona nupcial se alzó del almohadón sobre el que yacía, atravesó el salón, luego la galería, sin que pudiéramos ver la mano que la sujetaba, y desapareció entre los macizos del jardín.



Antes de que se hiciera de día, el rumor de los incidentes de que la mansión Roderich acababa de ser escenario se había propagado por la ciudad. Por la mañana, los periódicos contaban sin la menor exageración lo que había ocurrido; por otra parte, ¿cómo habrían podido exagerar? Ante todo, tal como me esperaba, el público no quiso admitir que semejantes fenómenos fuesen naturales. No obstante, lo eran, no podían dejar de serlo. En cuanto a darles una explicación aceptable, eso era harina de otro costal.

No necesito decir que la velada había llegado a su fin con los últimos incidentes. A Marc y a Myra se los veía profundamente afectados. El ramo de esponsales pisoteado, la corona nupcial robada ante sus propios ojos... ¡Y en vísperas de la boda, qué mal augurio!

A lo largo de la mañana numerosos grupos se plantaron ante la mansión Roderich. Las gentes del pueblo afluían por el muelle Bathiany, en su gran mayoría mujeres, para situarse al pie de las ventanas de la planta baja, que no se habían vuelto a abrir.

En el seno de tales grupos se hablaba con extrema animación. Unos cedían a las ideas más extravagantes; los otros se contentaban con lanzar miradas intranquilas al palacete.

Ni la señora Roderich ni su hija habían salido esa mañana para ir a misa, como era su costumbre. Myra se había quedado junto a su madre, peligrosamente impresionada por las escenas de la víspera y necesitada de profundo reposo.

A las ocho, la puerta de mi cuarto se abrió; Marc traía consigo al doctor y al capitán Haralan. Teníamos que hablar, tal vez adoptar algunas medidas de urgencia, y era mejor que la conversación no tuviera lugar en la mansión Roderich. Mi hermano y yo habíamos regresado juntos por la noche, y él acudió muy temprano al palacete para recabar noticias de la señora Roderich y de su hija. Luego, a propuesta suya, el doctor y el capitán Haralan se habían

apresurado a seguirlo.

La conversación comenzó de inmediato.

—Henry —me dijo Marc—, he dado orden de que no dejen subir a nadie. Aquí no pueden oírnos, y estamos solos... absolutamente solos en esta habitación.

¡En qué estado se encontraba mi hermano! Su rostro, radiante de felicidad la víspera, estaba deshecho, terriblemente pálido. En definitiva, me pareció más abrumado de lo que tal vez comportaban las circunstancias.

El doctor Roderich hacía esfuerzos por contenerse, a diferencia de su hijo, quien, con los labios apretados y la mirada turbada, me dejaba entrever de qué obsesión era presa...

Me prometí conservar toda mi sangre fría en aquella situación.

Mi primera preocupación fue informarme respecto de la señora Roderich y su hija.

—A las dos les han afectado mucho los incidentes de ayer —me respondió el doctor—, y se requerirán algunos días para que puedan reponerse. Con todo, Myra, muy alterada al principio, ha hecho acopio de energía y se esfuerza por tranquilizar a su madre, más impresionada que ella. Espero que el recuerdo de esta velada se borre pronto de su mente, y a menos que esas deplorables escenas se repitan...

—¿Repetirse? —dije—. No hay razón para temer eso, doctor. Las circunstancias en que se produjeron esos fenómenos... ¿acaso puedo llamarlos de otro modo?... no volverán a presentarse.

—¿Quién sabe? —repuso el doctor Roderich—. ¿Quién sabe? Por eso tengo tanta prisa en que se celebre la boda, pues me embarga la sensación de que.....

El doctor no acabó la frase, cuyo sentido era manifiestamente comprensible. En cuanto a Marc, no dio respuesta alguna, pues aún no sabía nada de los últimos pasos de Wilhelm Storitz.

El capitán Haralan, por su parte, se había formado su propia opinión. No obstante, se obstinaba en guardar un silencio absoluto, sin duda a la espera de que yo hubiese dado mi parecer sobre los acontecimientos de la víspera.

—Señor Vidal —prosiguió el doctor Roderich—, ¿qué piensa usted de todo esto?

Me pareció que más bien debía desempeñar el papel de escéptico, que no tiene la menor intención de tomarse en serio los extraños hechos de que habíamos sido testigos. Era mejor fingir que no veía en ello nada de extraordinario, en razón misma de su inexplicabilidad, si cabe emplear esa palabra. Por lo demás, a decir verdad la pregunta del doctor no dejaba de

turbarme, ¿y acaso podía zafarme de ella con alguna respuesta evasiva?

—Señor Roderich —dije—, le confieso que no me parece que «todo esto», como usted lo llama, merezca que nos detengamos mucho tiempo sobre ello. ¿Qué pensar, sino que sólo se trata de la obra de un bromista de tres al cuarto? Un embaucador se coló entre sus invitados, el cual se permitió añadir al programa de la velada una escena de ventriloquia de deplorable efecto... Usted sabe hasta qué punto tales ejercicios de ilusionismo se ejecutan en la actualidad con una habilidad increíble.

El capitán Haralan se había vuelto hacia mí y me miraba de hito en hito como para leer más allá en mis pensamientos; su mirada daba a entender claramente: «¡No estamos aquí para recibir explicaciones semejantes!»

De hecho, el doctor respondió:

—Me permitirá, señor Vidal, que no crea en ningún numerito de prestidigitación...

—Doctor —repliqué—, no podría imaginar qué otra causa... a menos que se trate de una intervención que por mi parte rechazo... una intervención sobrenatural...

—Natural —interrumpió el capitán Haralan—, pero debida a procedimientos cuyo secreto no conocemos.

—No obstante —insistí—, en lo concerniente a la voz que oímos ayer, esa voz que era a todas luces una voz humana, ¿por qué no podría tratarse de un efecto de ventriloquia?

El doctor Roderich meneaba la cabeza como un hombre absolutamente refractario a tal explicación.

—Lo repito —dije—, no es imposible que un intruso entrase en el salón... con la intención de desafiar el sentimiento nacional de los magiares... ¡de herir su patriotismo con ese *Canto del odio* procedente de Alemania!

Después de todo, aquella explicación era la única plausible, desde el momento en que uno quería mantenerse entre los límites de los hechos puramente humanos. Ahora bien, aun admitiéndolo, el doctor Roderich tenía una respuesta muy simple que dar, y la formuló en los siguientes términos:

—Si le concedo, señor Vidal, que un embaucador, o más bien un ofensor, se introdujo en mi casa y que nos dejamos engañar por una escena de ventriloquia (lo cual me niego a creer), ¿cómo explica el ramo destrozado y la corona arrebatada por una mano invisible?

En efecto, la razón se negaba a atribuir ambos incidentes a algún prestidigitador, por hábil que fuese. Entonces al capitán Haralan le tocó el turno de añadir:

—Hable, mi querido Vidal. ¿Fue su ventrílocuo quien destruyó el ramo flor

a flor, quien levantó la corona, quien la paseó a través de los salones y se la llevó... como un ladrón?

No respondí.

—¿Intenta afirmar, por casualidad, que fuimos víctimas de una ilusión? —prosiguió, al tiempo que se animaba.

¡Decididamente no! ¡El hecho se había producido en presencia de un centenar de personas!

Al cabo de unos momentos de silencio, que no traté en absoluto de interrumpir, el doctor concluyó:

—Aceptamos las cosas como son y no tratamos de engañarnos al respecto. Nos encontramos en presencia de hechos que parecen escapar a toda explicación natural, y que resulta imposible negar. No obstante, para permanecer en el ámbito de lo real, consideremos más bien si alguien... no un bromista de tres al cuarto, sino un enemigo... quiso, por venganza, deslucir la fiesta de esponsales.

Tal vez eso equivalía a poner los puntos sobre las íes.

—¿Un enemigo? —exclamó Marc—. ¿Un enemigo de su familia o de la mía, señor Roderich?... ¡No me consta que yo tenga ninguno! ¿Y usted?

—Sí —afirmó el capitán Haralan.

—¿Y de quién se trata?

—Del que pidió la mano de mi hermana antes que usted, Marc...

—¿Wilhelm Storitz?

—Wilhelm Storitz.

Tal era sin duda el nombre que me esperaba, ¡el nombre de aquel misterioso y sospechoso individuo!

Entonces pusimos a Marc al corriente de lo que todavía ignoraba. El doctor tuvo que contarle el nuevo intento que Wilhelm Storitz había hecho pocos días antes... Se había presentado a reiterar su demanda, aun cuando el rechazo había sido definitivo, aunque hubieran concedido a otro la mano de Myra Roderich, a pesar de que no debía albergar esperanza alguna... Mi hermano conoció la categórica respuesta del doctor, y luego las amenazas proferidas por su rival contra la familia Roderich, amenazas de tal naturaleza que en cierto modo justificaban su participación en las escenas de la víspera.

—¡Y no me dijeron nada de todo eso! —protestó Marc—. ¡Sólo hoy, cuando Myra está amenazada, vienen a advertirme!... Pues bien, pienso ir en busca del tal Wilhelm Storitz, y así sabré...

—Déjelo en nuestras manos, Marc —dijo el capitán Haralan—. Es la casa de mi padre la que mancilló con su presencia...

—¡Y a mi prometida a quien ha insultado! —repuso Marc, que ya no podía contenerse.

Evidentemente, la cólera los hacía desvariar a ambos. Que Wilhelm Storitz quisiera vengarse de la familia Roderich y llevar a la práctica sus amenazas, sea. Pero que hubiera intervenido en las escenas de la víspera, que hubiese desempeñado personalmente un papel en ellas, era algo imposible de probar. No podíamos acusarlo sobre la base de simples presunciones y decirle: «Usted estaba allí anoche en medio de los invitados. Fue usted quien nos insultó con su *Canto al odio*... quien destruyó el ramo de esponsales... quien arrebató la corona nupcial.» Nadie le había visto, ¡nadie! Era a todas luces sin causa aparente como se habían producido aquellos fenómenos.

Repetí de nuevo todo aquello, insistí al respecto, a fin de que Marc y el capitán Haralan tuviesen en cuenta mis observaciones, cuya lógica reconocía el doctor Roderich. Sin embargo, estaban demasiado exaltados para escucharme, y querían dirigirse en el acto a la casa del bulevar de Teleki.

Por fin, tras larga discusión, se tomó la única decisión razonable después de que yo hubiera hecho la propuesta siguiente:

—Amigos míos, vayamos a la casa consistorial a fin de poner al jefe de policía al corriente del asunto, si es que no lo está ya... Pongamos en su conocimiento cuál es la situación de ese alemán con respecto a la familia Roderich, las amenazas que profirió contra Marc y su prometida. Hagámosle saber las sospechas que pesan sobre él. Le diremos, incluso, que afirma estar en posesión de medios que pueden desafiar todo poder humano... pura jactancia de su parte, por lo demás... Entonces, el jefe de policía verá si cabe tomar medidas o no contra ese extranjero.

¿Acaso no debía ser ése nuestro siguiente movimiento, y lo único que era posible hacer en aquellas circunstancias? La policía puede intervenir con mayor eficacia de lo que lo harían los particulares. Si el capitán Haralan y Marc se hubiesen dirigido a la casa Storitz, no cabe duda de que no les habrían abierto la puerta, puesto que no se la abren a nadie. ¿Habrían intentado, pues, entrar por la fuerza? ¿Con qué derecho? Sin embargo, la policía podía hacerlo, y sólo a ella convenía dirigirse.

Dicho esto, se decidió que Marc regresaría a la mansión Roderich, mientras el doctor, el capitán Haralan y yo nos dirigiríamos a la casa consistorial.

Eran las diez y media. Para entonces todo Ragz, como ya he dicho, estaba al corriente de los incidentes de la víspera. Al ver al doctor y a su hijo camino de la casa consistorial, era fácil adivinar el motivo que los llevaba allí.

Cuando llegamos, el doctor hizo llegar su tarjeta al jefe de policía, que dio el orden de que nos introdujeran de inmediato en su despacho.

El señor Henrich Stepark era un hombre de baja estatura, rostro enérgico de mirada interrogadora, dotado de una agudeza y una inteligencia notables, mente

práctica e infalible olfato; de hecho, poseía lo que en la actualidad se denomina «un tino superior». En numerosas ocasiones había dado muestras de un gran celo unido a una gran habilidad. Podíamos tener la certeza de que haría cuanto fuera posible por iluminar aquella oscura historia del palacete Roderich. Ahora bien, ¿estaba en su mano intervenir de manera eficaz en aquellas circunstancias tan especiales y franquear los límites de lo inverosímil?

El jefe de policía ya estaba informado de los detalles del asunto, salvo de aquello que sólo conocíamos el doctor, el capitán Haralan y yo.

Por eso, su primera providencia consistió en decir:

—Esperaba su visita, señor Roderich, y si usted no hubiese venido a mi despacho, soy yo quien habría ido a visitarle. He sabido, esta misma noche, las extrañas cosas que ocurrieron en su casa, y por qué motivo sus invitados experimentaron un espanto bastante comprensible, en definitiva. Debo añadir que ese espanto se ha adueñado de la ciudad, y que no me parece que Ragz esté lo que se dice a punto de calmarse.

Por aquella introducción comprendimos que lo más sencillo sería esperar las preguntas que el señor Stepark quisiera plantearnos en relación con la familia Roderich.

—De entrada, yo le preguntaría, doctor, si ha incurrido usted en el odio de alguien, si cree que de resultas de ese odio puede haberse ejercido una venganza contra su familia, y precisamente a propósito de la boda de la señorita Myra Roderich con el señor Marc Vidal.

—Lo creo —respondió el doctor.

—¿Y quién sería esa persona?

—¡El prusiano Wilhelm Storitz!

Fue el capitán Haralan quien pronunció ese nombre, sin provocar, a mi entender, la menor sorpresa en el jefe de policía.

Acto seguido, cedió la palabra a su padre. El señor Stepark sabía que Wilhelm Storitz había solicitado la mano de Myra Roderich, mas ignoraba que hubiera reiterado su petición y, tras un nuevo rechazo, hubiese amenazado con impedir la boda por medios que desafiaban todo poder humano...

—¿Y empezó por rasgar el anuncio de la boda, sin que fuera posible verle? —dijo entonces el señor Stepark.

Todos coincidimos en esa opinión, pero no por ello el fenómeno resultaba menos inexplicable, a menos que una mano de sombra, como habría dicho Victor Hugo... En la imaginación de un poeta, sea, mas no en el ámbito de la realidad, y es en ese ámbito en el que se mueve la policía, la cual aferra con su mano brutal el cuello de gentes de carne y hueso, y no tiene en absoluto la costumbre de detener a espectros o fantasmas... Quien había arrancado el cartel, destrozado el

ramo y robado la corona era un ser humano, perfectamente capturable, y había que capturarlo.

Por otra parte, el señor Stepark reconoció lo bien fundado de nuestras sospechas y de las presunciones que abrigábamos contra Wilhelm Storitz.

—Ese individuo siempre me ha parecido sospechoso —dijo—, aun cuando jamás haya recibido quejas a su respecto. Lleva una vida oculta... No sabemos muy bien cómo vive ni de qué vive. ¿Por qué dejó su ciudad natal, Spremberg? ¿Por qué un prusiano de la Prusia meridional vino a establecerse en este país magiar, que profesa escasas simpatías a sus compatriotas? ¿Por qué se encerró en esa casa del bulevar de Teleki, con su anciano sirviente, una casa en la que nadie entra jamás?... Se lo repito, todo esto resulta sospechoso, muy sospechoso.

—¿Y qué piensa hacer, señor Stepark? —preguntó el capitán Haralan.

—Lo más indicado —repuso el jefe de policía—, llevar a cabo un registro de esa casa, donde tal vez encontremos algún documento... algún indicio...

—Pero para ese registro —observó el doctor Roderich— ¿no necesita la autorización del gobernador?

—Se trata de un extranjero, un extranjero que ha amenazado a su familia, ¡y Su Excelencia concederá esa autorización, no le quepa duda!

—El gobernador se encontraba ayer en la fiesta de esponsales —le dije al jefe de policía.

—Lo sé, señor Vidal, y ya me ha hecho llamar en relación con los hechos de que fue testigo.

—¿Les dio alguna explicación? —preguntó el doctor.

—¡No!... Ninguna en absoluto.

—Sin embargo —volví a intervenir—, cuando sepa que Wilhelm Storitz está mezclado en el asunto...

—Sus deseos de aclararlo serán todavía mayores —convino el señor Stepark—. Tengan la bondad de aguardarme aquí, señores. Iré a la residencia y antes de media hora traeré conmigo la autorización para efectuar indagaciones en la casa del bulevar de Teleki.

—Adonde lo acompañaremos —dijo el capitán Haralan.

—Si ello le complace, capitán... y también usted, señor Vidal —añadió el jefe de policía.

—En cuanto a mí —dijo el doctor Roderich—, dejaré que vayáis con el señor Stepark y sus agentes. Tengo prisa por regresar a la mansión, adonde acudiréis una vez concluidas las pesquisas.

—Y efectuado el arresto, si ha lugar —declaró el señor Stepark, que me pareció muy decidido a llevar aquel asunto militarmente; dicho lo cual, partió para la residencia.

El doctor salió al mismo tiempo que él y se dirigió al palacete, donde aguardaría nuestro regreso.

El capitán Haralan y yo nos quedamos en el despacho del jefe de policía. Intercambiamos escasas palabras. Así pues, ¡íbamos a franquear el umbral de aquella casa sospechosa! ¿Se encontraría en ella su propietario en aquel momento? Me pregunté si el capitán Haralan podría contenerse cuando se viera en su presencia.

Tras media hora de ausencia, el señor Stepark reapareció. Traía la autorización para llevar a cabo un registro, y tenía orden de tomar todas las medidas necesarias tratándose de un extranjero.

—Ahora, señores —nos dijo—, tengan la amabilidad de salir antes que yo... Yo iré por un lado, mis agentes por otro, y dentro de veinte minutos nos encontraremos en la casa Storitz. ¿Estamos de acuerdo?

—Estamos de acuerdo —convino el capitán Haralan.

Y tras dejar la casa consistorial, ambos bajamos hacia el muelle Bathiany.



La dirección tomada por el señor Stepark lo llevaba hacia el norte de la ciudad, mientras sus agentes, de dos en dos, atravesaban los barrios céntricos. Tras llegar al extremo de la calle de Esteban II, el capitán Haralan y yo bordeamos el muelle a lo largo del Danubio.

El cielo estaba encapotado. Nubes grisáceas y pesadas llegaban con rapidez desde el este a través del valle fluvial. Con la fresca brisa, las embarcaciones daban bandazos mientras surcaban las aguas amarillentas. Parejas de cigüeñas y grullas que volaban contra el viento lanzaban agudos graznidos. No llovía, pero los vapores celestes amenazaban con resolverse en aguaceros torrenciales.

Excepción hecha del barrio comercial, que atestaban a aquella hora multitud de ciudadanos y campesinos, los transeúntes eran escasos. No obstante, si el jefe de policía y sus agentes nos hubieran acompañado, ello habría podido atraer la atención, de modo que había sido acertado separarse al salir de la casa consistorial.

Un cuarto de hora después nos hallábamos al extremo del muelle Bathiany, en la esquina ocupada por la mansión Roderich.

Ninguna de las ventanas de la planta baja estaba abierta todavía, como tampoco las de las habitaciones de la señora Roderich y su hija. ¡Qué contraste con la animación de la víspera!

El capitán Haralan se detuvo, y clavó unos instantes la mirada en aquellas persianas cerradas.

Un suspiro escapó de su pecho, al que sucedió un gesto amenazador, mas no pronunció una sola palabra.

Una vez doblada la esquina, remontamos el bulevar de Teleki por la acera de la derecha, para detenernos a un centenar de pasos de la casa Storitz.

Un hombre se paseaba por la acera de enfrente, con las manos en los bolsillos y aire indiferente.

Era el jefe de policía. Tal como habíamos convenido, el capitán Haralan y

yo nos reunimos con él.

Pocos minutos después aparecieron seis agentes de paisano, que a una señal del señor Stepark se situaron a lo largo de la verja.

Los acompañaba un cerrajero, reclutado para el caso de que no nos abriesen la puerta, ya fuese porque se negaran o por ausencia del dueño o de su criado.

Como de costumbre, las ventanas estaban cerradas. Las cortinas del belvedere, corridas por el interior, ocultaban los cristales.

—Es obvio que no hay nadie —dije al señor Stepark.

—Pronto lo sabremos —repuso él—. No obstante, me sorprendería que la casa estuviera vacía... Mire el humo que escapa por la chimenea, a la izquierda.

En efecto, un tenue vapor fuliginoso se deshilaba en el ápice de aquella chimenea.

—Si el dueño no está —añadió el señor Stepark—, es probable que el criado sí esté, y para abrirnos poco importa que se trate de uno u otro.

Por lo que a mí respecta, dada la presencia del capitán Haralan, habría preferido que el dueño no se encontrase en casa, e incluso que hubiera abandonado Ragz.

El jefe de policía tiró del cordel de la campanilla, fijada al montante de la verja.

Esperamos a que apareciera alguien, o bien a que la abertura se efectuase desde el interior.

Transcurrió un minuto. Nadie. Segundo tirón de la campanilla... Nadie.

—¡Son duros de oído en esta casa! —exclamó el señor Stepark. Luego, volviéndose hacia el cerrajero, añadió—: Proceda.

El hombre eligió una llave maestra del manajo que llevaba y, como el pestillo estaba simplemente alojado en el cerradero, la puerta cedió sin dificultad.

El jefe de policía, el capitán Haralan y yo, junto con cuatro de los agentes, pues los otros dos se quedarían en el exterior, entramos en el patio.

Al fondo, una escalinata de tres peldaños subía hasta la puerta de entrada a la vivienda, cerrada al igual que la de la verja.

El señor Stepark golpeó dos veces con su bastón.

No hubo respuesta. Desde el interior de la casa no llegaba el menor ruido.

El cerrajero subió los peldaños de la escalinata e introdujo una de sus llaves en la cerradura. Era posible que estuviera cerrada con varias vueltas, e incluso que hubiesen echado los cerrojos por dentro si Wilhelm Storitz, tras haber visto a los agentes, quería impedirles la entrada.

No hubo nada de ello; cedió la cerradura y la puerta se abrió.

Por lo demás, las diligencias de la policía no habían atraído en absoluto la

atención. Apenas dos o tres transeúntes se detuvieron. Aquella mañana brumosa había pocos paseantes en el bulevar de Teleki.

—¡Entremos! —dijo el señor Stepark.

El pasillo estaba iluminado a un tiempo por la imposta enrejada y calada situada sobre la puerta y, al fondo, por los cristales de una segunda puerta que daba acceso al pequeño jardín trasero.

El jefe de policía dio unos cuantos pasos por el pasillo y gritó con fuerte voz:

—¡Eh!... ¿Hay alguien?

No hubo respuesta, ni siquiera cuando repitió por segunda vez esas palabras. No se oía el menor ruido en el interior de aquella casa, a no ser el que hubiera producido una especie de deslizamiento en una de las estancias laterales.

El señor Stepark avanzó hasta el fondo del pasillo. Yo caminaba detrás de él, y el capitán Haralan me seguía.

Uno de los agentes se había quedado de guardia en la escalinata del patio.

Una vez abierta la puerta, pudimos recorrer de una ojeada la totalidad del jardín. Quedaba cerrado por tapias a lo largo de una superficie de unos doscientos metros. Una extensión de césped que no había sido segado desde hacía mucho tiempo, y cuyos altos tallos colgaban medio marchitos, ocupaba el centro. A lo largo de los altísimos muros crecían cinco o seis árboles, cuyas copas debían de dominar los parapetos de las antiguas fortificaciones.

Todo denotaba negligencia o abandono.

Se recorrió el jardín, y los agentes no descubrieron a nadie en él, aun cuando las avenidas mostraran todavía la huella de pasos recientes.

Las ventanas de ese lado tenían los postigos cerrados, salvo la última del primer piso, que daba luz a la escalera.

—Sin duda esta gente no tardará en volver —observó el jefe de policía—, puesto que la puerta sólo estaba cerrada con una vuelta de llave... a menos que estuvieran sobre aviso...

—¿Cree que han podido saberlo? —repuse yo—. No, me inclino más bien a pensar que están a punto de volver de un momento a otro.

Sin embargo, el señor Stepark meneaba la cabeza con semblante dubitativo.

—De hecho —proseguí—, el humo que escapaba por una de las chimeneas prueba...

—Prueba que hay fuego en alguna parte... —me atajó el jefe de policía—. Busquemos el fuego.

Tras haber constatado que tanto el jardín como el patio se hallaban desiertos, y que no hubiera sido posible ocultarse en ellos, el señor Stepark nos rogó que entrásemos en la casa, y cerramos la puerta del pasillo a nuestra

espalda.

Aquel corredor permitía acceder a cuatro habitaciones. Por el lado del jardín, una de ellas servía de cocina; la otra, a decir verdad, no era sino el hueco de la escalera que subía al primer piso y de ahí al desván.

El registro empezó por la cocina. Uno de los agentes fue a abrir la ventana y apartó los postigos, que lucían una estrecha abertura en forma de rombo, la cual no dejaba penetrar suficiente luz.

Nada más sencillo, ni más rudimentario, que el mobiliario de aquella cocina: un fogón de hierro colado, cuyo cañón se perdía bajo la campana de una vasta chimenea; a uno y otro lado un armarito; en el centro una mesa cubierta con una tela encerada, dos sillas de anea y dos taburetes de madera; diversos utensilios colgados en las paredes; en una esquina un reloj de pared, de tictac regular y cuyos pesos indicaban que había sido ajustado la víspera.

En el fogón ardían todavía algunos trozos de hulla, los cuales eran el origen del humo que se veía desde el exterior.

—Aquí está la cocina —dije—, pero ¿y el cocinero?

—Y su amo —agregó el capitán Haralan.

—Prosigamos nuestras pesquisas —repuso el señor Stepark.

Visitamos sucesivamente las otras dos estancias de la planta baja, que daban al patio. Una, el salón, estaba provista de muebles de antigua factura, con viejos tapizados de origen alemán, muy desgastados en algunos puntos. Sobre la repisa de la chimenea, provista de gruesos morillos de hierro, descansaba un reloj de péndulo grutesco, de pésimo gusto, con las manecillas paradas y cuya esfera, cubierta de polvo, denotaba abandono. En uno de los paneles, frente a la ventana, colgaba un retrato en su marco oval, con una cartela sobre la que en letras rojas figuraba el nombre de Otto Storitz.

Contemplamos aquella pintura de trazo vigoroso y colores rudos, firmada por un nombre desconocido, una verdadera obra de arte.

El capitán Haralan no podía apartar la mirada de aquella tela.

Por lo que a mí respecta, el rostro de Otto Storitz me producía una viva impresión. ¿Se debía acaso a la disposición de mi mente?... ¿O quizá acusaba, sin ser consciente de ello, la influencia del ambiente? Sea como fuere, en aquel salón abandonado, el sabio se me antojaba un ser fantástico, un personaje de Hoffmann, el Daniel²⁶ de *La puerta tapiada*, el Denner del *Roi Trabacchio*, el hombre del sable de *Maître Coppelius*..²⁷ Con aquella cabeza poderosa, la enmarañada cabellera blanca, la frente desmesurada, los ojos ardientes como brasas y la boca de labios temblorosos, me parecía que el retrato tenía vida propia, que estaba a punto de salir disparado de su marco y exclamar con voz de

ultratumba:

—¿Qué estáis haciendo aquí, intrusos?... ¡Salid!

La ventana del salón, cerrada con persianas, dejaba pasar la luz del día. No había sido necesario abrirla, y quizá el hecho de no hallarse a plena luz hacía que aquel retrato resultase todavía más extraño y nos impresionara en mayor medida.

Lo que pareció chocar en un primer momento al jefe de policía fue la extraordinaria semejanza existente entre Otto y Wilhelm Storitz.

—De no ser por la diferencia de edad —comentó—, este retrato podría corresponder tanto al padre como al hijo... los mismos ojos, la misma frente, idéntica cabeza plantada sobre anchos hombros, ¡y esa expresión diabólica!... Uno se siente tentado de exorcizar tanto al uno como al otro.

—En efecto —repliqué—, el parecido resulta sorprendente...

El capitán Haralan parecía clavado ante aquella tela, como si el original se encontrase frente a él.

—¿Viene, capitán? —le dije.

Se dio la vuelta y nos siguió.

Tras cruzar el pasillo, pasamos del salón a la estancia contigua. Se trataba del estudio, donde reinaba gran desorden. Estantes de madera blanca, abarrotados de volúmenes, en su mayoría sin encuadernar, obras de matemáticas, de química y de física, principalmente. En un rincón, varios instrumentos, aparatos, máquinas, frascos, un hornillo portátil, una batería de pilas, una bobina Rhumkorf, uno de esos hornos eléctricos, según el sistema Moissan, que produce temperaturas de 4.000 a 5.000 °C, varias retortas y alambiques, diversas muestras de los metales o metaloides incluidos en la denominación de «tierras raras», un pequeño gasómetro de acetileno, para alimentar las lámparas fijadas aquí y allá. En el centro del cuarto, una mesa rebosante de papeles, con útiles de escritorio, y tres o cuatro volúmenes de las obras completas de Otto Storitz, abiertos por el capítulo de los rayos Roentgen.

El registro llevado a cabo en aquel gabinete no produjo resultado alguno susceptible de iluminarnos. Nos disponíamos, pues, a salir de él, cuando el señor Stepark reparó en una ampolla de cristal azulado y extraña forma que descansaba en la repisa de la chimenea. Llevaba pegada una etiqueta en un lado, y atravesaba el tapón que la cerraba un tubo taponado a su vez con un trozo de algodón en rama.

Ya fuese obedeciendo a un simple sentimiento de curiosidad o a su instinto de policía, el señor Stepark alargó la mano para coger aquella ampolla a fin de examinarla más de cerca; sin embargo, tal vez hizo un falso movimiento, porque la ampolla, que estaba posada en el borde de la repisa, cayó en el momento en que se disponía a agarrarla y se hizo añicos en el embaldosado.

De inmediato se derramó un líquido muy fluido de color amarillento. Extremadamente volátil, se evaporó al instante, desprendiendo un olor singular que no podría comparar con ningún otro, mas en resumidas cuentas débil, pues nuestro olfato apenas resultó afectado.

—A fe mía que esta ampolla ha caído a propósito —dijo el señor Stepark.

—Debía de contener sin duda alguna composición inventada por Otto Storitz —aventuré.

—Su hijo debe de tener la fórmula, y no hay duda de que sabrá fabricar más —repuso el señor Stepark. Luego se dirigió hacia la puerta al tiempo que decía —: Subamos al primer piso.

Antes de dejar la planta baja, ordenó, no obstante, a dos de sus agentes que permanecieran en el pasillo.

Al fondo, al otro lado de la cocina, se encontraba el hueco de una escalera con pasamanos de madera cuyos peldaños crujían al pisarlos.

Daban al descansillo dos habitaciones contiguas, cuyas puertas no estaban cerradas con llave, y bastó con girar el pomo de cobre para introducirnos en ellas.

La primera, situada justo encima del salón, debía de ser el dormitorio de Wilhelm Storitz. Sólo contenía una cama de hierro, una mesita de noche, un armario ropero de roble, un aguamanil montado sobre pies de cobre, un sofá, un sillón de grueso terciopelo de Utrecht y un par de sillas. Ni dosel en la cama, ni cortinas en las ventanas; un mobiliario, como se ve, reducido a lo estrictamente necesario. Ningún papel, ni en la repisa de la chimenea ni sobre una mesita redonda situada en un rincón. La cama seguía deshecha a aquella hora de la mañana, pero que hubiera estado ocupada durante la noche sólo podíamos conjeturarlo.

Sin embargo, al acercarse al aguamanil, el señor Stepark reparó en que la palangana contenía agua con algunas burbujas jabonosas en la superficie.

—Suponiendo que hubieran transcurrido veinticuatro horas desde que se utilizó esta agua, las burbujas ya se habrían disuelto. De lo que deduzco que esta mañana nuestro hombre procedió a su aseo personal aquí mismo antes de salir.

—Por consiguiente, es posible que regrese —reiteré—, a menos que repare en sus agentes.

—Si ve a mis agentes, ellos también lo verán, y tienen orden de traerlo a mi presencia. Con todo, ¡no cuento con que se deje atrapar!

En aquel momento se oyó un ruido similar al de alguien que caminase sobre parquet mal fijado. Parecía proceder de la estancia contigua, que quedaba encima del estudio.

Existía una puerta de comunicación entre el dormitorio y ese cuarto, lo que

evitaba regresar al descansillo para pasar de uno a otro.

Adelantándose al jefe de policía, el capitán Haralan se lanzó de un salto hacia esa puerta, la abrió con brusquedad...

¡Nadie, no había nadie!

Después de todo, era posible que el ruido viniese del piso superior, es decir, del desván, por el que se accedía al belvedere.

Aquella segunda habitación estaba más sumariamente amueblada que la primera: un catre de tijera con lecho de fuerte tela, un colchón muy aplanado por el uso, bastas sábanas rugosas, una manta de lana, dos sillas desparejadas, un jarro con agua y una jofaina de arenisca en la chimenea, cuyo hogar no contenía la menor partícula de ceniza, algunas prendas de tela gruesa colgadas de los ganchos de un perchero, y un arcón —o más bien un cofre— de roble que servía a un tiempo de ropero y de cómoda, y en el que el señor Stepark encontró ropa blanca en bastante cantidad.

Aquel cuarto era a todas luces el del viejo sirviente, Hermann. Por lo demás, el jefe de policía sabía por los informes de sus agentes que si bien la ventana del primer dormitorio la abrían en ocasiones para airearla, la de esta segunda habitación, que también daba al patio, permanecía invariablemente cerrada. Por añadidura, pudimos constatarlo al examinar la falleba, que resultaba difícil accionar, y los herrajes de las ventanas, comidos por el orín.

En cualquier caso, el susodicho cuarto estaba vacío, y por poco que ocurriera lo mismo con el desván, el belvedere y el sótano, situado bajo la cocina, ello significaría que, decididamente, amo y criado habían abandonado la casa, tal vez con la intención de no regresar a ella.

—Supongo que no admitiré que Wilhelm Storitz haya podido ser informado de este registro... —comenté al señor Stepark.

—No, a menos que estuviera escondido en mi despacho, señor Vidal, o en el de Su Excelencia, cuando hablábamos de este asunto.

—Es posible que nos hayan visto cuando llegábamos al bulevar de Teleki.

—Sea... pero ¿cómo podrían haber salido?

—Dirigiéndose a campo abierto, por la parte de atrás.

—Las tapias del jardín son demasiado altas, y al otro lado está el foso de las fortificaciones, imposible de salvar.

La opinión del jefe de policía era, pues, que Wilhelm Storitz y Hermann se encontraban ya fuera de la casa antes de nuestra llegada.

Salimos de aquella habitación por la puerta del descansillo y en un minuto llegamos al segundo piso al doblar después del último escalón.

Aquella planta sólo comprendía el desván, que se extendía de un aguilón al otro, iluminado por estrechos tragaluces practicados en el tejado, y de una ojeada

constatamos que nadie se había refugiado allí.

En el centro, una escalera de mano bastante empinada conducía al belvedere, que dominaba el almacén del tejado, y a cuyo interior se accedía a través de una trampilla que basculaba por medio de un contrapeso.

—La trampilla está abierta —hice observar al señor Stepark, que ya había puesto un pie en la escalera de mano.

—En efecto, señor Vidal, y por ahí se cuela una corriente de aire. De ahí el ruido que hemos oído antes. Sopla un fuerte viento hoy; la veleta chirría en lo alto del tejado.

—No obstante —respondí—, más bien parecía tratarse del crujido de unos pasos.

—¿Y de quién podrían proceder, puesto que no hay nadie?

—A menos que ahí arriba, señor Stepark...

—¿En ese nicho a cielo abierto? No, como tampoco en el resto de la casa.

El capitán Haralan escuchaba las palabras que intercambiábamos el jefe de policía y yo. Se limitó a decir al tiempo que señalaba el belvedere:

—¡Subamos!

El señor Stepark trepó el primero por los peldaños, ayudándose con una gruesa cuerda que colgaba hasta el suelo.

El capitán Haralan delante y yo detrás subimos después de él. Era probable que tres personas bastasen para llenar aquella estrecha linterna.

En efecto, no era sino una especie de jaula cuadrada de ocho pies por ocho, y de unos diez de altura.

Estaba bastante oscuro, aunque hubieran dispuesto un acristalamiento entre los montantes, sólidamente encastrados en las vigas de la armadura.

Aquella oscuridad se debía a que las gruesas cortinas de lana estaban corridas, como habíamos podido observar desde el exterior. Pero en cuanto fueron recogidas, la luz penetró ampliamente a través de los cristales.

Por las cuatro caras del belvedere, la mirada podía recorrer todo el horizonte de Ragz. Nada estorbaba la vista, más extensa que desde la terraza del palacete Roderich, aunque menos que desde la torre de San Miguel o la torre del homenaje del castillo.

Desde allí volví a ver el Danubio al extremo del bulevar, la ciudad que se extendía hacia el sur, dominada por el campanil de la casa consistorial, por el chapitel de la catedral y por la torre del homenaje sita en la colina de Wolfgang, y todo en derredor, las verdes praderas de la Pusztá, bordeada de lejanas montañas.

Me apresuraré a decir que con el belvedere ocurrió como con el resto de la casa... ¡no había nadie! Se imponía que el señor Stepark se hiciera una composición de lugar; aquella inspección de la policía no conduciría a resultado

alguno, y seguiríamos sin saber nada de los misterios que encerraba la casa Storitz.

Me había figurado que aquel belvedere servía quizá para realizar observaciones astronómicas, y que contenía aparatos para el estudio del cielo. Un error. Por todo mueble, disponía de una mesa y un sillón de madera.

Sobre la mesa había algunos papeles, entre otros el número del *Wiener Extrablatt* donde yo había leído el artículo relativo al aniversario de Otto Storitz.

Sin duda era allí donde el hijo pasaba sus horas de descanso, al salir del estudio o, más exactamente, del laboratorio. En cualquier caso, había leído aquel artículo, que estaba marcado, evidentemente por su propia mano, con una cruz hecha con lápiz rojo.

De pronto se oyó una violenta exclamación, una exclamación de sorpresa y furor.

El capitán Haralan había visto en una repisa, fijada a uno de los montantes, una caja de cartón que acababa de abrir. ¿Y qué había sacado de esa caja?...

¡La corona nupcial, robada durante la fiesta de esponsales en la mansión Roderich!



Así pues, no cabía duda en cuanto a la intervención de Wilhelm Storitz. Estábamos en posesión de una prueba material, y no reducidos a simples conjeturas. Cuando menos, ya fuese él el culpable o cualquier otro, aquel fenómeno, cuya explicación se nos escapaba, se había llevado a cabo en su provecho.

—¿Sigue teniendo dudas, señor Vidal? —exclamó el capitán Haralan, cuya voz temblaba de cólera.

El señor Stepark guardaba silencio, muy consciente de que en aquel extraño asunto subsistía aún una gran parte por descifrar. En efecto, si bien la culpabilidad de Wilhelm Storitz saltaba a la vista, ignorábamos por qué medios había podido actuar, y de proseguir la investigación, ¿llegaríamos jamás a saberlo?

Por lo que a mí respecta, pues era a mí a quien el capitán Haralan se dirigía de manera más directa, no respondí; por lo demás, ¿qué habría podido contestar?

—¿Y no es acaso ese miserable quien vino a insultarnos, soltándonos a la cara el *Canto del odio*, como un ultraje al patriotismo magiar? —prosiguió—. No pudo usted verle, ¡pero sin duda lo oyó!... Estaba allí, le digo, aunque escapase a nuestras miradas. ¡Se encontraba en medio del salón! Y de esa corona, mancillada por su mano, ¡no quiero que quede ni una sola hoja!

El señor Stepark lo retuvo en el momento en que se disponía a destrozarla.

—No olvide que se trata de una prueba —dijo—, y que puede ser útil si, como me figuro, este asunto va más allá.

El capitán Haralan le entregó la corona y volvimos a bajar la escalera, tras recorrer por última vez e infructuosamente todas las estancias de la casa.

Se cerraron con llave las puertas de la escalinata y de la verja, y la casa quedó en el mismo estado de abandono en que la habíamos encontrado. No obstante, a una orden del señor Stepark, dos agentes se quedaron de vigilancia por los alrededores.

Tras despedirnos del jefe de policía, que nos pidió guardásemos secreto sobre aquel registro, el capitán Haralan y yo regresamos a la mansión Roderich, siguiendo el bulevar.

Esta vez mi compañero no podía contenerse, y su cólera desbordaba a través de frases y gestos de extrema violencia. Habría sido vano tratar de calmarlo. Por otra parte, confiaba en que Wilhelm Storitz hubiese abandonado la ciudad, o lo hiciera ahora, al saber que su casa había sido registrada y que la corona que había robado —u ordenado robar, pues la duda persistía en mi mente— se encontraba en manos de la policía.

Por consiguiente, me limité a decir:

—Mi querido Haralan, comprendo su cólera, comprendo que le repugne dejar impunes tales insultos. Sin embargo, no olvide que el señor Stepark nos ha rogado que guardemos silencio con respecto a la corona hallada en la casa Storitz.

—Y mi padre... y su hermano... ¿no serán informados del resultado de las pesquisas?

—Desde luego, y contestaremos que no hemos podido dar con Wilhelm Storitz, que ya no debe de encontrarse en Ragz, lo cual, por lo demás, me parece muy probable.

—¿No dirá que se encontró la corona en su casa?

—Sí, deben saberlo, pero no tiene sentido hablar de ello a la señora Roderich y a su hija. ¿De qué serviría agravar sus inquietudes pronunciando en su presencia el nombre de Wilhelm Storitz? Es más, en lo que concierne a la corona, soy partidario de decir que fue hallada en el jardín del palacete y de devolvérsela a su hermana.

—¿Qué? —exclamó el capitán Haralan—, ¡después de que ese hombre...!

—En efecto. Estoy seguro de que la señorita Myra se sentirá muy dichosa de volver a tenerla.

Pese a su repugnancia, el capitán Haralan comprendió mis razones, y acordamos que yo iría a buscar la corona a casa del señor Stepark, quien no se negaría a devolvérmela.

No obstante, ardía en deseos de volver a ver a mi hermano, y todavía más de que se celebrase la boda.

Apenas llegados a la mansión, el criado nos introdujo en el gabinete, donde el doctor nos aguardaba en compañía de Marc. Su impaciencia no tenía límites, y fuimos interrogados antes incluso de cruzar el umbral.

¡Cuál no sería su sorpresa y su indignación al escuchar el relato de lo que acababa de ocurrir en la casa del bulevar de Teleki! Mi hermano no conseguía dominarse. Al igual que el capitán Haralan, quería castigar a Wilhelm Storitz

antes de que interviniese la justicia.

—¡Si no está en Ragz, estará en Spremberg! —exclamó.

Me costó gran esfuerzo moderarlo, y fue necesario que el doctor sumase su insistencia a la mía.

Insistí en el hecho de que Wilhelm Storitz debía de haber abandonado la ciudad, o sin duda se apresuraría a hacerlo tan pronto como supiera que habían registrado su casa; no podía caber la menor duda al respecto. Por lo demás, nada probaba que se hubiese refugiado en Spremberg, así que no lo encontraríamos ni allí ni en ninguna otra parte.

—Mi querido Marc —dijo el doctor—, escuche los consejos de su hermano y dejemos que se calme este asunto tan penoso para nuestra familia. Si guardamos silencio sobre todo esto, pronto lo habremos olvidado.

Mi hermano, con la cabeza entre las manos y el corazón encogido, ofrecía un aspecto lastimoso. ¡Percibía cuánto podía estar sufriendo! ¡Y qué no habría dado por haber envejecido unos cuantos días, a fin de que Myra Roderich se hubiera convertido al fin en Myra Vidal!

Luego, el doctor añadió que iría a ver al gobernador de Ragz. Wilhelm Storitz era extranjero, y Su Excelencia no vacilaría en firmar un decreto de expulsión contra él. Lo urgente era evitar que los hechos de que la mansión Roderich había sido escenario pudieran repetirse, aunque hubiese que renunciar a darles una explicación satisfactoria. En cuanto a creer que Wilhelm Storitz dispusiera, como se había jactado, de un poder sobrehumano, nadie habría podido admitirlo.

En lo concerniente a la señora Roderich y a su hija, hice valer las razones que aconsejaban un silencio absoluto. No debían saber que la policía había actuado ni que la intervención de Wilhelm Storitz estaba fuera de toda duda.

En cuanto a la corona, mi propuesta fue aceptada. Marc la habría encontrado por casualidad en el jardín del palacete. Todo aquello era obra de un bromista de tres al cuarto, a quien acabaríamos por descubrir y castigar como merecía.

Ese mismo día volví a la casa consistorial, donde hice saber al señor Stepark lo que se había decidido en relación con la corona. Se apresuró a devolvérmela y regresé con ella a la mansión.

Por la noche, estábamos reunidos en el salón con la señora Roderich y su hija, cuando Marc, tras haberse ausentado unos momentos, volvió diciendo:

—Myra... mi querida Myra... ¡mire lo que le traigo!

—¡Mi corona... mi corona! —exclamó ella mientras corría hacia mi hermano.

—¿Esa corona... Marc...? —preguntó la señora Roderich con la voz

temerosa por la emoción.

—Sí —repuso Marc—, allí... en el jardín... la he encontrado detrás de un macizo, donde había caído.

—Pero... ¿cómo... cómo...? —repetía la señora Roderich.

—¿Cómo? —respondió el doctor—. Un intruso que debió introducirse entre nuestros invitados. En fin, aquí está.

—Gracias, gracias, mi querido Marc —dijo Myra, mientras una lágrima rodaba por su mejilla.

En los días que siguieron no se produjeron más incidentes. La ciudad recuperaba su tranquilidad habitual. No había trascendido nada del registro efectuado en la casa del bulevar de Teleki, y nadie pronunciaba todavía el nombre de Wilhelm Storitz. No cabía sino esperar pacientemente —más bien impacientemente— el día en que habría de celebrarse la boda de Marc y Myra Roderich.

Dediqué todo el tiempo que mi hermano me dejaba libre a dar diversos paseos por los alrededores de Ragz. Alguna que otra vez el capitán Haralan me acompañaba. En tales ocasiones no era raro que tomáramos el bulevar de Teleki para salir de la ciudad. Era obvio que la casa sospechosa nos atraía. Por otra parte, eso nos permitía ver si seguía desierta, y si continuaba vigilada, como en efecto así era, día y noche por dos agentes, y si Wilhelm Storitz hubiese aparecido, la policía habría sido puesta de inmediato sobre aviso y lo habrían arrestado.

De hecho, tuvimos una prueba de su ausencia y la certeza de que no podríamos, al menos de momento, encontrárnoslo por las calles de Ragz.

En efecto, en su número del 9 de mayo, el *Pester Loyd* dedicó un artículo a la ceremonia de aniversario de Otto Storitz, que acababa de celebrarse en Spremberg pocos días antes. Me apresuré a hablar del artículo a Marc y al capitán Haralan.

La ceremonia había atraído a un número considerable de espectadores, no sólo de la población de Spremberg, sino también a miles de curiosos llegados de las ciudades vecinas e incluso de Berlín. El cementerio no había podido contener a semejante multitud, y el gentío se extendía por los alrededores. De ahí que se produjeran múltiples accidentes; algunas personas murieron asfixiadas, y al día siguiente dispusieron en el cementerio de un sitio que no habían podido encontrar la víspera.

Como nadie habrá olvidado, Otto Storitz había vivido en una leyenda que aún seguía vigente después de muerto. Todos aquellos supersticiosos esperaban ser testigos de algún prodigio a título postumo. En aquel aniversario debían

producirse fenómenos fantásticos. Como mínimo, el sabio prusiano saldría de su tumba, y no sería sorprendente que en aquel momento el orden universal se viera singularmente perturbado... La Tierra modificaría el movimiento sobre su eje y empezaría a girar de este a oeste, rotación anormal cuyas consecuencias implicarían un trastorno universal en el sistema solar.

Así se expresaba el cronista del periódico, pero en definitiva las cosas habían ocurrido de la manera más regular: la losa sepulcral no se había levantado, el muerto no había abandonado su morada fúnebre y la Tierra había continuado moviéndose según las inmutables²⁸ reglas establecidas desde el comienzo del mundo.

Sin embargo, lo que ante todo nos concernía era que, según el relato del periódico, el hijo de Otto Storitz asistía en persona a la ceremonia, con lo que teníamos una prueba más de que había abandonado Ragz. Por lo que a mí respecta, esperaba que fuese con la formal intención de no regresar jamás; no obstante, albergaba el temor de que Marc y el capitán Haralan quisieran ir a Spremberg en su busca. Tal vez lograse hacer entrar en razón a mi hermano; no iba a cometer la locura de marcharse en vísperas de su boda... Ahora bien, en cuanto al capitán Haralan... Me hice la promesa de vigilarlo y, en caso necesario, invocar la autoridad paterna.

Con todo, si bien el revuelo provocado por aquel asunto se había calmado bastante, al gobernador de Ragz aún no había dejado de preocuparle. Ya se debiesen aquellos prodigiosos fenómenos, a los que nadie había podido dar una explicación plausible, a algún juego de manos maravillosamente ejecutado o a cualquier otra causa, no por ello habían conmocionado en menor grado la ciudad, y convenía impedir que se repitieran.

A nadie sorprenderá, pues, que Su Excelencia se sintiera vivamente impresionado cuando el jefe de policía le hizo saber la situación de Wilhelm Storitz con respecto a la familia Roderich... y las amenazas que había proferido.

Por eso, cuando el gobernador conoció los resultados del registro, decidió tomar medidas contra aquel extranjero. En definitiva, se había producido un robo, robo cometido por él, o al menos por un cómplice. De hecho, si no hubiese abandonado Ragz, lo habrían arrestado, y una vez entre los muros de una prisión, no es probable que hubiera podido salir de ella sin ser visto, ¡como había entrado en los salones de la mansión Roderich!

Aquella noche tuvo lugar la conversación siguiente entre Su Excelencia y el señor Stepark:

—¿No ha sabido nada nuevo?

—Nada, señor gobernador.

—¿No hay ninguna razón para creer que Wilhelm Storitz haya regresado a

Ragz?

—Ninguna.

—¿Sigue su casa bajo vigilancia?

—Día y noche.

—He tenido que escribir a Budapest —prosiguió el gobernador— en relación con este asunto, cuya repercusión ha sido más considerable quizá de lo que merece, y he sido invitado a tomar medidas para ponerle fin.

—Mientras Wilhelm Storitz no regrese a Ragz —repuso el jefe de policía—, nada hay que temer por su parte, y sabemos a ciencia cierta que seguía en Spremberg hace pocos días.

—En efecto, señor Stepark, en esa ceremonia de aniversario... Sin embargo, puede sentirse tentado de volver aquí, y eso es lo que hay que impedir.

—Nada más fácil, señor gobernador, y puesto que se trata de un extranjero, bastará con un decreto de expulsión.

—Un decreto por el que no sólo estará prohibida para él la ciudad de Ragz, sino todo el territorio austrohúngaro.

—En cuanto tenga ese decreto, señor gobernador —respondió el jefe de policía—, lo pondré en conocimiento de todos los puestos fronterizos.

Para resumir, una vez promulgado el decreto, todo el territorio del reino quedó prohibido para el alemán Wilhelm Storitz. Acto seguido se procedió a cerrar su casa, cuyas llaves fueron depositadas en el despacho del jefe de policía.

Tales medidas iban encaminadas a tranquilizar al doctor, a su familia y a sus amigos. Sin embargo, aún estábamos lejos de penetrar los secretos de aquel asunto, ¡y quién sabe si jamás llegaríamos a conocerlos!



Se acercaba la fecha de la boda. Dos días más y el sol del 15 de mayo asomaría por el horizonte de Ragz.

Con viva satisfacción constaté que Myra, por impresionable que fuese, no parecía conservar el recuerdo de aquellos enojosos incidentes, y por lo demás, insisto en el hecho de que el nombre de Wilhelm Storitz jamás había sido pronunciado ni delante de ella, ni delante de su madre.

Yo era su confidente. Me hablaba de sus proyectos de futuro, sin saber muy bien si se realizarían. ¿Marc y ella irían a instalarse a Francia? Tal vez, aunque no de inmediato. Separarse de sus padres le produciría una profunda pena.

—Sin embargo —decía—, ahora sólo se trata de ir a pasar algunas semanas a París, donde usted nos acompañará, ¿no es así?

—¡A menos que no quieran saber nada de mí!

—Es que... dos recién casados son una compañía bastante aburrida para un viaje...

—¡Trataré de acostumbrarme a ello! —respondí en tono resignado.

Por lo demás, el doctor aprobaba aquella decisión. Abandonar Ragz durante un mes o dos era algo conveniente desde todos los puntos de vista. Sin duda la señora Roderich se sentiría muy afectada ante la marcha de su hija, pero tendría fuerzas para resignarse a ello.

Por su parte, durante las horas que pasaba junto a Myra, Marc olvidaba... o más bien quería olvidarlo todo. Es cierto que cuando estaba conmigo sus temores volvían, y en vano yo trataba de disiparlos. Invariablemente, me decía:

—¿No sabes nada nuevo, Henry?

—Nada, querido Marc —respondía yo no menos invariablemente, y era la pura verdad.

Un día se vio obligado a añadir:

—Si te enteras de algo... si en la ciudad... o a través del señor Stepark... si oyes hablar...

—Te avisaré, Marc.

—Te reprocharía que me ocultases...

—No te ocultaré nada, pero te aseguro que nadie se ocupa ya de este asunto. La ciudad nunca ha estado tan tranquila. Unos van a sus asuntos, otros a sus placeres, ¡y los precios del mercado siguen en franca alza!

—Estás bromeando, Henry.

—Es para demostrarte que ya no tengo la menor aprensión.

—Y sin embargo —dijo Marc, cuyo rostro se había ensombrecido—, si ese hombre...

—¡No! Sabe que sería detenido si regresara a Ragz, ¡y en Alemania se celebran numerosas ferias donde tendrá ocasión de ejercer su talento de prestidigitador!

—Entonces ¿ese poder de que habla...?

—¡Eso está bien para las mentes débiles!

—¿No crees en ello?

—No más de lo que tú mismo crees. Así pues, querido Marc, límitate a contar los días, a contar las horas, a contar los minutos que te separan del gran día... No tienes nada mejor que hacer, y cuando hayas acabado el cálculo, ¡comienza de nuevo!

—¡Ah, amigo mío! —exclamó Marc, cuyo corazón latía a tal velocidad que parecía a punto de romperse.

—No eres razonable, Marc, ¡Myra lo es más que tú!

—Es que ella no sabe lo que yo sé.

—¿Lo que tú sabes?... ¡Voy a decírtelo! Sabes que el individuo en cuestión ya no se encuentra en Ragz, que no puede volver, que no volveremos a verle, ¿lo oyes?, y si eso no basta para tranquilizarte...

—Qué quieres, Henry, tengo presentimientos. Me da la impresión...

—¡Pero eso es insensato, mi pobre Marc!... Oye, hazme caso, vuelve a la mansión junto a Myra.

—Sí... y no tendría que dejarla nunca, no, ¡ni un solo instante!

¡Pobre hermano mío! Me dolía verlo en aquel estado, y oírle. Sus temores se acrecentaban a medida que se acercaba el día de su boda. Y para ser franco, ¡yo mismo aguardaba ese día con la más viva impaciencia!

Además, para decirlo todo, si bien podía contar con Myra, con su influencia para calmar a mi hermano, no sabía qué medio emplear con respecto al capitán Haralan.

El día en que, como se recordará, supo por el *Pester Loyd* que Wilhelm Storitz se encontraba en Spremberg, a duras penas pude impedir su partida. Sólo hay ochocientos kilómetros entre Spremberg y Ragz. En veinticuatro horas se

habría plantado allí. Al final pudimos retenerlo, mas pese a las razones que su padre y yo esgrimíamos, a saber, la necesidad de dejar que aquel asunto cayese en el olvido, volvía a él una y otra vez, y yo vivía con el perpetuo temor de que se nos escapase.

Aquella mañana vino a mi encuentro y, apenas empezada la conversación, comprendí que había decidido partir.

—No debe hacer eso, mi querido Haralan —repuse—, ¡no debe hacerlo! ¡Un encuentro entre ese prusiano y usted...! No, ¡ahora no, es imposible! Le suplico que no salga de Ragz.

—Mi querido Vidal, es preciso castigar a ese miserable.

—¡Y será castigado tarde o temprano! —exclamé—. ¡Sí, lo será!... La única mano que debe abatirse sobre él, arrastrarlo a presencia de un juez, es la mano de la policía. Quiere usted marcharse, ¡y se trata de su hermana! Se lo ruego, escúcheme... como a un amigo. Dentro de dos días se celebra la boda... ¿y no va a encontrarse usted en Ragz?

El capitán Haralan intuía que yo tenía razón, pero se negaba a rendirse.

—Mi querido Vidal —respondió, en un tono que me dejaba poca esperanza—, no vemos... no podemos ver las cosas de la misma manera. Mi familia, que está a punto de convertirse en la de su hermano, ha sido ultrajada, ¿cómo no habría de buscar venganza para tales ultrajes?

—¡No! ¡Le corresponde hacerlo a la justicia!

—¿Cómo podría hacerlo si ese hombre no regresa? ¡Y no puede volver! Es preciso, pues, que yo vaya a donde él está... debe de encontrarse todavía... ¡a Spremberg!

—Sea —repliqué como último argumento—, pero le ruego dos o tres días más de paciencia y yo mismo lo acompañaré a Spremberg.

Al final, lo presioné con tal ardor que la conversación acabó con la promesa formal de que, una vez celebrada la boda, dejaría de oponerme a su proyecto y partiría con él.

¡Los dos días que nos separaban del 15 de mayo iban a hacérseme interminables! Y si bien me imponía como un deber tranquilizar a los demás, yo mismo no dejaba de experimentar de vez en cuando algunas inquietudes.

Por eso, con frecuencia me encontraba subiendo o bajando por el bulevar de Teleki, llevado de no sé qué presentimiento.

La casa Storitz seguía tal como la habíamos dejado tras el registro de la policía, con puertas y ventanas cerradas, el patio y el jardín desiertos. En el bulevar había varios agentes, cuya vigilancia se extendía hasta el parapeto de las antiguas fortificaciones y la campiña circundante. Ni el amo ni el criado habían hecho intento alguno de entrar en aquella casa. Y no obstante —lo que hace la

obsesión—, pese a cuanto decía a Marc y al capitán Haralan, a despecho de lo que me decía a mí mismo, si hubiera visto el humo escapando por la chimenea del laboratorio, o una figura tras los cristales del belvedere, no me habría sorprendido en absoluto...

En realidad, ahora que la población ragziana, superado el primer momento de espanto, había dejado de hablar del asunto, ¿era al doctor Roderich, era a mi hermano, era al capitán Haralan, en definitiva, era a nosotros a quienes atormentaba el fantasma de Wilhelm Storitz!

Aquel día, 13 de mayo, a primera hora de la tarde, me dirigí, a fin de distraerme, hacia el puente de la isla de Svendor para ganar la orilla derecha del Danubio.

Antes de llegar al puente pasé por delante del desembarcadero, adonde en aquel momento arribaba el *dampfschiff* de Budapest, y precisamente el *Matías Corvino*.

Entonces volvieron a mi memoria los incidentes de mi viaje, mi encuentro con aquel alemán, su actitud provocadora, la sensación de antipatía que me había inspirado a primera vista; luego, cuando creía que había desembarcado en Vukovar, ¡las palabras que pronunciara! Pues sin duda se trataba de él, no podía ser otro; la misma voz que habíamos oído en el salón de la mansión Roderich... idéntica articulación, idéntica dureza, la misma rudeza teutona..

Sumido en tales ideas, observé uno a uno a los pasajeros que se detenían en Ragz. Buscaba el pálido rostro, los extraños ojos, la fisonomía hoffmanniana de aquel individuo. Pero, como se suele decir, malgasté tiempo y esfuerzo.

A las seis me dirigí, según mi costumbre, a ocupar mi sitio en la mesa familiar. Me pareció que la señora Roderich tenía mejor aspecto, casi repuesta ya de su aflicción. Mi hermano olvidaba junto a Myra, la víspera del día en que sería su esposa. El mismo capitán Haralan parecía más tranquilo, aunque un tanto sombrío.

Por añadidura, me hallaba decidido a hacer lo imposible por animar aquel pequeño mundo y disipar los últimos nubarrones del recuerdo. Fui felizmente secundado por Myra, la cual irradiaba todo el encanto y la alegría de aquella velada, que se prolongó hasta bastante tarde. Sin hacerse de rogar se sentó al piano y nos cantó antiguas canciones magiars, como para borrar el abominable *Canto del odio* que había resonado en aquel salón.

En el momento de retirarnos, me dijo sonriente:

—¡Mañana es el gran día, señor Henry!... No vaya a olvidarlo.

—¿Olvidarlo, señorita? —repuse en el tono juguetón que ella acababa de adoptar.

—Sí... olvidar que la boda se celebra en la casa consistorial...

—¡Ah, es mañana!

—Y que usted es uno de los testigos de su hermano.

—Hace bien en recordármelo, señorita Myra... ¡Testigo de mi hermano! ¡Ya no me acordaba!

—¡No me sorprende en absoluto! He podido observar que a veces sufre distracciones.

—De lo cual me acuso, pero le prometo que mañana no ocurrirá así. Con tal de que Marc tampoco lo olvide...

—¡Yo respondo por él!

—¡Acabáramos!

—Así pues, a las cuatro en punto...

—¿A las cuatro, señorita Myra? ¡Y yo que creía que era a las cinco y media!... No sufra, estaré allí a las cuatro menos diez.

—Buenas noches... buenas noches, hermano de Marc, ¡que va a convertirse en el mío!

—Buenas noches, señorita Myra... ¡buenas noches!

Al día siguiente Marc tenía algunas gestiones que hacer por la mañana. Me daba la impresión de haber recuperado toda su calma, y le dejé ir solo.

En cuanto a mí, por otra parte, y por un exceso de prudencia a fin de tener, si era posible, la certeza de que Wilhelm Storitz no había vuelto a Ragz, me dirigí a la casa consistorial.

El señor Stepark me recibió inmediatamente, y me preguntó cuál era el motivo de mi visita.

Le rogué me comunicase si disponía de alguna información nueva.

—Ninguna, señor Vidal —respondió—. Puede estar seguro de que nuestro hombre no ha vuelto a aparecer por Ragz.

—¿Sigue en Spremberg?

—Todo cuanto puedo afirmar es que ayer estaba allí.

—¿Ha recibido algún despacho?

—Un despacho de la policía alemana, que me confirma el hecho.

—¡Eso me tranquiliza!

—Sí, pero a mí me fastidia, señor Vidal.

—¿Y por qué?

—Porque ese diablo de hombre... y diablo es la palabra justa... me parece poco dispuesto a cruzar alguna vez la frontera.

—¡Pues tanto mejor, señor Stepark!

—Tanto mejor para usted, pero tanto peor para mí.

—No logro entender su disgusto.

—Pues verá... como policía, me habría gustado echarle el guante, tener a

esa especie de hechicero entre rejas. En fin, quizá más adelante...

—¡Oh, más adelante, después de la boda, todo lo que usted quiera, señor Stepark!

Y me retiré, tras dar las gracias al jefe de policía.

A las cuatro de la tarde nos hallábamos reunidos en el salón del palacete Roderich. Dos landós aguardaban en el bulevar de Teleki, uno para Myra, su padre, su madre y un amigo de la familia, el juez Neuman, y otro para Marc, el capitán Haralan, uno de sus camaradas, el teniente Armgard, y yo. El señor Neuman y el capitán Haralan eran los testigos de la novia; el teniente Armgard y yo los de Marc.

En aquella época, tras largas discusiones en la Dieta húngara, existía el matrimonio civil, al igual que en Austria, y por lo general se celebraba de la manera más sencilla del mundo... en familia. De ese modo, toda la pompa se reservaba para la ceremonia religiosa del día siguiente.

La joven novia lucía un atuendo de muy buen gusto, un vestido de crespón de China color rosa, con adornos de muselina, sin bordados. También la señora Roderich vestía con suma sencillez. El doctor y el juez llevaban redingote, al igual que mi hermano y yo, y los dos oficiales iban con uniforme de diario.

Algunas personas esperaban en el bulevar la salida de los carruajes, mujeres y muchachas del pueblo, cuya curiosidad siempre excitan las bodas. Sin embargo, era probable que al día siguiente, en la catedral, la multitud fuese considerable, en justo homenaje rendido a la familia Roderich.

Los dos landós franquearon la gran puerta del palacete, doblaron la esquina del bulevar y, siguiendo el muelle Bathiany, la calle del Príncipe Miloch y la calle de Ladislas, fueron a detenerse ante la vega de la casa consistorial.

Los curiosos se acumulaban en mayor número en la plaza de Liszt y en el patio del palacio municipal. Quizá después de todo los había atraído el recuerdo de los primeros incidentes... Incluso tal vez se preguntaban si iría a producirse un nuevo fenómeno en la sala de casamientos.

Los carruajes entraron en el patio de honor y estacionaron ante la escalinata.

Momentos después, la señorita Myra, del brazo de su padre, la señora Roderich, del brazo del señor Neuman, y luego Marc, el capitán Haralan, el teniente Armgard y yo habíamos ocupado nuestros sitios en la sala, iluminada por grandes ventanales de cristales coloreados y revestida de paneles de madera labrada de gran riqueza. En el centro, una amplia mesa lucía en cada extremo dos magníficos cestos de flores.

El señor y la señora Roderich tomaron asiento a uno y otro lado del sillón reservado al funcionario encargado de las bodas civiles, en su calidad de padres

de la novia. Enfrente, en las sillas, se situaron Marc Vidal y Myra Roderich, uno al lado del otro, y luego los cuatro testigos, el señor Neuman y el capitán Haralan a la derecha y el teniente Armgard y yo a la izquierda.

Un ujier anunció al alcalde de Ragz, que había querido proceder en persona a la ceremonia. Todo el mundo se levantó cuando efectuó su entrada.

El alcalde, de pie ante la mesa, preguntó a los padres si daban su consentimiento al matrimonio de su hija con Marc Vidal, y tras obtener una respuesta afirmativa, no necesitó plantear la misma pregunta en lo concerniente a mi hermano, puesto que ambos éramos los únicos miembros de nuestra familia.

Luego, el alcalde se dirigió a los novios.

—El señor Marc Vidal ¿acepta por esposa a la señorita Myra Roderich?

—Sí, acepto.

—La señorita Myra Roderich ¿acepta por esposo al señor Marc Vidal?

—¡Sí, acepto!

Y en nombre de la ley, cuyos artículos acababa de leerles, los declaró unidos en matrimonio.

Así ocurrieron las cosas, con la simplicidad habitual. No tuvo lugar ningún prodigio, y aunque la idea había cruzado un instante por mi mente, ni el acta en la que se estamparon las firmas, tras la lectura efectuada por el empleado del estado civil, fue rasgada, ni la pluma arrancada de la mano de los recién casados y los testigos.

Decididamente, Wilhelm Storitz no se encontraba en Ragz, y si estaba en Spremberg, ¡que se quedase allí para mayor solaz de sus compatriotas!

Al presente, Marc Vidal y Myra Roderich estaban unidos ante los hombres, y mañana lo estarían ante Dios.



Era 15 de mayo. ¡Parecía que jamás iba a llegar esta fecha tan impacientemente esperada!

Por fin estábamos a 15 de mayo. Apenas unas horas más y se celebraría la ceremonia de la boda religiosa en la catedral de Ragz.

Si en nuestro ánimo subsistía aún cierta aprensión, algún recuerdo de los inexplicables incidentes de diez días atrás, se habían borrado por completo tras la celebración de la boda civil. La casa consistorial no se vio turbada por uno de aquellos fenómenos que habían tenido lugar en los salones de la mansión Roderich.

Me levanté temprano. Marc se me había adelantado. Aún no había terminado de vestirme cuando entró en mi cuarto.

Ya lucía el uniforme, podríamos decir, el uniforme que visten todos los novios, negro de pies a cabeza, como el de los funerales, el uniforme de la alta sociedad, donde la severa indumentaria de los hombres contrasta con el esplendoroso atuendo de las mujeres.

Marc estaba radiante de felicidad, y ni una leve sombra empañaba su dicha.

Me abrazó efusivamente y yo lo estreché contra mi corazón.

—Mi querida Myra me ha encargado que te recuerde... —empezó.

—¡Que el acontecimiento es hoy! —respondí riendo—. Pues bien, puedes decirle que si no falté a la cita en la casa consistorial, tampoco lo haré en la catedral. Ayer puse mi reloj en hora con el campanil. En cuanto a ti, mi querido Marc, ¡cuida de no hacerte esperar! Ya sabes, tu presencia es indispensable. No podríamos empezar sin ti.

Me dejó y yo me apresuré a acabar de arreglarme. Aunque lo cierto es que apenas eran las nueve de la mañana.

Habíamos quedado en el palacete. De allí debían partir los coches de la coronación; me divertía designarlos con una denominación tan caprichosa. Por eso, siquiera fuese por dar prueba de mi exactitud, llegué antes de lo necesario

—lo cual me valdría una bonita sonrisa de la novia— y aguardé en el salón.

Una tras otra fueron presentándose las personas —digamos los personajes, dada la solemnidad de las circunstancias— que habían presenciado la víspera la ceremonia de la casa consistorial, esta vez con traje de etiqueta, frac negro, chaleco negro, pantalón negro; ningún elemento magiar, como se puede ver, sino cuanto de más parisiense es posible encontrar. No obstante, en las solapas brillaban algunas condecoraciones: Marc con su insignia de oficial de la Legión de Honor; el doctor y el magistrado con las condecoraciones austríacas y húngaras; los dos oficiales, vestidos con sus espléndidos uniformes del regimiento de los Confines Militares, lucían cruces y medallas; y yo, la simple cinta roja.

Myra Roderich —¿y por qué no decir Myra Vidal, puesto que los novios estaban ya unidos por el vínculo civil?—, con sus blancos atavíos, un vestido de muaré con el cuerpo bordado de azahar, estaba arrebatadora. A su lado resplandecía el ramo de novia, y en su magnífica cabellera rubia descansaba la corona nupcial, de la que caía en largos pliegues el velo de tul blanco. Era la corona que le había devuelto mi hermano; no había querido utilizar ninguna otra.

Al entrar en el salón en compañía de su madre, suntuosamente vestida, vino hacia mí y me tendió la mano, que yo estreché con gran afecto fraternal. Luego, con los ojos radiantes de alegría, me dijo:

—¡Ah, hermano mío, cuán dichosa me siento!

De los penosos días pasados, de las tristes pruebas a que se había visto sometida aquella intachable familia, ya no quedaba ni siquiera el recuerdo. Lo cual no incluía al capitán Haralan, que no parecía haberlo olvidado todo, aunque no obstante me dijo, al tiempo que me estrechaba la mano:

—¡No, no pensemos más en ello!

El programa del día, programa que había recibido la aprobación general, era el siguiente: a las diez menos cuarto, salida hacia la catedral, donde el gobernador de Ragz, las autoridades y los notables de la ciudad se encontrarían ya a la llegada de los recién casados. Presentaciones y parabienes, tras la misa nupcial, durante la firma de las actas en la sacristía de San Miguel. Regreso para la comida, que debía reunir a unos cincuenta convidados. Por la noche, fiesta celebrada en los salones de la mansión, para la cual se habían enviado cerca de doscientas invitaciones.

Ocupamos los landós del mismo modo que la víspera: el primero, la novia, el doctor, la señora Roderich y el señor Neuman; el segundo, Marc y los otros tres testigos. De regreso de la catedral, Marc y Myra Vidal viajarían en el mismo carruaje. Otros coches habían pasado a recoger a las personas que debían asistir a la ceremonia religiosa.

Por lo demás, el señor Stepark debía de haber tomado medidas con objeto de mantener el orden, pues, ciertamente, la afluencia de público sería considerable tanto en la catedral como en la plaza de San Miguel.

A las diez menos cuarto, los carruajes salieron de la mansión Roderich y siguieron el muelle Bathiany. Tras haber alcanzado la plaza Magiar, atravesaron y remontaron el bonito barrio de Ragz, por la calle del Príncipe Miloch.

Hacía un tiempo soberbio; los rayos del sol de mayo alegraban el cielo. Por las aceras porticadas de la calle, los transeúntes, en gran número, se encaminaban hacia la catedral. Todas las miradas iban dirigidas al primer coche, miradas de simpatía y de admiración hacia la recién casada, y debo hacer constar que mi querido Marc recibió también su parte. Las ventanas dejaban ver rostros sonrientes, y desde todas partes llovían saludos, a los cuales resultaba imposible responder.

—¡A fe mía que me llevaré agradables recuerdos de esta ciudad! —dije.

—Los húngaros honran en usted a esa Francia que aman, señor Vidal —me respondió el teniente Armgard—, y se sienten dichosos por una unión que hace entrar a un francés en la familia Roderich.

Nos acercábamos a la plaza, y hubo que avanzar al paso de los caballos, hasta tal punto la circulación resultaba dificultosa.

De las torres de la catedral escapaba el alegre tañido de las campanas, que la brisa del este arrastraba vibrante, y poco antes de las diez el carillón del campanil mezcló sus notas agudas a las voces sonoras de San Miguel.

Cuando llegamos a la plaza vi la comitiva de carruajes que habían conducido a los invitados, estacionados a derecha e izquierda a lo largo de las arcadas laterales.

Eran exactamente las diez y cinco cuando nuestros dos landós se detuvieron al pie de la escalinata, ante la puerta central, abierta de par en par.

El doctor Roderich bajó el primero, y luego su hija, que se colgó de su brazo. El señor Neuman ofreció el suyo a la señora Roderich. Acto seguido nos apeamos nosotros, siguiendo a Marc, entre las filas de espectadores que se escalonaban a lo largo del pórtico.

En ese momento resonaron en el interior los grandes órganos, que tocaban la marcha nupcial del compositor húngaro Konzach.

En Hungría, en aquella época, de resultas de una disposición litúrgica que los demás países católicos no han adoptado, no se daba la bendición a los esposos hasta que finalizaba la misa de boda. Y tal vez parezca lógico que sean los novios y no los esposos quienes asistan al oficio. La misa primero y luego el sacramento.

Marc y Myra se dirigieron hacia los dos sillones que les estaban destinados,

ante el gran altar; los padres y los testigos encontraron asientos dispuestos detrás de ellos.

Todas las sillas y la sillería del coro estaban ya ocupadas por una numerosa reunión: el gobernador de Ragz, los magistrados, los oficiales de la guarnición, la municipalidad, los principales funcionarios de la administración, los amigos de la familia, así como los notables de la industria y el comercio. A las damas, radiantes en sus atuendos, les habían reservado también sitios especiales a lo largo de la sillería del coro, y no quedaba ni uno libre.

Detrás de las rejas del coro, una obra maestra de la foga del siglo XIII, a la entrada de las puertas que daban acceso al mismo, se apretujaba la muchedumbre de curiosos. En cuanto a las personas que no habían podido llegar hasta allí, se habían acomodado en el pasillo de la nave mayor, cuyas sillas estaban todas ocupadas.

En la nave transversal del crucero, es decir, en las naves laterales, se aglomeraba el pueblo, que se extendía hasta los peldaños del pórtico. Entre aquel gentío, compuesto en su mayoría por mujeres, la mirada curiosa habría podido captar varias muestras del traje magiar.

Si algunas de aquellas mujeres de ciudad o campesinas guardaban el recuerdo de los fenómenos que habían conmocionado la urbe, ¿podrían ahora suponer que los verían reproducirse en la catedral?... Era obvio que no, y en efecto, por poco que los hubiesen atribuido a una intervención demoniaca, no era en una iglesia donde tal intervención pudiera ejercerse. ¿Acaso el poder del Diablo no se detiene en el umbral del santuario de Dios?

Hubo un movimiento a la derecha del coro y la multitud se abrió para dejar paso al arcipreste, al diácono, al subdiácono, a los pertigueros, a los niños del coro.

El arcipreste se detuvo ante los peldaños del altar, se inclinó y dijo las primeras frases del *Introito*, mientras los sochantres entonaban los versículos del *Confiteor*.

Myra estaba arrodillada en el cojín de su reclinatorio, con la cabeza gacha en actitud fervorosa. Marc permanecía de pie a su lado, y sus ojos no se apartaban de ella.

La misa se celebraba con toda la pompa de que la Iglesia católica ha querido rodear tales ceremonias solemnes. El órgano alternaba con el canto llano de los *Kirié* y las estrofas del *Gloria in excelsis*, que estallaron bajo las altas bóvedas.

De vez en cuando se producía un vago ruido de gente que se removía, de sillas desplazadas, de asientos bajados, y luego el ir y venir de los subalternos eclesiásticos, que cuidaban de que el paso por la nave mayor permaneciera

expedito en toda su longitud.

De ordinario, el interior de la catedral se halla sumido en una penumbra que propicia que el alma se entregue con mayor abandono a las impresiones religiosas. A través de las antiguas vidrieras, en las que se dibuja, en vivos colores, la silueta de los personajes bíblicos, por las estrechas ventanas de estilo ojival de la primera época, así como por las vidrieras laterales, se cuela una luz imprecisa. Por poco que el cielo esté cubierto, la nave mayor, la transversal y el ábside permanecen en sombras, y sólo perforan esa mística oscuridad las diminutas llamas que brillan al extremo del pabito de los largos cirios encendidos en los altares.

Aquel día era diferente. Bajo aquel magnífico sol, las ventanas abiertas hacia el este y el rosetón del crucero resplandecían. Un haz de rayos que atravesaba uno de los vanos del ábside incidía directamente en el pulpito, suspendido en uno de los pilares de la nave, y parecía animar el rostro torturado del gigante miguelangelesco que lo sostenía sobre sus colosales hombros.

Cuando sonó la campanilla, los fieles se levantaron, y el silencio sucedió a los mil susurros de aquel movimiento cuando el diácono empezó a leer, salmodiando, el Evangelio de san Mateo.

Luego, el arcipreste se dio la vuelta y dirigió una alocución a los novios. Hablaba con voz un tanto débil, la voz de un anciano con la cabeza coronada por blancos cabellos. Dijo cosas muy sencillas que iban dirigidas al corazón de Myra; elogió sus virtudes familiares, a la propia familia Roderich, con su abnegación hacia los menesterosos y su sempiterna caridad. Santificó aquel matrimonio que unía a un francés y una húngara e invocó la bendición celestial sobre los recién casados.

Terminada la alocución, el anciano sacerdote, al tiempo que el diácono y el subdiácono se colocaban de nuevo a su lado, se volvió hacia el altar para proceder a las plegarias del ofertorio.

Si doy cuenta, paso a paso, de los detalles de aquella misa nupcial es porque permanecen profundamente grabados en mi mente, porque el recuerdo no habría de borrarse jamás de mi memoria.

Entonces, de la tribuna del órgano surgió una voz soberbia, acompañada por un cuarteto de cuerda. El tenor Gottlieb, de gran renombre entre los magiares, cantaba el himno de la ofrenda.

Marc y Myra abandonaron sus sillones y fueron a situarse ante los escalones del altar. Y allí, después de que el subdiácono hubiera recogido su cuantiosa limosna, posaron los labios, como en un beso, en la patena que presentaba el oficiante. Acto seguido regresaron a su sitio, caminando muy juntos. Jamás, no, jamás Myra había mostrado una belleza tan deslumbrante, tan

aureolada de felicidad!

Correspondió entonces a las limosneras recoger las dádivas para los enfermos y los pobres. Precedidas por los pertigueros, se deslizaron entre las filas del coro y de la nave, y se podía oír el ruido de las sillas al ser desplazadas, el frufrú de los vestidos, los pasos de la multitud mientras las monedillas iban cayendo en la bolsa que portaban las muchachas.

Los miembros del coro, entre los que dominaba el agudo soprano de los niños, cantaron el *Sanctus* en cuatro partes. Se acercaba el momento de la consagración, y cuando sonó el primer toque de campanilla los hombres se pusieron en pie y las mujeres se inclinaron en sus reclinatorios.

Marc y Myra se habían arrodillado, a la espera de ese milagro que se renueva desde hace dieciocho siglos por mediación de la mano del sacerdote, el supremo misterio de la transubstanciación.

En ese momento solemne, ¿quién no se ha sentido impresionado por la actitud profundamente creyente de los fieles, por el silencio místico que se impone cuando se agachan todas las cabezas y todos los pensamientos suben hacia el cielo?

El viejo sacerdote se había inclinado ante el cáliz, ante la hostia que su palabra se disponía a consagrar. Sus dos ayudantes, arrodillados en el peldaño más alto, sujetaban el bajo de su casulla, a fin de que no le estorbase en sus genuflexiones litúrgicas. El monaguillo, con la campanilla en la mano, se preparaba para agitarla.

Dos toques, en breve intervalo, se prolongaron en medio del recogimiento general, mientras el oficiante articulaba lentamente las palabras sacramentales...

En ese momento sonó un grito... un grito desgarrador, un grito de espanto y de horror.

La campanilla, que el monaguillo había soltado, rodaba por los escalones del altar.

El diácono y el subdiácono se habían apartado el uno del otro.

En cuanto al arcipreste, medio derribado, se aferraba a la sabanilla con dedos crispados; la boca le temblaba todavía a causa del grito que había lanzado; tenía los rasgos descompuestos, la mirada despavorida, e inestable sobre las rodillas flexionadas, parecía a punto de caer.

Y esto fue lo que vi... lo que otras mil personas vieron al igual que yo.

La hostia consagrada fue arrancada de los dedos del anciano sacerdote... Aquel símbolo del Verbo encarnado, ¡profanado por una mano sacrilega! Después fue partida en mil pedazos y éstos arrojados a través del coro.

Ante aquella profanación, los asistentes eran presa del espanto y el horror.

Y en aquel instante, esto fue lo que oí, lo que mil personas oyeron, estas

palabras, pronunciadas con una voz terrible, la voz que conocemos bien, la voz de Wilhelm Storitz, al presente de pie en los peldaños, pero invisible como lo había sido en los salones de la mansión Roderich:

—Que la desgracia caiga sobre los esposos... ¡Ay de ellos!

Myra lanzó un grito y, como si se le hubiera partido el corazón, se desvaneció entre los brazos de Marc.



Aquellos fenómenos, los de la catedral de Ragz y los del palacete Roderich, perseguían el mismo objetivo, y debían de tener idéntico origen. Sólo Wilhelm Storitz podía ser el autor. Admitir que se debieran a algún truco de prestidigitación... ¡No, ni la hostia arrebatada ni el robo de la corona nupcial! Empezaba a pensar que aquel alemán había heredado de su padre algún secreto científico, el secreto de un descubrimiento que le otorgaba el poder de hacerse invisible... Al igual que ciertos rayos luminosos tienen la propiedad de atravesar los cuerpos opacos como si dichos cuerpos fueran translúcidos... Pero ¿en qué error me disponía a caer...? Lo cierto es que me cuidé muy mucho de decir nada a nadie.

Nos llevamos a Myra sin que hubiera recuperado el conocimiento. La condujeron a su habitación, la depositaron en la cama y, pese a todos los cuidados de que fue colmada, no lograron reanimarla. ¡Permanecía inerte, insensible! El doctor se sentía impotente ante aquella inercia, ante aquella insensibilidad. Pero al menos respiraba, estaba viva; ¿cómo era posible que hubiese sobrevivido a tantas pruebas?, ¿cómo la última sufrida no la había matado?

Varios de los colegas del doctor Roderich habían acudido a la mansión. Rodeaban el lecho de Myra, tendida sin hacer un solo movimiento, con los párpados cerrados, la tez pálida como la cera, el pecho agitado por los latidos irregulares del corazón, la respiración reducida a un soplo... ¡un soplo que podía apagarse de un momento a otro!

Marc le cogía las manos, la llamaba, le suplicaba, lloraba.

Ella seguía sin reaccionar.

No obstante, los médicos habían probado los remedios más enérgicos, y pareció que estaba a punto de recuperar el conocimiento...

Sí, sus labios balbucearon vagas palabras cuyo sentido fue imposible captar... sus dedos se agitaron entre las manos de Marc... entreabrió los ojos...

Sin embargo, qué imprecisa mirada bajo aquellos párpados medio levantados... ¡una mirada desprovista de inteligencia!

Marc lo entendió demasiado bien, pues volvió a dejarse caer, al tiempo que profería este grito:

—¡Loca... está loca!

Tuve que precipitarme hacia él, sujetarlo con la ayuda del capitán Haralan, mientras me preguntaba si también él estaría a punto de perder la razón.

Hubo que arrastrarlo a otra habitación, donde los médicos trataron por todos los medios de conjurar aquella crisis, cuyo resultado amenazaba con ser fatal.

¿Cuál sería el desenlace de aquella situación?... ¿Era lícito confiar en que con el tiempo Myra recuperaría la lucidez, que los cuidados que se le aplicasen prevalecerían sobre el desvarío de su mente, que aquella demencia no era sino pasajera?

Cuando se halló de nuevo a solas conmigo, el capitán Haralan me dijo:

—¡Hay que acabar con esto!

¿Acabar? ¿Y cómo pensaba hacerlo? ¿Qué pretendía?... El hecho de que Wilhelm Storitz hubiese regresado a Ragz, que fuera el autor de aquella profanación, nadie lo ponía en duda; ahora bien, ¿dónde encontrarlo?, ¿cómo atrapar a aquel ser inaprensible?

Al presente, ¿qué mella causarían en la ciudad los hechos acaecidos? ¿Se mostraría dispuesta a aceptar una explicación natural? No estábamos en Francia, donde, a no dudar, los periódicos habrían hecho mofa de tales prodigios, que a su vez habrían sido ridiculizados en las canciones de taberna de Montmartre. En este país las cosas debían de ser del todo diferentes. Como ya había tenido ocasión de comprobar, los magiares presentan una tendencia natural a lo maravilloso, y entre las clases ignorantes la superstición resulta imposible de desarraigar. Para las personas instruidas, fenómenos de ese calibre sólo pueden ser resultado de algún descubrimiento de la física o de la química. Sin embargo, cuando se trata de espíritus de pocas luces, todo se explica mediante la intervención del Diablo, y Wilhelm Storitz pasaría por ser el Maligno en persona.

En efecto, ya no cabía soñar con ocultar en qué condiciones aquel extranjero, contra el que el gobernador de Ragz había promulgado un edicto de expulsión, se hallaba involucrado en el asunto. Lo que hasta el momento habíamos mantenido en secreto ya no podía permanecer en la sombra después del escándalo de San Miguel.

En primer lugar, los periódicos de la ciudad reanudaron la campaña abandonada desde hacía cierto tiempo. Ligaron los hechos de la mansión Roderich con los de la catedral. La calma que se había establecido entre los

ragzianos dio paso a nuevos revuelos. La población conoció al fin el nexa que unía ambos incidentes. En todas las casas, en todas las familias, nadie pronunciaba el nombre de Wilhelm Storitz sin que el mismo evocase el recuerdo o, mejor dicho, el fantasma de un extraño personaje cuya existencia transcurría entre las mudas paredes y las ventanas cerradas de aquella casa del bulevar de Teleki.

No debe sorprender, pues, que apenas divulgada la noticia por los periódicos, la gente se dirigiese al bulevar en cuestión, atraídos por una fuerza irresistible de la que acaso no fueran conscientes.

Así era como, unos diez días antes, la población se había apiñado en el cementerio de Spremberg. No obstante, los compatriotas del sabio habían acudido a aquel lugar con objeto de asistir a algún prodigio, y ningún sentimiento de animosidad los impulsaba. En Ragz, por el contrario, se había producido una explosión de odio, una necesidad de venganza, justificadas por la intervención de un ser diabólico.

No hay que olvidar, por otra parte, el horror que debía de haber inspirado a aquella ciudad tan religiosa el escándalo de que la catedral acababa de ser escenario. En ella se había cometido el más abominable de los sacrilegios. Habían visto cómo durante la misa, en el momento de la elevación, una hostia consagrada era arrancada de las manos del arcipreste, paseada por las naves y, finalmente, ¡hecha pedazos y arrojada desde lo alto del púlpito!

Y por añadidura, hasta el día en que los ritos de la reconciliación la hubieran purificado, la iglesia permanecería cerrada a las plegarias de los fieles.

Aquella sobreexcitación no podía sino acrecentarse y adquirir inquietantes proporciones. La mayoría de ellos jamás estarían dispuestos a aceptar el único hecho susceptible de ser aceptado: el descubrimiento de la invisibilidad.

Al gobernador de Ragz debió de preocuparle el cariz que presentaban los acontecimientos, y ordenó al jefe de policía que tomara todas las medidas que exigiese la situación. Era preciso estar preparados para defenderse contra los excesos de un pánico que podría tener las más graves consecuencias. Por añadidura, apenas revelado el nombre de Wilhelm Storitz, fue necesario proteger la casa del bulevar de Teleki, ante la cual se habían reunido centenares de obreros y campesinos, y defenderla contra el allanamiento y el pillaje.

Sin embargo, si un hombre tenía el poder de volverse invisible —lo que ya me parecía incontestable—, si la fábula del anillo de Giges en la corte del rey Cándalo se había hecho realidad²⁹, ¡lo que estaba absolutamente en juego era la tranquilidad pública! Ya no existía la seguridad personal. De modo que Wilhelm Storitz había regresado a Ragz y nadie había podido verle... De igual manera, nadie estaba en situación de asegurar si todavía se encontraba allí. Por lo demás,

¿había guardado para él solo el secreto de aquel descubrimiento que probablemente le legara su padre, o bien su criado, Hermann, lo utilizaba igualmente? ¿Acaso otros se servían de él en su propio provecho?... De ser así, ¿qué les impediría entrar en las casas siempre que les pluguiese e inmiscuirse en la vida de sus habitantes? ¿No iría a quedar destruida la intimidad de las familias? ¿Acaso por el hecho de encerrarse uno en su hogar tendría la certeza de encontrarse a solas?, ¿la certeza de no ser oído, así como de no ser visto, a menos que se mantuviese en una oscuridad total? Luego, en el exterior, por las calles, el temor perpetuo de ser seguido, sin saberlo, por alguien invisible, que no te quita ojo, ¡que puede maltratarte si así lo desea!... ¿Y qué medio habría para sustraerse a los atentados de todas clases, en lo sucesivo tan fáciles de cometer?... ¿No supondría eso una conmoción permanente, la aniquilación de la vida social?

Los periódicos recordaron entonces lo que había ocurrido en el mercado de Coloman, de lo cual el capitán Haralan y yo habíamos sido testigos. Un hombre había sido violentamente tirado al suelo, y según afirmaba, por un individuo a quien no había podido ver... Pues bien, aquel hombre ¿estaba en un error? ¿No podía haber sido embestido al pasar por Wilhelm Storitz, o Hermann, o cualquier otro? ¿No tendríamos todos la impresión de que podía ocurrirnos lo mismo? ¿Acaso no estaríamos expuestos a cada paso a semejantes encuentros?

Luego, algunas particularidades volvieron a nuestra memoria, como el anuncio arrancado de la casa consistorial y, durante el registro efectuado en la casa del bulevar de Teleki, el ruido de pasos en las habitaciones, aquella ampolla que inopinadamente cayó y se rompió...

Pues bien, sin la menor duda allí estaba, y Hermann también. No habían salido de la ciudad después de la fiesta de esponsales, tal como suponíamos, y eso explicaba el agua jabonosa del aguamanil, el fuego en el fogón de la cocina... ¡Sí!, ambos asistían a nuestras pesquisas por el patio, el jardín, la casa... Y si habíamos encontrado la corona nupcial en el belvedere era a todas luces porque Wilhelm Storitz, a quien el registro había pillado por sorpresa, no había tenido tiempo de ocultarla.

Así pues, en lo que a mí concernía, quedaban explicados los incidentes del *dampfschiff*, cuando bajé por el Danubio desde Pest hasta Ragz. El pasajero que yo creía que había desembarcado en Vukovar continuaba a bordo, ¡y nadie podía verle!

De modo que aquella invisibilidad podía producirla instantáneamente (aparecía o desaparecía a voluntad) como los personajes de los cuentos de hadas gracias a su varita mágica. Sin embargo, no se trataba de magia, ni de palabras cabalísticas, ni de encantamientos, fantasmagoría o brujería. Con todo, si bien

volvía invisible su cuerpo y las ropas que lo cubrían, al parecer no ocurría lo mismo con los objetos que tenía en la mano, puesto que habíamos podido ver el ramo destrozado, la corona arrebatada, la hostia rota y arrojada desde el pulpito... Evidentemente, Wilhelm Storitz poseía la fórmula de una composición que bastaba con ingerir... ¿Cuál? ¡La que sin duda contenía aquella ampolla rota, y que se evaporaba casi al instante! Pero cuál era la fórmula de aquel preparado era algo que ignorábamos, que sería importante saber, que acaso no conociéramos nunca...

En cuanto a la persona misma de Wilhelm Storitz, dado que era invisible, ¿resultaba imposible agarrarla? Aun cuando se sustrajese al sentido de la vista, suponía que no ocurriría lo mismo con el sentido del tacto. Su envoltura material no perdería ninguna de las tres dimensiones comunes a todos los cuerpos: longitud, anchura, profundidad... Seguía estando allí, en carne y hueso, como suele decirse. Invisible puede, pero intangible no. Eso quedaba para los fantasmas, y nosotros no teníamos que vérnoslas con un fantasma.

Ahora bien, me decía, si el azar permite que lo agarremos, por los brazos, las piernas o la cabeza, aunque no podamos verle al menos lo tendremos... Y por asombrosa que sea la facultad de que dispone, ¡es obvio que no le permitirá atravesar los muros de una prisión!

Sólo se trataba de razonamientos, a fin de cuentas aceptables, que cada cual hacía para sus adentros; no obstante, no por ello la situación resultaba menos inquietante ni la seguridad pública se veía menos comprometida. Vivíamos sumidos en la congoja; uno no podía sentirse seguro ni en su casa ni por la calle, tanto de día como de noche. El menor ruido en las habitaciones, un suelo que cruje, una persiana agitada por el viento, el gemido de la veleta en el tejado, el zumbido de un insecto en el oído, el soplo de la brisa a través de una puerta o una ventana mal cerradas, todo parecería sospechoso. Durante el ir y venir de la vida doméstica, a la mesa durante las comidas, en las veladas o por la noche durante el sueño, admitiendo que el sueño fuera posible, uno jamás podría tener la certeza de que no se hubiera colado ningún intruso que violase con su presencia la inviolabilidad del hogar, de que el tal Wilhelm Storitz, o cualquier otro, no se encontrase allí espionando sus movimientos, escuchando sus palabras, penetrando, en suma, los más íntimos secretos de familia.

Sin duda, era posible que aquel alemán hubiese abandonado Ragz y regresado a Spremberg. Y quién sabe si no se sentiría tentado de ceder aquel descubrimiento a su país, de depositar en manos alemanas el poder de verlo todo, de oírlo todo. Entonces, en las embajadas, en las cancillerías, en los consejos de ministros, ¡ya no habría secreto posible, la seguridad nacional dejaría de existir!

Con todo, si uno se paraba a reflexionar —tal fue la opinión del doctor y del capitán Haralan, y también la del gobernador y el jefe de policía—, ¿cabía admitir, al presente, que Wilhelm Storitz hubiera puesto punto final a sus deplorables ardidess... Si había podido celebrarse el matrimonio civil, ello se debía sin duda a que no le había sido posible evitarlo, tal vez porque aquel día no se encontraba en Ragz. Sin embargo, había conseguido interrumpir la celebración del matrimonio religioso, y en caso de que Myra recuperase la razón, ¿acaso no intentaría de nuevo impedirlo? ¿Se había apagado el odio que profesaba a la familia Roderich? ¿Estaba satisfecha su venganza? ¿Podíamos olvidar las amenazas que habían resonado en la catedral: «Que la desgracia caiga sobre los esposos... ¡Ay de ellos!»?

¡No!, todavía no se había dicho la última palabra en aquel asunto; no había más que ver los medios de que aquel hombre disponía para la realización de sus proyectos de venganza.

En efecto, por vigilado que estuviese día y noche el palacete Roderich, ¿no lograría introducirse en él? Y una vez dentro, ¿acaso no actuaría como le conviniese, libre de ocultarse en cualquier rincón y de colarse ya fuese en el dormitorio de Myra o en el de mi hermano? ¿Retrocedería ante la idea de cometer un crimen?

Ante tal estado de cosas, cabe suponer la obsesión que habitaba en todas las mentes, tanto en la de aquellos que se mantenían en el terreno de los hechos positivos como en la de quienes se abandonaban a las exageraciones de una imaginación supersticiosa.

Pero ¿existía, en definitiva, remedio para semejante situación?... Yo no veía ninguno, y la partida de Marc y de Myra no hubiera influido en nada. ¿Qué podía impedir a Wilhelm Storitz seguirlos con absoluta libertad? Y por lo demás, el estado en que Myra se encontraba, ¿le permitiría abandonar Ragz?

De hecho, no fue posible poner en duda la presencia de aquel individuo entre una población a la que deseaba desafiar y aterrorizar impunemente.

Esa misma noche, en el barrio de la casa consistorial —y resultó incluso visible desde la plaza de Liszt y el mercado de Coloman—, un potente resplandor apareció en la ventana más alta del campanil. Una antorcha encendida bajaba, subía, se agitaba como si algún incendiario tuviera intención de prender fuego al edificio municipal.

El jefe de policía y sus agentes salieron disparados de la jefatura y no tardaron en alcanzar el tejado del campanil...

La luz había desaparecido, y tal como se esperaba el señor Stepark, no

encontraron a nadie. La antorcha apagada yacía en el suelo, y de ella emanaba un olor a hollín; algunas chispas resinosas se deslizaban aún por el tejado, pero fue posible conjurar todo peligro de incendio.

Así pues, ¡no había nadie! O el tipo —pongamos Wilhelm Storitz— había tenido tiempo de huir, o se ocultaba en un rincón del campanil, invisible aunque no inasible.

La muchedumbre, apiñada ante la casa consistorial, se entregó a sus gritos de venganza: «¡A muerte!... ¡A muerte!», de los que se reía Wilhelm Storitz.

Al día siguiente, esta vez por la mañana, una nueva bravata arrojada a la ciudad entera, presa de la inquietud.

Acababan de dar las diez y media, cuando un siniestro tañido de campanas, un fúnebre toque de difuntos, resonó con claridad en una especie de rebato de terror.

Esta vez no podía tratarse de un hombre solo; nadie hubiera podido poner en movimiento, sin ayuda, el aparatoso conjunto de campanas de la catedral. Wilhelm Storitz debía de contar con la colaboración de varios cómplices o, cuando menos, de su sirviente, Hermann.

Los habitantes se dirigieron en nutrida multitud a la plaza de San Miguel; acudieron incluso de los barrios más alejados, donde aquel toque a rebato había sembrado el pánico.

De nuevo en esta ocasión el señor Stepark y sus agentes se precipitaron hacia la escalera de la torre norte, salvaron con rapidez los peldaños y llegaron al remate que ocupaban las campanas, completamente inundado de la luz que se colaba bajo los tejadillos.

Mas en vano exploraron aquel piso de la torre y la galería superior... ¡No había nadie! ¡Nadie!... Cuando los agentes entraron en aquel cuartito, donde las campanas, mudas, empezaban a cesar en su balanceo, los invisibles tañedores se habían esfumado.

CATORCE



Tal era en aquel momento el talante de Ragz, de ordinario tan tranquila, tan dichosa, hasta el punto de ser envidiada por otras ciudades magiares. No se me ocurre mejor parangón que equipararla a cualquier ciudad de un país invadido, que vive con el perpetuo temor al bombardeo, mientras cada cual se pregunta dónde caerá la primera bomba y si su casa será la primera destruida.

En efecto, ¿qué no cabía temer de Wilhelm Storitz?... No sólo no había salido de la ciudad, sino que quería que supiésemos que seguía allí.

En la mansión Roderich la situación era todavía más grave. Habían transcurrido dos días y la desventurada Myra seguía sin recuperar la razón. Sus labios sólo se abrían para proferir palabras incoherentes, y en nadie fijaba sus ojos extraviados. No nos oía, no reconocía ni a su madre ni a Marc, que no se movían de la cabecera de su cama, en aquel dormitorio de soltera antaño tan alegre y al presente tan triste. ¿Se trataba de un delirio pasajero, de una crisis sobre la que habrían de triunfar los cuidados que se le prodigaban?... ¿Era, por el contrario, una locura incurable?... ¿Quién habría podido decirlo?

Su debilidad era extrema, como si en su organismo se hubieran roto los resortes de la vida. Tendida en la cama, casi sin movimiento, sólo su mano se alzaba un momento para volver a caer de inmediato. Entonces nos preguntábamos si es que trataba de levantar el velo de inconsciencia que la envolvía... si su voluntad buscaba manifestarse una última vez... Marc se inclinaba sobre ella, le hablaba, intentaba captar una respuesta en sus labios, una señal en sus ojos... y nada... ¡Nada!

En cuanto a la señora Roderich, en ella la madre se había impuesto a la mujer. Una extraordinaria fortaleza moral la sostenía. Apenas concedía unas horas al reposo, porque su marido la obligaba a ello; y qué sueño, turbado por pesadillas, interrumpido al menor ruido... Creía oír pasos en su habitación, se decía que él estaba allí, que había entrado en la casa... ¡y que merodeaba en torno a su hija! Entonces se levantaba, y sólo recuperaba algo de tranquilidad

tras haber visto al doctor o a Marc velando a la cabecera de Myra... Si aquello se prolongaba semanas, o incluso meses, ¿podría resistirlo?

Todos los días, varios de los colegas del doctor Roderich acudían a pasar consulta. Uno de ellos, alienista de renombre, había sido llamado de Budapest. Examinada larga y minuciosamente la enferma, no pudo pronunciarse respecto de aquella inercia intelectual. No había reacción, ni crisis, antes bien una indiferencia hacia todas las cosas exteriores, una inconsciencia total, una tranquilidad de muerte que el arte era incapaz de superar.

Mi hermano había pasado a ocupar una de las habitaciones del anexo, aunque tal vez sería más preciso decir el dormitorio de Myra, del que no deseaba alejarse. Yo apenas abandonaba la mansión, si no era para dirigirme a la casa consistorial. El señor Stepark me tenía al corriente de cuanto se decía en Ragz. Por él sabía que la población era presa de las más vivas aprensiones. Ya no sólo se trataba de Wilhelm Storitz, sino que una banda de invisibles, formada por él, había invadido la ciudad, entregada sin defensa a sus infernales maquinaciones... Ah, si hubieran podido atrapar a uno de ellos, ¡lo habrían hecho trizas!

Desde los incidentes de la catedral ya no coincidía tanto con el capitán Haralan. Sólo lo veía en el palacete Roderich. Me constaba que, obsesionado con una idea fija, recorría sin cesar la ciudad, y ya no me pedía que lo acompañase. ¿Significaba eso que había tramado algún plan y temía que yo quisiera quitárselo de la cabeza?... ¿Contaba con que la más inverosímil de las casualidades le haría encontrar a Wilhelm Storitz? ¿Esperaba a que aquel malhechor fuera visto en Spremberg, o en otra parte, para ir en su busca?... Pero es que yo no habría intentado retenerlo, ¡al contrario!, le habría acompañado, ¡le habría ayudado a desembarazarnos de aquella bestia salvaje!

Semejante eventualidad ¿tenía alguna posibilidad de producirse? Seguramente no, ¡ni en Ragz ni en ningún otro sitio!

Durante la velada del 18 mantuve una larga conversación con mi hermano. Me pareció más agobiado que nunca, y temí que fuera a caer seriamente enfermo. Habría sido necesario arrastrarlo lejos de aquella ciudad, devolverlo a Francia, y ¿cómo iba a consentir en separarse de Myra?... Pero entonces, vamos a ver, ¿era imposible que la familia Roderich se alejase de Ragz durante algún tiempo? ¿Acaso no merecía la pena estudiar el asunto?... Pensé en ello y me prometí hablar al respecto al doctor.

En fin, aquel día, cuando nuestra conversación llegaba a su fin, dije a Marc: —Mi pobre hermano, te veo a punto de perder toda esperanza, y lo cierto es que te equivocas. La vida de Myra no corre peligro, en eso los médicos concuerdan. Si la ha abandonado la razón, es sólo momentáneamente, créeme... Recuperará la plena posesión de sus facultades y volverá a ser dueña de sí,

regresará a ti... a todos los suyos...

—Intentas que no me desespere —replicó Marc, con la voz ahogada por los sollozos—. Myra, mi pobre Myra, ¡recuperar la razón! ¡Dios te oiga! Sin embargo, ¿acaso no estará siempre a merced de ese monstruo? ¿Crees, pues, que su odio se habrá aplacado por lo que ha hecho hasta ahora? ¿Y si quiere llevar más allá su venganza, eh?, ¿y si es eso lo que quiere? Mira, Henry, tienes que comprenderme... ¡No sé qué decirte! Puede conseguir lo que quiera, y estamos indefensos contra él. ¡Puede lograrlo todo, todo!

—¡No, no! —exclamé, y debo confesarlo, respondía en contra de mis propios pensamientos—. No, Marc, no es imposible protegerse, escapar a sus amenazas...

—¿Y cómo? ¿Cómo? —prosiguió Marc, cada vez más acalorado—. No, Henry, no dices lo que piensas... ¡Hablas contra toda razón! No, estamos desarmados ante ese miserable... Se encuentra en Ragz... ¡En cualquier momento puede entrar en la casa sin ser visto!

La exaltación de Marc ya no me permitía responderle. Sólo se escuchaba a sí mismo.

—No, Henry —repitió—, intentas cegarte respecto de esta situación... ¡Te niegas a verla tal cual es! —Luego, cogiéndome las manos, agregó—: ¿Quién te dice que en este momento no se encuentra en la mansión? No me es posible ir de una habitación a otra, vagar por la galería, por el jardín, sin pensar que quizá me esté siguiendo. Tengo la sensación de que alguien camina detrás de mí... alguien que me evita, que retrocede cuando yo avanzo... y cuando intento agarrarlo, ya no encuentro nada, ¡nada!

Caminaba arriba y abajo, se lanzaba a perseguir a un ser invisible. Ya no sabía qué hacer para calmarlo. Lo mejor hubiera sido arrastrarlo fuera del palacete, llevarlo lejos, muy lejos.

—¿Quién sabe si no ha oído todo lo que acabamos de decir aun cuando nos creíamos solos? —prosiguió—. Escucha... Oigo pasos detrás de esa puerta... Está ahí... ¡Ven, vamos los dos! Lo atraparemos y podré golpearle. ¡Lo mataré! Sin embargo, ¿es posible que la muerte pueda hacer mella en ese monstruo?

Tal era el estado de mi hermano; ¿no tenía motivos para decirme que su razón sucumbiría en una de esas crisis?

Ah, ¿por qué tenía que haberse llevado a cabo el descubrimiento de la invisibilidad? Que el hombre tuviera en sus manos semejante arma... ¡Como si no estuviese ya suficientemente armado para obrar el mal!

En definitiva, yo volvía siempre a mi proyecto inicial: conseguir que la familia Roderich se decidiera a partir..., llevar lejos de aquella ciudad maldita a Myra, que había perdido la razón, a Marc, que amenazaba con perderla.

No obstante, aun cuando no se había producido ningún otro incidente desde que Wilhelm Storitz gritase, por así decirlo, desde lo alto del campanil: «¡Estoy aquí... Sigo aquí!», el espanto se había adueñado de toda la población. ¡No había una sola casa que no se sintiera hechizada por el invisible! ¡Y no estaba solo, tenía una banda a sus órdenes!... Ni siquiera las iglesias ofrecían un refugio donde poder cobijarse después de lo que había pasado en la catedral. Los periódicos trataban en vano de que la gente reaccionase; de hecho, ¿qué cabe hacer contra el terror?

He aquí un hecho que muestra a qué grado de enajenación habían llegado las mentes.

El 19 por la mañana salí del hotel Temesvar para ir a visitar al jefe de policía.

Una vez llegado a la calle del Príncipe Miloch, a doscientos pasos de la plaza de San Miguel, divisé al capitán Haralan, y tras haberme reunido con él, le dije:

—Voy a casa del señor Stepark. ¿Me acompaña, capitán?

Sin responder, de modo maquinal, tomó la misma dirección que yo, y nos acercábamos a la plaza de Liszt, cuando sonaron unos gritos de horror.

Un faetón, tirado por dos caballos, bajaba por la calle a excesiva velocidad. Los transeúntes se refugiaban a derecha e izquierda ante el riesgo de ser atropellados. Sin duda el conductor del carruaje había sido lanzado al suelo y los caballos, abandonados a su suerte, se habían desbocado.

Pues bien, aunque cueste creerlo, a algunos viandantes, no menos desatados que las caballerías, se les ocurrió la idea de que un ser invisible conducía aquel vehículo, que Wilhelm Storitz ocupaba el pescante, y hasta nosotros llegó el grito: «¡Él! ¡Él! ¡Es él!»

Apenas había tenido tiempo de volverme hacia el capitán Haralan, cuando éste ya no se encontraba a mi lado, y le vi precipitarse hacia el faetón a fin de detenerlo en el momento en que pasara por su lado.

La calle estaba muy frecuentada a aquella hora, y el nombre de Wilhelm Storitz resonaba por todas partes. Fue tal la excitación general que volaron piedras contra el vehículo, a las que se sumaron algunos disparos de revólver efectuados desde una tienda situada en la esquina de la calle del Príncipe Miloch.

Uno de los caballos, alcanzado por una bala en el muslo, cayó, y el carruaje, tras chocar contra el cuerpo del animal, volcó.

De inmediato la multitud se lanzó sobre el faetón, se aferraron a las ruedas, a la caja, a los varales... y veinte brazos se alzaron para agarrar a Wilhelm Storitz... ¡Nadie!

Así pues, había conseguido saltar del faetón antes de que volcase, pues

nadie ponía en duda que su intención era aterrorizar a la ciudad cruzándola al galope de aquel fantástico tiro.

Esta vez no se trataba de nada de eso, hubo que reconocerlo. Al cabo de unos momentos se presentó un campesino de la Puszta, cuyos caballos, detenidos al fin en el mercado de Coloman, se habían desbocado, ¡y cuál no sería su cólera cuando vio a uno de ellos tendido en el suelo!... Nadie quería escucharlo, y temí que el gentío fuese a maltratar a aquel pobre hombre, a quien nos costó cierto esfuerzo poner a salvo.

Cogí al capitán Haralan del brazo y, sin mediar palabra, me siguió hasta la casa consistorial.

El señor Stepark había sido ya informado de lo que acababa de ocurrir en la calle del Príncipe Miloch.

—La ciudad está enloquecida —me dijo—, ¡y quién sabe hasta dónde puede llegar su desvarío!

Entonces planteé mi pregunta habitual:

—¿Ha sabido algo nuevo?

—Sí —respondió el señor Stepark, al tiempo que me tendía un ejemplar del *Wiener Extrablatt*.

—¿Y qué dice ese periódico?

—Señala la presencia de Wilhelm Storitz en Spremberg.

—¿En Spremberg? —exclamó el capitán Haralan.

Tras leer rápidamente el artículo se volvió hacia mí.

—¡Partamos! —dijo—. Tengo su promesa. Esta misma noche estaremos en Spremberg.

Yo no sabía muy bien qué responder, pues tenía la convicción de que aquel viaje resultaría inútil.

—Aguarde, capitán —intervino el señor Stepark—. He solicitado a Spremberg la confirmación de esa noticia, y puede llegar un telegrama de un momento a otro.

Aún no habrían transcurrido tres minutos, cuando el ordenanza entregó un despacho al jefe de policía.

La noticia publicada por el periódico carecía de todo fundamento. No sólo no se había comprobado la presencia de Wilhelm Storitz en Spremberg, sino que creían que no había salido de Ragz.

—Mi querido Haralan, se lo he prometido y mantendré mi promesa —declaré—. Sin embargo, en este momento su familia necesita que permanezcamos cerca de ella.

El capitán Haralan se despidió del señor Stepark, y yo regresé solo al hotel Temesvar.

Huelga decir que los periódicos de Ragz se apresuraron a ofrecer la verdadera explicación en lo relativo al incidente del faetón, mas no estoy seguro de que la misma convenciera a todo el mundo.

Transcurrieron dos días, durante los cuales no se produjo el menor cambio en el estado de Myra Roderich. En cuanto a mi hermano, me pareció algo más tranquilo. Por mi parte, aguardaba la ocasión propicia para hablar al doctor de un proyecto de viaje al que esperaba que se adhiriese.

La jornada del 21 de mayo fue menos apacible que las dos precedentes, y esta vez las autoridades sintieron toda su impotencia para retener a una multitud que había alcanzado tal grado de exaltación.

Hacia las once, mientras paseaba por el muelle Bathiany, llegaron a mis oídos estas palabras: «¡Ha vuelto! ¡Ha vuelto!»

A quién correspondía aquel «ha» era algo que se adivinaba, y las respuestas de los dos o tres viandantes a quienes me dirigí fueron:

—¡Acaban de ver cómo salía humo por la chimenea de su casa!

—¡Han visto su figura detrás de las cortinas del belvedere!

Ya fueran dignas de crédito o no tales habladurías, me dirigí hacia el bulevar de Teleki.

¿Qué significaba el hecho de que Wilhelm Storitz se hubiese mostrado con tanta imprudencia? No podía ignorar lo que le esperaba si lograban ponerle la mano encima... ¿Correr ese riesgo, cuando nada lo obligaba a ello, y dejarse ver en una de las ventanas de su casa?

Verdadera o falsa, la noticia había producido su efecto. Cuando llegué, varios centenares de personas rodeaban ya la casa por el lado del bulevar y por el camino de ronda. No tardaron en acudir destacamentos de policía a las órdenes del señor Stepark, los cuales no bastaron para contener a la multitud, y lograr que despejaran el bulevar. Desde todas partes llegaban masas de hombres y mujeres, sobreexcitados hasta lo indecible y profiriendo gritos de «¡Muerte!».

¿Qué podían las autoridades ante la convicción, irrazonable pero imposible de desarraigar, de que «él» se encontraba allí, tal vez con su criado, Hermann, o bien con sus cómplices?... El gentío componía un cerco tan apretado en torno a la casa maldita que ni uno solo de ellos lograría escabullirse sin ser aprehendido al pasar. Por otra parte, si Wilhelm Storitz había sido visto en las ventanas del belvedere, ello implicaba que era con su forma material; en consecuencia, antes de que pudiera volverse invisible lo atraparían, ¡y esta vez no escaparía a la venganza popular!

En pocas palabras, pese a la resistencia que oponían los agentes, pese a los esfuerzos del jefe de policía, forzaron la verja e invadieron la casa; las puertas fueron derribadas, las ventanas arrancadas, arrojaron los muebles al jardín y al

patio e hicieron pedazos los aparatos del laboratorio; luego, las llamas devoraron el piso superior, se arremolinaron por encima del tejado, y el belvedere no tardó en venirse abajo y ser engullido por la hoguera.

En cuanto a Wilhelm Storitz, en vano lo buscaron por el interior de la vivienda, por el patio, por el jardín... No estaba allí, o al menos no fue posible dar con él, ni con ningún otro...

Al presente la casa iba reduciéndose a la nada en el seno de aquel incendio prendido por diez lugares diferentes; al cabo de una hora, sólo quedaban las cuatro paredes.

Quién sabe si no era mejor que hubiera sido destruida... si ello no resultaría en una relajación de los ánimos, si la población de Ragz no llegaría a creer que Wilhelm Storitz, por invisible que fuese, había perecido entre las llamas.

Con todo, el señor Stepark había conseguido salvar gran parte de los papeles que se encontraban en el estudio. Fueron llevados a la casa consistorial. Acaso al consultarlos se llegaría a descubrir el secreto, o los secretos, de Otto Storitz, de los que el hijo hacía tan malvado uso.



T ras la destrucción de la casa Storitz, me pareció que el estado de nerviosismo de Ragz se había relajado un tanto. En los corrillos de la ciudad se tranquilizaban unos a otros. A falta de haber podido echar el guante a aquel individuo, habían incendiado su vivienda, no sin lamentar que no hubiera ardido con ella. Y aun eso —como algunas buenas gentes dotadas de cierta capacidad imaginativa se obstinaban en creer—, ¿por qué no habría de encontrarse en casa en el momento en que ésta fue invadida por la multitud y por qué, aun siendo invisible, no iba a perecer entre las llamas?

Lo cierto es que al rebuscar entre los escombros, al remover las cenizas, no se encontró nada que pudiera justificar tal opinión. Si Wilhelm Storitz había asistido al incendio, era desde algún lugar adonde el fuego no podía alcanzarlo.

No obstante, nuevas cartas y otros despachos recibidos de Spremberg por el jefe de policía coincidían en este punto: que Wilhelm Storitz no había reaparecido en su ciudad natal, que a su criado, Hermann, tampoco lo habían visto, que ignoraban por completo dónde se habían refugiado ambos. Era posible, en definitiva, que no hubieran salido de Ragz.

Por desgracia, repito, si bien en la ciudad reinaba una relativa calma, no era ése el caso en la mansión Roderich. El estado mental de nuestra pobre Myra no mejoraba en modo alguno. Inconsciente de sus actos, indiferente a los cuidados con que no cesaban de colmarla, no reconocía a nadie. Por eso los médicos no se atrevían a albergar la menor esperanza. Por lo demás, no se produjo la mínima crisis, ni un ataque, que hubiesen podido combatir a fin de provocar una reacción probablemente salutífera...

Pese a todo, la vida de Myra no parecía amenazada, aun cuando siguiera mostrando una extrema debilidad. Permanecía tendida en el lecho, casi sin moverse, pálida como una muerta. Si trataban de levantarla, los sollozos se agolpaban en su pecho, el terror asomaba a sus ojos, retorció los brazos y frases deshilvanadas escapaban de sus labios. ¿Era que en tales momentos recuperaba

la memoria? ¿Rememoraba, entre los velos de su mente, las escenas de la fiesta de esponsales, las escenas de la catedral? ¿Oía las amenazas proferidas contra ella y contra Marc?... Después de todo, tal vez era deseable que así fuera y que, cuando menos, su inteligencia hubiera conservado el recuerdo del pasado. Sólo nos cabía confiar en el paso del tiempo, pero ¿obraría el tiempo el efecto que los cuidados no habían podido producir hasta el momento?

¡Tal era la existencia que llevaba al presente aquella desdichada familia! Mi hermano ya no salía nunca de la casa. Permanecía cerca de Myra, en compañía del doctor o de la señora Roderich, la hacía ingerir con su propia mano algo de alimento, acechaba por si en su mirada reaparecía un leve resplandor de razón...

Me hubiera gustado conseguir que Marc consintiera en salir siquiera una hora, pero habría tropezado con una negativa. Así pues, sólo lo veía durante mis visitas a la mansión Roderich, y lo mismo ocurría en relación con el capitán Haralan.

A primera hora de la tarde del 22, vagaba solo a través de las calles de la ciudad, al azar... ¿y acaso no era sólo del azar de donde cabía esperar un cambio cualquiera en aquella situación?

Se me ocurrió entonces la idea de pasar a la orilla derecha del Danubio, una excursión proyectada que las circunstancias no me habían permitido todavía realizar y de la que, por lo demás, tampoco sacaría gran provecho, dado el estado de ánimo que me embargaba. Me dirigí, pues, hacia el puente, atravesé la isla de Svendor y puse pie en la ribera serbia.

Ante mis ojos se extendía una magnífica campiña, cultivos y pastos de espléndido verdor en aquella época del año. Existen razones para observar puntos de semejanza entre las poblaciones rurales de Serbia y de Hungría. La misma apostura, idéntica actitud; los hombres, de mirada un tanto dura y paso militar; las mujeres, de soberbia prestancia. Ahora bien, se trata de un país cuyas pasiones políticas son todavía más vivas que en el reino magiar, tanto entre los campesinos como en la ciudad. Serbia se considera la antesala de Oriente, cuya puerta la constituye Belgrado, la ciudad administrativa. Si bien se halla bajo dependencia nominal de Turquía, a la que paga un tributo anual equivalente a trescientos mil francos, no por ello deja de ser la aglomeración cristiana más considerable del Imperio otomano. De esta raza serbia, tan notablemente dotada de aptitudes militares, un escritor francés dijo con toda justicia: «Si existe un país del que se pueda hacer brotar batallones golpeando el suelo con el pie, es sin duda esta provincia patriota y guerrera. El serbio nace soldado, vive soldado y muere soldado y como un soldado. Por lo demás, ¿no es acaso hacia Belgrado, su capital, hacia donde tienden todas las aspiraciones de la raza eslava? Y si un día esa raza se levanta contra la raza germánica, si estalla la revolución, será la

mano de un serbio la que enarbole la bandera de la independencia.»

Tales cosas me vinieron a la mente mientras seguía la margen del río, dejando a la izquierda las vastas planicies en que una lamentable tala ha convertido los bosques, a despecho del proverbio nacional: «¡Quien mata un árbol, mata a un serbio!»

Me perseguía asimismo el recuerdo de Wilhelm Storitz. Me preguntaba si no se habría refugiado en una de las villas que se veían por la campiña, si no habría recuperado allí su forma visible. ¡Claro que no! Su historia era tan conocida a este lado del Danubio como al otro, y si la policía serbia los hubiera visto, a él y a su sirviente, Hermann, no habría vacilado en detenerlos y entregarlos a la policía húngara.

Hacia las seis regresé al puente, cuya primera parte franqué para bajar por la gran avenida central de la isla de Svendorf.

Apenas habría dado una docena de pasos, cuando divisé al señor Stepark. Estaba solo y vino a mi encuentro, y la conversación se centró de inmediato en el tema que nos preocupaba a ambos.

No sabía nada nuevo, y estuvimos de acuerdo en que la ciudad empezaba a recuperarse de su desvarío de los últimos días.

Sin dejar de charlar, nuestro paseo se prolongaba ya cerca de tres cuartos de hora, y habíamos alcanzado la punta septentrional de la isla. Empezaba a caer la tarde y las sombras se espesaban bajo los árboles; las avenidas estaban casi desiertas y los chalets comenzaban a cerrar puertas y ventanas para pasar la noche; ya no nos cruzamos con nadie.

Había llegado el momento de regresar a Ragz, y nos disponíamos a encaminarnos hacia el puente, cuando unas palabras llegaron a nuestros oídos.

Me paré en seco y detuve al señor Stepark cogiéndolo por el brazo; luego, inclinándome de tal manera que sólo él pudiera oírme, le dije:

—Escuche... están hablando, y esa voz... es la de Wilhelm Storitz.

—¿Wilhelm Storitz? —repitió el jefe de policía en el mismo tono.

—En efecto, señor Stepark.

—Si se trata de él, no nos ha visto, ¡y es preciso que no nos vea!

—No está solo.

—No... sin duda está con su criado.

El señor Stepark me arrastró a lo largo del macizo, deslizándonos a ras del suelo.

Por otra parte, la oscuridad nos protegía y podíamos escuchar sin ser vistos.

No tardamos en ocultarnos en un claro del macizo, a unos diez pasos del lugar en que debía de encontrarse Wilhelm Storitz; y el hecho de que no viéramos a nadie demostraba que su sirviente y él eran invisibles.

De modo que estaba en Ragz, y con Hermann, pues pronto tuvimos la certeza.

Nunca hasta el momento se nos había ofrecido semejante ocasión de sorprenderlo, tal vez de conocer lo que planeaba, de saber dónde residía desde el incendio de su casa, quizá, en definitiva, de atraparlo...

Sin la menor duda, no podía suponer que estuviéramos allí y pudiésemos oírle. Medio tumbados entre las ramas, casi sin atrevernos a respirar, escuchábamos con indecible emoción las palabras que intercambiaban, más o menos distinguibles según amo y criado se alejaran o se acercasen en su paseo a lo largo del macizo.

Y ésta fue la primera frase que nos llegó, frase pronunciada por Wilhelm Storitz:

—¿Podremos entrar mañana mismo?

—Mañana —respondió Hermann—, y nadie sabrá que estamos allí.

Huelga decir que ambos se expresaban en alemán, lengua que tanto el señor Stepark como yo entendíamos.

—¿Cuánto hace que volviste a Ragz?

—Esta mañana. Habíamos acordado que se encontraría usted en este lugar de la isla de Svendor, y a esta hora, en que ya no hay nadie...

—¿Has traído el licor?

—Sí... dos ampollas que he encerrado bajo llave en la casa.

—Y esa casa ¿está alquilada?

—A mi nombre.

—Y me aseguras, Hermann, que podemos habitarla a plena luz del día, y que no somos conocidos en...

Para nuestra gran decepción, no pudimos oír el nombre de la ciudad que estaba a punto de pronunciar Wilhelm Storitz, porque las voces se habían alejado. Cuando de nuevo se aproximaron, Hermann estaba repitiendo:

—No, no hay nada que temer... la policía de Ragz no podrá descubrirnos con los nombres supuestos que he dado.

¿La policía de Ragz? Así pues, ¿era en una ciudad húngara donde se disponían a residir?

Luego el ruido de pasos se atenuó al alejarse, lo que permitió al señor Stepark decirme:

—¿Qué ciudad? ¿Qué nombres? Eso es lo que tendríamos que averiguar.

—Y también por qué han regresado los dos a Ragz —añadí. El hecho me parecía especialmente inquietante para la familia Roderich.

Y precisamente, cuando se acercaron pudimos oír lo siguiente:

—No, no pienso abandonar Ragz —decía Wilhelm Storitz con una voz que

dejaba traslucir toda su rabia— hasta que mi odio contra esa familia se haya saciado... hasta que Myra y ese francés...

No acabó la frase, ¡o más bien fue una especie de rugido lo que escapó de su garganta! En aquel momento se encontraba cerca de nosotros, y quizá habría bastado con extender la mano para poder agarrarlo... Sin embargo, en ese instante unas palabras de Hermann atrajeron nuestra atención.

—Ahora saben en Ragz que tiene usted el poder de volverse invisible, si bien ignoran por qué medios...

—Y eso no lo sabrán jamás... ¡Jamás! —respondió Wilhelm Storitz—. En cuanto a Ragz, ¡todavía no he acabado con ella! Después de esa familia, ¡la ciudad! Ah, por el hecho de haber incendiado mi casa creen haber quemado también mis secretos... ¡Los muy locos! ¡No! Ragz no logrará evitar mi venganza, ¡y no dejaré piedra sobre piedra!

Apenas concluida aquella frase tan amenazadora para la ciudad, las ramas del macizo fueron apartadas violentamente. El señor Stepark acababa de lanzarse en la dirección de las voces, a tres pasos de nosotros. Y en efecto, mientras yo salía de mi escondite, gritó:

—¡Ya tengo a uno, señor Vidal! ¡Coja usted al otro!

Sin la menor duda, sus manos habían aferrado un cuerpo absolutamente tangible, aunque no visible... Pero fue rechazado con tan extrema violencia que habría caído al suelo si yo no lo hubiese sujetado por el brazo.

Entonces creí que se disponían a atacarnos en condiciones harto desfavorables, dado que no podíamos ver a nuestros agresores. No obstante, no ocurrió nada de eso. Procedente de la izquierda, sonó una risa burlona, junto con ruido de pasos que se alejaban.

—¡Hemos fallado el golpe! —exclamó el jefe de policía—, pero al menos sabemos que, aun cuando no los veamos, ¡podemos echarles la mano al cuello!

Por desdicha, se nos habían escapado, y no conocíamos el lugar en que se ocultaban. Lo que sí sabíamos era que tanto la familia Roderich como la ciudad de Ragz ¡seguían a merced de aquel malhechor!

El señor Stepark y yo desanduvimos camino por la isla de Svendor y, tras haber cruzado el puente, nos separamos en el muelle Bathiany.

Esa misma noche, antes de las nueve, me encontraba en el palacete, a solas con el doctor, mientras la señora Roderich y Marc velaban a la cabecera de Myra. Resultaba prioritario que el doctor fuese puesto al corriente de inmediato de lo que acababa de ocurrir en la isla de Svendor e informado de la presencia de Wilhelm Storitz en Ragz.

Se lo conté todo, y comprendió que ante las amenazas de aquel hombre, ante su voluntad de proseguir su obra vengadora contra la familia Roderich, se

imponía la necesidad de abandonar Ragz. Era preciso partir, partir en secreto, ¡y mejor aquel mismo día que al siguiente!

—Mi única pregunta es ésta —dije—: ¿está la señorita Myra en condiciones de soportar las fatigas de un viaje?

El doctor había bajado la cabeza, y tras un prolongado silencio reflexivo, me dio esta respuesta:

—La salud de mi hija no se ha visto alterada... No sufre... sólo su razón está afectada, pero espero que con el tiempo...

—Con la tranquilidad, sobre todo —apunté—, y dónde encontrarla con mayor seguridad sino en otro país, donde ya no tendrá nada que temer, donde se hallará rodeada por los suyos, por Marc, su marido... pues están unidos por un lazo que nada puede romper.

—¿Nada, señor Vidal? Nuestra partida ¿logrará conjurar el peligro? ¿No podrá seguirnos Wilhelm Storitz?

—No... si guardamos el secreto en lo referente a la fecha de la marcha y al viaje en sí.

—Secreto —murmuró el doctor Roderich.

Y esa sola palabra indicaba que, al igual que había hecho mi hermano, se preguntaba si cabía guardar secreto alguno en lo tocante a Wilhelm Storitz, si no se encontraría en aquel mismo momento en el gabinete, oyendo lo que decíamos y preparando alguna nueva maquinación para impedir aquel viaje.

En resumidas cuentas, nuestra marcha quedó decidida. La señora Roderich no puso la menor objeción. Ardía en deseos de llevar a Myra a otro lugar... ¡lejos de Ragz!

En cuanto a Marc, no tuvo un instante de vacilación. En cualquier caso, no le hablé de nuestro encuentro con Wilhelm Storitz y Hermann en la isla de Svendor. Me parecía inútil. Me contenté con contárselo todo al capitán Haralan tan pronto como estuvo de vuelta en casa.

—¡Está en Ragz! —exclamó.

En lo referente al viaje, tampoco tuvo objeción que oponer, antes bien lo aprobaba; al momento añadió:

—Acompañará usted sin duda a su hermano...

—¿Qué otra cosa puedo hacer? ¿Acaso mi presencia a su lado no resulta tan indispensable como la suya junto a...?

—Yo no pienso irme —replicó en el tono de quien ha tomado una decisión absolutamente irrevocable.

—¿No se irá?

—No. Quiero... debo quedarme en Ragz, puesto que él está aquí. ¡Y tengo el presentimiento de que hago bien en quedarme!

No tenía sentido discutir acerca de un presentimiento, y no lo hice.

—Como quiera, capitán.

—Cuento con usted, mi querido Vidal, para que me sustituya al lado de mi familia, que ya es la suya...

—Pierda usted cuidado.

Al día siguiente me dirigí a la estación, donde reservé un compartimiento para el tren de las 20.57, un expreso que durante la noche sólo se detendría en Budapest y llegaría por la mañana a Viena. Allí tomaríamos el Orient Express, en el que hice reservar otro compartimiento por telegrama.

Luego fui a visitar al señor Stepark, a quien hice partícipe de nuestros proyectos.

—Hacen ustedes bien —me dijo—, y es lamentable que la ciudad entera no pueda hacer otro tanto.

El jefe de policía estaba visiblemente inquieto, y no sin motivo, después de lo que habíamos oído el día anterior.

Hacia las siete estaba de regreso en la mansión Roderich, y me aseguré de que todos los preparativos para la marcha hubieran concluido.

A las ocho nos aguardaba un landó cerrado, en el que se acomodaron el señor y la señora Roderich, junto con Marc y Myra, que seguía en idéntico estado de inconsciencia. Al capitán Haralan y a mí nos conduciría a la estación otro carruaje, con el fin de no atraer en absoluto la atención.

Cuando el doctor y mi hermano entraron en el dormitorio de Myra para llevarla al landó, ¡Myra había desaparecido!



¡Myra desaparecida!

Cuando el grito resonó en el palacete, al principio pareció que nadie entendía su significado. ¿Desaparecida?... No tenía sentido, era inverosímil...

Media hora antes la señora Roderich y Marc se encontraban todavía en la habitación donde Myra descansaba en su lecho, ya vestida con sus ropas de viaje, tranquila, la respiración regular, lo cual hacía pensar que dormía. Poco antes Marc le había hecho ingerir algo de alimento.

Acabada la cena, el doctor y mi hermano habían vuelto a subir a fin de llevarla al landó. Descubrieron que ya no estaba en su cama, que el dormitorio se hallaba vacío...

—¡Myra! —gritó Marc, precipitándose hacia la ventana.

La ventana estaba cerrada, y también la puerta.

De inmediato acudió la señora Roderich, y luego el capitán Haralan.

Entonces su nombre resonó por toda la casa.

—¿Myra?... ¿Myra?...

Que Myra no respondiera resulta comprensible, y no era una respuesta lo que se esperaba de ella. Pero ¿cómo explicar que no se encontrase en su cuarto? ¿Era posible que hubiera saltado de la cama, que hubiese atravesado el dormitorio de su madre y bajase la escalera sin que nadie la viese?

Yo estaba ocupado arreglando el reducido equipaje en el landó cuando sonaron los gritos, y corrí al primer piso.

Mi hermano caminaba arriba y abajo como un demente, repitiendo con voz rota:

—Myra... ¡Myra!

—¿Myra? —repetí—. ¿Qué estás diciendo... qué es lo que quieres, Marc?

El doctor tuvo apenas la energía suficiente para responder:

—Mi hija... ¡Desaparecida!

Hubo que tender en su lecho a la señora Roderich, que había perdido el

conocimiento.

El capitán Haralan, con el rostro convulso y la mirada extraviada, vino hacia mí y me dijo:

—Él... ¡De nuevo él!

Con todo, traté de reflexionar. Yo no me había movido de la puerta de la galería, ante la cual estaba estacionado el landó; ¿cómo habría podido Myra cruzar esa puerta para ganar la del jardín sin que yo la viese? Wilhelm Storitz, en estado de invisibilidad, de acuerdo, pero ¿ella?...

Bajé de nuevo a la galería y llamé a los criados. La puerta del jardín, que daba al bulevar de Teleki, fue cerrada con dos vueltas de llave, que luego guardé. Acto seguido recorrí la casa entera, del desván a los sótanos, pasando por los anexos y la torre, terraza incluida, y no dejé ni un solo rincón por explorar. Después le tocó el turno al jardín...

Nadie, ¡nadie!

Regresé junto a Marc. Mi pobre hermano lloraba a lágrima viva, los sollozos lo ahogaban.

Ahora lo urgente era avisar al jefe de policía con objeto de que pusiera a sus agentes en acción.

—Voy a la casa consistorial... ¡Acompañeme! —dije al capitán Haralan.

Bajamos a la planta baja. El landó aguardaba, y saltamos a su interior. En cuanto se abrió la inmensa puerta de la verja para darnos paso, el carruaje partió a pleno galope de sus caballerías y en pocos minutos llegó a la plaza de Liszt.

El señor Stepark se encontraba todavía en su gabinete, y lo puse al corriente.

Aquel hombre, acostumbrado a que nada lo sorprendiera, no pudo contenerse.

—¡La señorita Roderich desaparecida! —exclamó.

—En efecto —repuse—. Parece imposible pero es así. ¡Ha sido raptada por Wilhelm Storitz!... Se ha colado en la mansión, en estado de invisibilidad, y ha salido de ella igualmente invisible, hasta ahí de acuerdo. Pero ¿y ella? ¡Ella no lo era!

—¿Y cómo puede saberlo? —dijo el jefe de policía.

Aquella respuesta, que escapaba del señor Stepark como si en su mente se hubiera obrado una revelación, ¿no era acaso la única lógica, la única verdadera? ¿No tenía Wilhelm Storitz el poder de volver a la gente invisible como lo era él?... ¿No habíamos creído en todo momento en la invisibilidad de su criado, Hermann, tanto como en la suya?

—Señores —añadió el señor Stepark—, ¿quieren regresar conmigo al palacete?

—Al instante —respondí.

—Enseguida estoy con ustedes, señores... apenas el tiempo necesario para dictar algunas órdenes.

El jefe de policía hizo llamar a un cabo y le ordenó que se dirigiese a la mansión Roderich con una brigada de policía. Se quedarían allí de vigilancia toda la noche. Después, el landó nos llevó a los tres a casa del doctor.

De nuevo se llevó a cabo el más minucioso registro tanto en el interior como en el exterior, el cual no condujo a nada, ¡no podía hacerlo! Sin embargo, apenas entrar en el dormitorio de Myra, el señor Stepark hizo esta observación:

—Señor Vidal, ¿no percibe un olor particular, un olor que ya en una ocasión anterior afectó a nuestro olfato en alguna parte?

En efecto, subsistía en el aire un vago olor. De pronto el recuerdo acudió a mi mente y exclamé:

—El olor del licor que contenía la ampolla que se rompió en el momento en que usted se disponía a cogerla, señor Stepark, en el laboratorio.

—Sí, señor Vidal, y ese licor es el que provoca la invisibilidad; por consiguiente, ¡Wilhelm Storitz ha vuelto invisible a la señorita Roderich y se la ha llevado en el mismo estado de invisibilidad en que él se encontraba!

Nos sentimos aterrados. Las cosas debían haber ocurrido así, y ya no me cupo la menor duda respecto de que Wilhelm Storitz se encontraba en su laboratorio durante el registro y rompió aquella ampolla, cuyo licor se había evaporado con suma presteza, antes de permitir que llegara a nuestro poder.

¡Sí, se trataba a todas luces del mismo olor desconocido, cuyo vestigio reencontrábamos ahora!... ¡Era cierto, Wilhelm Storitz había entrado en aquella habitación y se había llevado a Myra Roderich!

¡Qué noche, yo acompañando a mi hermano, el doctor junto a la señora Roderich, y con cuánta impaciencia aguardábamos el día!

¿El día?... ¿Y de qué nos serviría que se hiciese de día? ¿Es que existía la luz para Wilhelm Storitz? ¿Acaso le devolvía la visibilidad? ¿Acaso no sabía rodearse de una noche impenetrable?

El señor Stepark no se separó de nosotros hasta primera hora de la mañana, momento en que se dirigió a la residencia. Algo después, hacia las ocho, el gobernador se presentó para asegurar al doctor que se haría lo imposible por encontrar a su hija.

¿Y qué estaba en su mano hacer?

En cualquier caso, desde el comienzo del día la noticia del rapto había corrido por los diversos barrios de Ragz, y renunció a describir el efecto que produjo.

Hacia las diez, el teniente Armgard se reunió con nosotros en el palacete y

se puso a disposición de su camarada... ¿Para hacer qué, por el amor de Dios? Sea como fuere, si el capitán Haralan tenía intención de reemprender sus pesquisas, al menos ya no estaría solo.

Y tal era sin duda su plan, pues tan pronto como vio al teniente, le dijo esta única palabra:

—Vamos.

En el momento en que ambos salían, me acometió el irresistible deseo de acompañarlos.

Hablé de ello a Marc... Si me comprendió o no, lo ignoro, dado el estado de postración en que se encontraba. Salí, pues. Los dos oficiales estaban ya en el muelle. Los viandantes, asustados, miraban la mansión con una mezcla de pasmo y horror. ¿No era acaso de allí de donde procedía aquella tormenta de terror que estaba conmocionando la ciudad?

A mi llegada, el capitán Haralan me miró, aunque quizá sin ser consciente de mi presencia.

—¿Viene usted con nosotros, señor Vidal? —me dijo el teniente Armgard.

—Así es, ¿y se dirigen a...?

Mi pregunta quedó sin respuesta. ¿Adonde íbamos?... Pues a donde dictase el azar. ¿No era éste el guía más seguro en pos del cual encaminarnos?

Avanzamos con paso inseguro, sin intercambiar palabra.

Tras haber atravesado la plaza Magiar y subido por la calle del Príncipe Miloch, dimos la vuelta a la plaza de San Miguel bajo las arcadas. De vez en cuando el capitán Haralan se detenía cual si le hubieran clavado los pies en el suelo. Luego recuperaba su marcha indecisa.

Contemplé la catedral, al fondo de la plaza, las puertas cerradas, las campanas mudas, siniestra en medio de aquel abandono y que todavía no había sido reintegrada al culto de los fieles.

Después de doblar a la izquierda, pasamos por detrás del ábside y, tras una breve vacilación, el capitán Haralan tomó por la calle de Bihar.

El barrio aristocrático de Ragz se hallaba como muerto, apenas algunos viandantes apresurados y la mayor parte de los palacetes con las ventanas cerradas, como en un día de luto nacional.

Al extremo de la calle, en toda su extensión, el bulevar de Teleki se encontraba desierto, o más bien abandonado. Ya nadie pasaba por allí desde el incendio de la casa Storitz.

¿Qué dirección iría a tomar el capitán Haralan, hacia la parte alta de la ciudad, por la zona del castillo, o hacia el muelle Bathiany, del lado del Danubio?

De pronto, un grito escapó de su boca.

—¡Allí... allí! —repetía, con la mirada encendida y la mano tendida hacia las ruinas, que todavía humeaban.

El capitán Haralan se había parado en seco, con los ojos llenos de odio. Aquellas ruinas parecían ejercer sobre él una irresistible atracción, y salió disparado hacia la verja medio derribada.

Momentos después, los tres nos encontrábamos en medio del patio.

Sólo subsistían lienzos de pared ennegrecidos por las llamas, al pie de los cuales yacían trozos de la armadura carbonizados, hierros retorcidos, montones de cenizas coronadas por ligeras fumarolas, restos de mobiliario y, en la punta del gablete de la derecha, el vástago de la veleta, en el que se recortaban estas iniciales: W. S.

El capitán Haralan, inmóvil, contemplaba aquel montón de cosas destruidas. ¡Ah, que no hubieran podido quemar a aquel maldito alemán como habían quemado su casa, y con él el secreto de su espantoso descubrimiento! ¡Qué desgracia, la más terrible de todas, habría podido ahorrarse la familia Roderich!

El teniente Armgard intentó arrastrar a su camarada, cuyo estado de sobreexcitación le horrorizaba.

—Vámonos —le dijo.

—¡No! —exclamó el capitán Haralan, que ya no se encontraba en condiciones de escucharle—. ¡No, quiero rebuscar entre esas ruinas! ...Tengo la sensación de que ese hombre está ahí... ¡y que mi hermana está con él! No podemos verlo pero está ahí... Escuchen... alguien camina por el jardín... ¡Es él, es él!

El capitán Haralan aguzaba el oído, y nos indicaba por señas que no nos moviésemos.

Tal vez se trataba de una alucinación, pero también yo creí oír pasos sobre la arena.

En aquel momento, tras rechazar al teniente, que trataba de arrastrarlo, el capitán Haralan se precipitó en medio de las ruinas, con los pies hundidos en las cenizas y los escombros, y se detuvo en el lugar donde antes estuviera el laboratorio de la planta baja, contiguo al patio. Y gritaba:

—¡Myra! ¡Myra!

Y fue como si un eco repitiera ese nombre.

Miré al teniente Armgard, en el mismo instante en que él se volvía a mirarme, inquisitivo.

Entonces, el capitán Haralan atravesó las ruinas hasta llegar al jardín, bajó los escalones de un brinco y cayó sobre la alta hierba del césped, que colgaba lacia.

Nos disponíamos a seguirle, cuando hizo unos movimientos como si hubiera chocado con un obstáculo material... Avanzaba, retrocedía, abría los brazos y volvía a cerrarlos, se inclinaba, se erguía de nuevo, como un luchador que acaba de agarrar a su adversario y lo sostiene en vilo.

—¡Lo tengo! —gritó.

El teniente Armgard y yo nos precipitamos hacia él, y pude oír su entrecortado jadeo.

—¡Lo tengo, tengo a ese miserable! —repetía—. ¡A mí, Vidal! ¡A mí, Armgard!

De repente me sentí rechazado por un brazo que no conseguía ver, mientras una ruidosa respiración me daba en plena cara.

¡No! ¡Sí!... ¡Se trataba sin la menor duda de una lucha cuerpo a cuerpo! Allí estaba el ser invisible, Wilhelm Storitz o cualquier otro. Quienquiera que fuese, lo teníamos, no pensábamos soltarlo; ¡sabríamos obligarle a decirnos dónde estaba Myra!

Así pues, como siempre había supuesto, si bien tenía el poder de anular su visibilidad, ¡al menos su materialidad subsistía! No se trataba de un fantasma, sino de un cuerpo cuyos movimientos intentábamos impedir a costa de cierto esfuerzo. Y Wilhelm Storitz estaba solo, pues si otros seres invisibles se hubieran encontrado en el jardín donde él se había dejado atrapar, ya se habrían arrojado sobre nosotros. Sí... estaba solo, pero ¿por qué no había huido al oírnos llegar? ¿Había sido bruscamente sorprendido y agarrado por el capitán Haralan?... ¡Sí, debía de ser eso!

Al presente, los movimientos de nuestro invisible adversario habían cesado. Yo lo sujetaba por un brazo y el teniente Armgard por el otro.

—¿Dónde está Myra? ¿Dónde está Myra? —le gritaba el capitán Haralan.

En lugar de responder, trataba de liberarse, y fui consciente de que teníamos que habérmolas con un ser muy vigoroso, que se debatía violentamente con el fin de escapar de nosotros, y si lo lograba, echaría a correr por el jardín, a través de las ruinas, llegaría al bulevar, y entonces habría que renunciar por siempre jamás a la esperanza de capturarlo.

—¿Vas a decirnos dónde está Myra? —repetía el capitán Haralan.

Entonces sonaron estas palabras:

—¡Nunca! ¡Nunca!

¡Sin la menor duda, se trataba de Wilhelm Storitz! ¡Aquélla era su voz!

La lucha en que estábamos enzarzados no podía durar. Aunque éramos tres contra uno, nuestras fuerzas empezaban a agotarse. En ese momento, el teniente Armgard fue empujado con violencia y cayó sobre el césped; el brazo que yo sujetaba se me escapó. Y he aquí que, antes de que el teniente Armgard hubiera

conseguido levantarse, su sable fue bruscamente extraído de la vaina, y la mano que lo blandió no era otra que la de Wilhelm Storitz... Sí, en un arrebato de cólera, ya no buscaba liberarse, ¡sino matar al capitán Haralan! Este esgrimió su sable y ambos se encontraron frente a frente como en un duelo, ¡uno a quien podíamos ver y otro invisible!

Nos resultaba imposible intervenir en aquel extraño combate, absolutamente desventajoso para el capitán Haralan, puesto que, si bien podía parar los golpes que le iban dirigidos, a duras penas le era posible devolverlos. En consecuencia, sólo intentaba atacar, alcanzar a su adversario sin tratar de defenderse, y los dos sables no cesaban de trabarse, uno empuñado por una mano visible, el otro por una mano que no podíamos ver.

Era evidente que Wilhelm Storitz conocía el manejo de aquella arma, y de un sablazo rápidamente devuelto el capitán Haralan resultó herido en el hombro. Pero su arma había arremetido hacia adelante... Se oyó un grito de dolor, y un cuerpo cayó sobre las altas matas de césped.

Wilhelm Storitz había sido alcanzado probablemente en pleno pecho. De la herida brotó un chorro de sangre y, con la vida que se escapaba, aquel cuerpo empezó a recuperar poco a poco su forma material, a reaparecer con las violentas convulsiones de la muerte.

El capitán Haralan se arrojó sobre Wilhelm Storitz y, una vez más, gritó:

—¡Myra... mi hermana! ¿Dónde está Myra?

Allí ya no había sino un cadáver, el rostro convulso, los ojos abiertos y la mirada todavía amenazadora... ¡El cadáver visible del extraño personaje que había sido Wilhelm Storitz!



Tal fue el trágico fin de Wilhelm Storitz. No obstante, si bien la familia Roderich ya no tenía nada que temer de él, ¿no se había agravado la situación con su muerte?

Lo más urgente era avisar al jefe de policía, a fin de que tomara las medidas necesarias, y esto fue lo que decidimos:

El capitán Haralan —su herida no revestía importancia— iría a la mansión Roderich y advertiría a su padre.

Yo me dirigiría a toda prisa a la casa consistorial, donde pondría al señor Stepark al corriente de lo sucedido.

El teniente Armgard se quedaría en el jardín junto al cadáver.

Nos separamos y, mientras el capitán Haralan bajaba por el bulevar de Teleki, yo me encaminé a paso vivo hacia la casa consistorial, remontando la calle de Bihar.

El jefe de policía me recibió de inmediato, y cuando le hube referido aquel inverosímil duelo, me dijo, no sin poner de manifiesto el mismo grado de sorpresa que de duda:

—Así pues, ¿Wilhelm Storitz está muerto?

—En efecto, de un sablazo que el capitán Haralan le ha asestado en pleno pecho.

—¿Muerto, lo que se dice muerto?

—Venga conmigo, señor Stepark, y lo verá con sus propios ojos...

—¿Lo veré?

Y ciertamente, el jefe de policía se preguntaba si yo estaba en mi sano juicio. Entonces añadí:

—La invisibilidad no ha persistido tras la muerte, y a medida que la sangre escapaba de su herida, el cuerpo de Wilhelm Storitz iba recuperando la forma humana.

—¿Usted lo ha visto?

—¡Como le estoy viendo a usted y como usted mismo podrá verlo!

—Vamos, pues —repuso el señor Stepark, tras haber dado orden al cabo de que lo siguiera con una docena de agentes.

Como he dicho antes, tras el incendio de la casa Storitz el bulevar de Teleki dejó de ser frecuentado. Nadie había pasado por allí desde que yo me había ido. Por lo tanto, la noticia no se había propagado, y Ragz ignoraba todavía que se había librado de tan funesto personaje. Tan pronto como el señor Stepark, sus agentes y yo hubimos franqueado la vega y atravesado las ruinas, el teniente Armgard apareció ante nuestros ojos.

El cadáver se hallaba tendido en la hierba con la rigidez de la muerte, un poco vuelto hacia el costado izquierdo, con la ropa empapada de sangre — algunas gotas rezumaban en el pecho—, y la tez descolorida; el brazo derecho sujetaba todavía el sable del teniente, y tenía el otro medio doblado... Un cadáver que ya estaba frío y a punto para la tumba.

Tras haberlo mirado largamente, el jefe de policía dijo:

—¡No hay duda, es él!

Sus agentes se habían acercado, no sin cierta aprensión, y también lo reconocieron. Y con el fin de sumar la certeza del tacto a la de la vista, el señor Stepark palpó aquel cadáver de la cabeza a los pies.

—¡Muerto... bien muerto! —aseveró. Luego, volviéndose hacia el teniente Armgard, añadió—: ¿No ha venido nadie?

—Nadie, señor Stepark.

—¿Y no ha oído nada por el jardín?, ¿ningún ruido de pasos?

—Ninguno.

Existían, pues, todos los motivos para creer que Wilhelm Storitz estaba solo en medio de las ruinas de su casa cuando lo habíamos sorprendido.

—¿Y ahora, señor Stepark? —preguntó el teniente Armgard.

—Haré que lleven este cuerpo a la casa consistorial.

—¿A la vista de todos? —intervine yo.

—A la vista de todos —respondió el jefe de policía—. Todo Ragz debe saber que Wilhelm Storitz ha muerto, ¡y sólo lo creerán cuando vean pasar su cadáver!

—Y cuando sea enterrado —añadió el teniente Armgard.

—¡Si es que lo enterramos! —dijo el señor Stepark.

—¿Si lo entierran? —repetí yo.

—En primer lugar, señor Vidal, es conveniente hacer la autopsia... ¿Quién sabe? Al examinar los órganos, al analizar la sangre del difunto, tal vez descubramos lo que por el momento ignoramos... la naturaleza de la sustancia que produce la invisibilidad.

—¡Un secreto que es preciso destruir! —exclamé.

—Luego, si quieren saber mi opinión —continuó el jefe de policía—, lo mejor será quemar el cadáver y esparcir las cenizas al viento, como hacían con los brujos en la Edad Media...

El señor Stepark envió a buscar una camilla y el teniente Armgard y yo nos despedimos para regresar al palacete Roderich.

El capitán Haralan se encontraba junto a su padre, a quien acababa de contar lo ocurrido. En el estado en que se hallaba la señora Roderich, había parecido prudente dejarla en la ignorancia del asunto. Por lo demás, la muerte de Wilhelm Storitz no le devolvería a su hija.

En cuanto a mi hermano, aún no sabía nada, y hubo que avisarle de que le esperábamos en el gabinete del doctor.

¡No recibió la noticia con el sentimiento de la venganza satisfecha, precisamente! Entre los sollozos que lo sacudían escaparon estas palabras desesperadas:

—¡Está muerto!... ¡Lo habéis matado!... ¡Ha muerto sin decir dónde estaba Myra!... Myra... mi pobre Myra... Jamás volveré a verla con vida!

¿Qué podíamos responder a aquella explosión de dolor?

Pese a todo lo intenté, como hubo que hacer más tarde con la señora Roderich. No, no había que renunciar a toda esperanza... No sabíamos dónde se hallaba Myra, si estaba retenida en alguna casa de la ciudad o si había salido de ella. Pero un hombre lo sabía, tenía que saberlo... el criado de Wilhelm Storitz, el tal Hermann. Lo buscaríamos. Aunque se ocultase en el confín más remoto de Alemania, ¡daríamos con él! No tendría el mismo interés que su amo en callar. Hablaría... lo obligaríamos a hablar, ¡aunque hubiera que ofrecerle una verdadera fortuna! Myra sería devuelta a su familia, a su prometido, a su marido... ¡y a fuerza de cuidados, ternura y amor recuperaría la razón!

Marc se negaba a escuchar, no quería oír nada. Para él, el único que hubiese podido hablar estaba muerto. No debíamos haberlo matado, ¡sino arrancarle su secreto!

Me preguntaba cómo calmar a mi hermano, cuando nuestra conversación se vio interrumpida por un tumulto procedente del exterior.

El capitán Haralan y el teniente Armgard corrieron hacia la ventana que daba a la esquina del bulevar con el muelle Bathiany.

¿Qué más podía ocurrir ahora?... En la disposición de ánimo en que nos encontrábamos, creo que nada habría podido sorprendernos, ¡ni aunque se tratase de la misma resurrección de Wilhelm Storitz!

Era el cortejo fúnebre. Dos agentes, acompañados del resto de la brigada, transportaban el cadáver, tendido en una camilla y ni siquiera tapado con una

sábana. Ragz iba a saber que Wilhelm Storitz había muerto, y que aquel período de terror había llegado a su fin.

Tras haber seguido el muelle Bathiany hasta la calle de Esteban II, el cortejo debía atravesar el mercado de Coloman, y luego los barrios más frecuentados, hasta la casa consistorial.

A mi modo de ver, habría sido mejor que no pasaran por delante de la mansión Roderich.

Mi hermano se había reunido con nosotros en la ventana, y lanzó un grito de desesperación al contemplar aquel cuerpo ensangrentado, al cual habría querido devolver la vida, ¡aunque fuese a costa de la suya!

La multitud se entregaba a las más ruidosas demostraciones; hombres, mujeres, niños, burgueses, campesinos de la Puszta... De haber estado vivo Wilhelm Storitz, lo habrían despedazado; una vez muerto, su cadáver se libró. Ahora bien, tal como había dicho el señor Stepark, la población no querría que fuera inhumado en tierra santa. Lo quemarían en la plaza pública, o bien lo arrojarían al Danubio, cuyas aguas lo arrastrarían hasta las lejanas profundidades del mar Negro.

Los gritos frente al palacete se prolongaron por espacio de media hora; luego reinó el silencio.

El capitán Haralan nos dijo entonces que iba a dirigirse a la residencia. Quería informar al gobernador acerca de las gestiones que era preciso hacer para encontrar a Hermann. Había que escribir a Berlín, a la embajada de Austria, poner en movimiento a la policía alemana, que se apresuraría a prestar su concurso. Los periódicos acudirían en su ayuda. Se ofrecería una recompensa a quienquiera que descubriese dónde se ocultaba Hermann, el único depositario de los secretos de Wilhelm Storitz y sin duda el guardián de su víctima.

Tras haber subido una última vez a la habitación de su madre, el capitán Haralan abandonó la casa, acompañado del teniente Armgard.

Yo me quedé junto a mi hermano, ¡y no puedo decir lo que supusieron aquellas dolorosas horas pasadas a su lado! Me era imposible calmarlo, y temblaba al ver aquella sobreexcitación mental, cada vez más intensa. Podía sentir cómo se me escapaba, y temía que se produjera una crisis que quizá fuera incapaz de resistir... ¡Se hallaba en pleno delirio! Quería partir esa misma noche, partir hacia Spremberg. En aquella ciudad Hermann debía ser conocido... ¿Por qué no iba a encontrarse en Spremberg, y Myra con él?

Que Hermann estuviera en Spremberg entraba dentro de lo posible, pero Myra... no, no resultaba admisible. Había desaparecido la pasada noche, y aquella mañana Wilhelm Storitz se hallaba todavía en Ragz. Más bien me inclinaba a creer que había sido conducida a los alrededores de la ciudad, a una

casa donde Hermann custodiaba a aquel pobre ser privado de razón, a quien tal vez no había devuelto su forma visible. Y en tales condiciones, ¿cabía conservar la esperanza de encontrarla?

Pues bien, mi hermano se negaba a escucharme... Ni siquiera discutía. Sólo tenía una idea, una idea fija... ¡salir hacia Spremberg!

—Y tú me acompañarás, Henry —dijo.

—Sí, mi pobre amigo —respondí. E ignoraba si lograría quitarle de la cabeza la obsesión con aquel inútil viaje.

Todo lo que pude conseguir de él fue que aplazase la marcha hasta el día siguiente. Tenía que ir a ver al señor Stepark, pedirle recomendaciones para la policía de Spremberg y luego avisar al capitán Haralan, que insistiría en acompañarnos.

Hacia las siete el teniente Armgard y él regresaron al palacete. El gobernador les había dado la seguridad de que se llevarían a cabo las más raudas indagaciones por los alrededores de Ragz, donde él, al igual que yo mismo, creía que se encontraba Myra, bajo la custodia de Hermann.

El doctor Roderich se hallaba todavía arriba, haciendo compañía a la señora Roderich. En el salón sólo estábamos los dos oficiales, mi hermano y yo.

Como las persianas estaban cerradas, el criado trajo una lámpara, que colocó sobre una de las consolas. No teníamos que pasar al comedor hasta que el doctor hubiera bajado.

Acababan de dar las siete y media. Sentado cerca del capitán Haralan, me disponía a hablarle del viaje a Spremberg, cuando de pronto la puerta de la galería se abrió asaz vivamente.

Sin duda, alguna corriente de aire procedente del jardín había empujado aquella puerta, pues no vi a nadie, y lo más extraordinario fue que volvió a cerrarse por sí misma.

Y entonces... ¡no, jamás olvidaré aquella escena!

Oímos una voz, no una voz ruda que nos insultaba con el *Canto del odio*, como había ocurrido en la fiesta de esponsales, sino una voz fresca y alegre, la voz más amada entre todas... ¡La voz de Myra!

—Marc... mi querido Marc —dijo—, y usted, señor Henry... y tú, hermano mío... ¿A qué esperamos?, ¡es hora de cenar! ¿Habéis avisado a mi padre y a mi madre?... Haralan, ve a buscarlos y nos sentaremos a la mesa... ¡me muero de hambre! ¿Se unirá usted a nosotros, señor Armgard?

Era Myra... Myra en carne y hueso... Myra, que había recuperado la razón... ¡Myra curada! Se hubiera dicho que acababa de bajar de su habitación, como de costumbre. Era Myra, que nos veía y a la que no veíamos... ¡Myra invisible!

Estupefactos, clavados a nuestros asientos, no nos atrevíamos a movernos,

ni a hablar, ni a acercarnos al lugar de donde procedía aquella voz... Y sin embargo ¡Myra estaba allí, viva y, nosotros lo sabíamos muy bien, tangible en su invisibilidad!

¿De dónde venía, pues? ¿De la casa adonde su raptor la había conducido al salir de la mansión? Pero entonces, ¿había podido huir, burlar la vigilancia de Hermann, cruzar la ciudad y volver sin que nadie la viera?... No obstante, las puertas del palacete estaban cerradas y nadie había podido abrirle...

No había sido así, y la explicación de su presencia no tardó en revelársenos. Myra bajaba de su dormitorio, donde Wilhelm Storitz la había vuelto invisible y la había dejado en ese estado... Mientras la creíamos fuera de la casa, no se había movido de su lecho; había permanecido allí tendida, inmóvil, siempre muda e inconsciente, ¡durante las últimas veinticuatro horas! A nadie se le había ocurrido la idea de que pudiese estar allí, y a decir verdad, ¡bien se nos podía haber ocurrido!

Y si Wilhelm Storitz no se la había llevado en aquel momento, sin duda era porque se lo habían impedido; sin embargo, habría regresado a consumar su crimen si aquella misma mañana el capitán Haralan no le hubiera dado muerte.

Y he aquí que Myra, tras haber recuperado la razón, quizá bajo la influencia de aquel licor que la había puesto en estado de invisibilidad, Myra, ignorante de cuanto había ocurrido en la última semana, Myra estaba en aquel salón, hablándonos, viéndonos, y al bajar de su cuarto en la oscuridad, no había podido darse cuenta de que a sí misma no se veía.

Marc se había levantado, con los brazos abiertos como para agarrarla.

Ella prosiguió:

—Pero ¿qué os pasa, amigos míos? Os estoy preguntando y no me respondéis. Y parecéis sorprendidos de verme. ¿Qué ha ocurrido, pues? ¿Y cómo es que mi madre no se encuentra aquí? ¿Acaso la aqueja algún mal...?

No llegó a acabar la frase. La puerta acababa de abrirse de nuevo y por ella entró el doctor Roderich.

De inmediato Myra corrió hacia él —al menos así lo supusimos—, pues la oímos exclamar:

—¡Ah, padre mío! ¿Qué es lo que ocurre? ¿Por qué no viene mi madre? ¿Está enferma? Voy a subir a su habitación...

El doctor, parado en seco en el umbral, había comprendido.

No obstante, Myra estaba a su lado, abrazándolo, y repetía:

—Mi madre... ¡mi madre!

—No está enferma —logró balbucear él—. Ahora bajará... Quédate aquí, niña mía, ¡quédate!

En aquel momento Marc había encontrado la mano de Myra y la arrastraba

dulcemente, cual si condujese a una ciega.

Y sin embargo, no lo estaba, ¡sólo lo estaban aquellos que no podían verla!

Entonces mi hermano la hizo sentarse a su lado.

Ella había dejado de hablar, asustada por el extraño efecto que su presencia producía entre nosotros, y Marc, con voz temblorosa, pronunció estas palabras, las cuales ella no debió de entender:

—Myra... ¡Mi querida Myra!. Sí, no cabe duda, eres tú... Te siento aquí, ¡cerca de mí!... Oh, te lo suplico, amada mía, no te vayas.

—Querido Marc... ese aspecto tan alterado... Todos vosotros... me asustáis... Padre mío, ¡respóndeme! ¿Ha ocurrido alguna desgracia? Mi madre... ¡mi madre!

Marc notó que se levantaba y la retuvo con suavidad.

—Myra... mi querida Myra, habla, ¡sigue hablando! Que oiga tu voz... tú, tú... ¡mi mujer!, ¡mi bienamada Myra!

Y allí estábamos, aterrorizados ante la idea de que el único que hubiera podido devolvérsela en su forma visible había muerto, ¡llevándose su secreto a la tumba!



Aquella situación, de la que ya no éramos dueños, ¿tendría un desenlace feliz? ¿Quién habría albergado semejante esperanza? ¿Y cómo no desesperar cuando uno se decía que quizá Myra había sido tachada por siempre jamás del mundo visible? En consecuencia, a la inmensa dicha de haberla recuperado se mezclaba el tremendo dolor de que no la hubieran devuelto a nuestras miradas en toda su gracia y belleza.

Cabe imaginar en qué iba a convertirse en tales condiciones la existencia de la familia Roderich.

De pronto, en aquel salón, en medio de todos nosotros, Myra lanzó un grito desesperado... Acababa de intentar verse y no lo había conseguido. Corrió hacia el espejo de la chimenea y no vio su imagen... y cuando pasó por delante de la lámpara depositada en la consola, no percibió cómo su sombra se proyectaba a su espalda.

Hubo que contárselo todo, y entonces oímos los sollozos que escapaban de su pecho, mientras Marc, arrodillado junto al sillón donde ella acababa de sentarse, trataba de calmar su dolor. La amaba visible y la amaría invisible. Aquella escena nos desgarraba el corazón.

El doctor manifestó entonces su deseo de que Myra subiera a la habitación de su madre. Más valía que la señora Roderich la supiese cerca de ella y la oyera hablar.

Transcurrieron algunos días. Lo cierto era que Myra se había resignado. Gracias a su grandeza de ánimo, pareció que en la mansión la existencia normal hubiera recuperado su curso. Myra nos avisaba de su presencia hablando a uno o a otro, o preguntándonos. Todavía me parece estar oyéndola cuando decía:

—Amigos míos, estoy aquí... ¿Necesitáis algo? ¡Voy a traéroslo!... Mi querido Henry, ¿qué está buscando? Aquí tiene el libro que había dejado sobre la mesa... ¿Su periódico?, ¡se le ha caído justo al lado!... Padre mío, ¡por lo general a esta hora suelo darle un abrazo!... Y tú, hermano mío, ¿por qué me miras con

unos ojos tan tristes? ¡Te aseguro que estoy muy sonriente! ¿Por qué sufrir por mi causa?... Y usted... usted, mi querido Marc, aquí tiene mis manos, tómelas... ¿Les apetece salir al jardín? Daremos un paseo juntos... Présteme su brazo, Henry, ¡y charlaremos de un millar de cosas!

La adorable y bondadosa criatura había querido evitar que aquello supusiera cambio alguno en el seno de la familia. Marc y ella pasaban largas horas juntos. Myra no dejaba de pronunciar animosas palabras, mientras él le cogía la mano. En un intento de consolarlo, afirmaba que tenía confianza en el futuro, que aquella invisibilidad cesaría algún día... ¿Albergaba realmente esa esperanza?

Con todo, hubo una única excepción, y fue que Myra ya no se sentaba a la mesa con nosotros, consciente de hasta qué punto su presencia habría resultado penosa en tales condiciones. Sin embargo, concluida la comida, volvía a bajar al salón; la oíamos abrir y cerrar la puerta, al tiempo que decía:

—¡Amigos míos, aquí estoy otra vez!

Y ya no volvía a abandonarnos hasta que llegaba la hora de subir de nuevo a su habitación, tras habernos dado las buenas noches.

Huelga decir que si la desaparición de Myra Roderich había producido tal revuelo en la ciudad, su reaparición —¡aunque no es ése el término que debería utilizar!— despertó uno mayor todavía. De todas partes llegaban testimonios de la más viva simpatía, y las visitas afluían al palacete. Por lo demás, Myra había renunciado a sus paseos a pie por las calles de Ragz. Sólo salía en carruaje, acompañada por su padre y su madre, así como por Marc y el capitán Haralan, y en ocasiones le cupo oír palabras afectuosas que le llegaban al corazón. De todos modos, prefería sentarse en el jardín, entre aquellos a quienes amaba, y a los que, al menos moralmente, había sido devuelta en su integridad.

Como se recordará, tras la muerte de Wilhelm Storitz, el gobernador de Ragz había ordenado emprender investigaciones con el fin de encontrar a Hermann. A la sazón el objetivo perseguido era descubrir el escondite de Myra, puesto que se suponía, con fundamento, que debía estar custodiada por el sirviente de Wilhelm Storitz.

En cualquier caso, las pesquisas iban a proseguir, pues todo hacía pensar que Hermann debía ser el confidente de su amo y participar de sus secretos en parte, y no se ponía en duda que fuera capaz de devolver a Myra su visibilidad perdida.

En efecto, Wilhelm Storitz tenía a todas luces la facultad de volverse invisible o visible a voluntad, y lo que él podía hacer, Hermann debía de poder hacerlo a su vez. Una vez diéramos con él, sabríamos arrancarle su secreto, ya fuese mediante promesas de pagarle una cuantiosa suma o con la amenaza de hacerle responsable del crimen de su amo, pues ¿acaso no se trataba de uno de

los más odiosos crímenes?

Se llevaron a cabo, en consecuencia, todo tipo de diligencias a ese respecto. Por añadidura, el asunto había tenido gran repercusión. Los periódicos, que habían dado todos los detalles, no cesaron de mantener al corriente al público del mundo entero. ¡Todos se apasionaban por Myra Roderich! Discutían el descubrimiento del químico alemán, sus terribles consecuencias desde el punto de vista de la seguridad pública, el interés general en que aquel secreto no fuera divulgado por el único hombre que probablemente conocía la fórmula.

Digo probablemente porque, si otros que no fuesen él lo hubieran poseído, no habrían podido resistir el anzuelo que suponían las recompensas ofrecidas no sólo por la familia Roderich, sino por las policías del Viejo y el Nuevo Mundo.

Ahora bien, no se produjo revelación alguna, y se llegó a la conclusión de que el criado de Wilhelm Storitz debía de ser el único poseedor del secreto.

Por otra parte, las indagaciones llevadas a cabo en Spremberg no dieron ningún resultado. Las autoridades, no obstante, habían prestado su colaboración, y es de sobra sabido que la policía prusiana es de las mejores de Europa. Resultó imposible averiguar en qué lugar se había refugiado Hermann, ni en Spremberg ni en otra parte.

Por desgracia, pronto tuvimos la certeza de que aquellas investigaciones no conducirían a nada.

Con objeto de borrar incluso el recuerdo de aquel desdichado asunto, la municipalidad de Ragz había decidido hacer desaparecer las ruinas de la casa del bulevar de Teleki. Se retirarían los escombros, derribarían los lienzos de pared que subsistían y de aquella vivienda aislada en el lateral del bulevar no quedaría el menor vestigio.

Así pues, la mañana del 2 de junio, cuando los obreros se dirigieron a la casa Storitz para proceder a su derribo y desalojo, encontraron un cuerpo tendido al fondo del jardín. Era el de Hermann, que fue reconocido de inmediato. Si el viejo sirviente había regresado allí, invisible, la muerte, tal como había ocurrido con su amo, le había devuelto la visibilidad. Por lo demás, se pudo comprobar que había fallecido de un ataque al corazón.

Así, la última esperanza acababa de desvanecerse, y el secreto de Wilhelm Storitz había desaparecido con él.

En efecto, tras un minucioso examen, en los papeles depositados en la casa consistorial sólo se encontraron fórmulas vagas, anotaciones a un tiempo de física y de química, y en las que se creyó reconocer la doble intervención de los rayos Roentgen y de la electricidad. Pero resultaba imposible deducir de todo ello nada concerniente a la reconstitución de aquella sustancia que permitía volverse visible o invisible instantáneamente.

De manera que la desdichada Myra ¿sólo reaparecería ante nuestros ojos en el momento en que la vida la hubiera abandonado y cuando se hallase tendida en su lecho de muerte...?

Estábamos a 5 de junio. Por la mañana, mi hermano vino a verme. Me pareció relativamente más tranquilo, y me dijo:

—Mi querido Henry, he tomado una decisión y quiero hacerte partícipe de ella antes que a nadie. Creo que la aprobarás y que, de hecho, todos lo harán.

Confesaré, por qué no iba a hacerlo, que presentía adonde quería ir a parar Marc.

—Amigo mío —repuse—, háblame con absoluta confianza. Me consta que no habrás hecho sino escuchar la voz de la razón.

—¡De la razón y del amor, Henry! Myra es mi esposa ante la ley... A nuestro matrimonio sólo le falta la consagración religiosa, y quiero pedir esa consagración... y obtenerla.

Estreché a mi hermano entre mis brazos y le dije:

—Te comprendo, Marc, y no veo qué obstáculo podría existir para vuestro matrimonio.

—Cualquier obstáculo sólo habría podido proceder de Myra —respondió Marc—, y ella está dispuesta a arrodillarse ante el altar a mi lado. Si el sacerdote no la ve, al menos la oírä declarar que me toma por esposo al igual que yo la tomo a ella por esposa... No creo que la autoridad eclesiástica pueda oponer dificultad alguna, y por lo demás, aunque tuviera que ir...

—No, mi querido Marc, no, deja todas las gestiones en mi mano.

En primer lugar me dirigí al sacerdote de la catedral, el arcipreste que había oficiado en aquella misa nupcial interrumpida por una profanación sin parangón. El venerable anciano me respondió que el caso había sido estudiado previamente y el arzobispo primado de Ragz había dado una solución favorable, tras haberlo sometido a la curia romana. No cabía dudar de que la novia estuviese viva y, por consiguiente, en condiciones de recibir el sacramento del matrimonio.

En definitiva, la fecha de la ceremonia se fijó para el 12 de junio.

La víspera, Myra me dijo, tal como había hecho ya con anterioridad:

—¡Es mañana, hermano mío!,... ¡No lo olvide!

La boda se celebraría en la catedral de San Miguel, al presente reconciliada según las reglas litúrgicas, en idénticas condiciones, con los mismos testigos, los mismos amigos e invitados de la familia Roderich e idéntica afluencia de público.

Es obvio que la ocasión despertaba mayor dosis de curiosidad, lo concedo, pero se trataba de una curiosidad comprensible, y que era preciso disculpar... Sin duda subsistían aún entre los asistentes ciertas aprensiones, sobre las que sólo el

tiempo lograría imponerse. Sí, Wilhelm Storitz había muerto, y sí, su criado, Hermann, había sido hallado asimismo muerto en el jardín de la casa maldita... Y con todo, más de uno se preguntaba si aquella segunda misa de boda no sería interrumpida como la primera... si no turbarían la ceremonia nupcial nuevos fenómenos...

Allí estaban los dos esposos, en el coro de la catedral. El sillón de Myra parecía desocupado. Y sin embargo, estaba presente, con su traje de novia inmaculadamente blanco, tan invisible como ella...

Marc permanecía en pie, vuelto hacia la joven. No podía verla, pero la sabía a su lado y tenía su mano cogida, como para atestiguar su presencia ante el altar.

Detrás se encontraban los testigos, el juez Neuman, el capitán Haralan, el teniente Armgard y yo mismo; luego, el señor y la señora Roderich, la pobre madre, arrodillada, implorando al Todopoderoso un milagro para su hija... confiando quizá que en el santuario de Dios se produciría. Alrededor se apiñaban los amigos, los notables de la ciudad, incluso en la nave mayor, y las naves laterales estaban repletas de gente.

Las campanas repicaban al vuelo, los órganos resonaban con todos sus registros.

Llegaron el arcipreste y sus asistentes. Empezada la misa, las ceremonias se desarrollaban al son de los cantos corales, y durante la ofrenda vimos a Marc, que conducía a Myra, dirigirse hacia el primer peldaño del altar... Luego regresó con ella, después de que su limosna hubiera caído en la bolsa que sostenía el diácono.

Por fin, en la elevación, tras los tres tintineos de la campanilla, la hostia fue alzada hacia el cielo, y esta vez la consagración concluyó en medio del profundo silencio de los fieles.

Terminada la misa, el anciano sacerdote se volvió hacia los asistentes. Marc y Myra se aproximaron, y él dijo:

—¿Estás ahí, Myra Roderich?

—Aquí estoy —respondió Myra.

Acto seguido se dirigió a Marc.

—Marc Vidal, ¿quieres tomar a Myra Roderich, aquí presente, por esposa según los ritos de la Santa Madre Iglesia?

—Sí, quiero —contestó Marc.

—Myra Roderich, ¿quieres tomar a Marc Vidal, aquí presente, por esposo según los ritos de la Santa Madre Iglesia?

—Sí, quiero —repuso Myra, con una voz que todos pudieron oír.

—Marc Vidal —prosiguió el arcipreste—, ¿prometes guardarle fidelidad en todas las cosas como debe hacer un fiel esposo según el mandamiento de Dios?

—Sí... lo prometo.

—Myra Roderich, ¿prometes guardarle fidelidad en todas las cosas como debe hacer una fiel esposa según el mandamiento de Dios?

—Sí... lo prometo.

Y Marc y Myra quedaron unidos por el sacramento del matrimonio.

Acabada la ceremonia, los esposos, junto con sus testigos y sus amigos, se dirigieron a la sacristía, en medio de la multitud, que a duras penas podían atravesar.

Allí, en los registros de la fábrica³⁰, al nombre de Marc Vidal vino a sumarse otro nombre trazado por una mano que no podíamos ver... el nombre de Myra Roderich.



Tal es el desenlace de esta historia, hasta tanto pueda atribuírsele, quizá, otro más dichoso.

Huelga decir que los recién casados habían renunciado a sus proyectos de antaño. Ya no cabía hablar de hacer un viaje a Francia. Yo intuía incluso que en lo sucesivo mi hermano aparecería por París en muy contadas ocasiones, y que se establecería definitivamente en Ragz. Una gran pena para mí, a la que debería resignarme.

Lo más conveniente, en efecto, era que su mujer y él vivieran en el viejo palacete, cerca del señor y la señora Roderich. Por lo demás, se acostumbrarían a aquella existencia, y repito que todos teníamos la sensación de ver a Myra, graciosa y sonriente... Revelaba su presencia por medio de sus palabras o con la presión de su mano. Siempre sabíamos dónde estaba y lo que hacía. Era el alma de la casa... ¡invisible como lo es un alma!

Además, estaba el admirable retrato que le había hecho Marc. A Myra le gustaba sentarse frente a aquella tela, y con su voz siempre reconfortante decía:

—¿Veis?... ésa soy yo. Estoy ahí, he vuelto a ser visible... y podéis verme tal como yo me veo a mí misma.

Como había obtenido una prolongación de mi permiso, me quedé todavía unas cuantas semanas en Ragz; residía en la mansión Roderich, en la más absoluta intimidad de aquella familia que por tan duras pruebas había pasado, y veía con pesar acercarse el día en que tendría que partir.

Y en ocasiones me preguntaba si había que desesperar de ver de nuevo alguna vez a aquella joven en su forma material, si no se produciría algún fenómeno fisiológico o incluso si el tiempo no obraría en su favor, devolviéndole la visibilidad perdida, si un día, en fin, Myra reaparecería ante nuestros ojos, radiante de juventud, gracia y belleza.

Quizá el futuro lo consiga, pero ¡quiera asimismo el cielo que nunca se recupere el secreto de la invisibilidad, y que permanezca sepultado por siempre

jamás en la tumba de Otto y Wilhelm Storitz!

notes

Notas a pie de página:

1. Como se queja a R. Sherard en 1893 (*Bulletin de la Société Jules Verne*, núm. 95, «Jules Verne chez lui»).
2. Según los términos del contrato establecido para la publicación de las novelas póstumas.
3. Hachette, 1995. [Edición española, Planeta, 1995.]
4. *Storitz*, titulada en un primer momento *L’Invisible Fiancée*, se escribió entre el 17 de abril y el 23 de junio de 1898 (véase el manuscrito de Julio Verne, confiado por Piero Gondolo della Riva, *Bulletin de la Société Jules Verne*, núm. 119).
5. Bibliothèque Nationale, f° 462.
6. Jules Hetzel, «Note relative au manuscrit *Le Phare du bout du monde*», carta 32 bis, *Bulletin de la Société Jules Verne*, núm. 103.
7. «Compléments sur *Storitz*», *Bulletin de la Société Jules Verne*, núm. 72.
8. Carta 58, del 9 de septiembre de 1909, *Bulletin de la Société Jules Verne*, núm. 104.
9. Carta 96, del 9 de abril de 1913, *Bulletin de la Société Jules Verne*, núm. 115.
10. Capítulo II, versión Michel Verne.
11. Capítulo XII, versión original.
12. Capítulo XII.
13. Ch. Chelebourg, «Le blanc et le noir», *Bulletin de la Société Jules Verne*, núm. 77.
14. Jean-Pierre Picot, «La mort-vivante et la femme sans ombre», *Jules Verne*, 5, 1987.
15. Colección «Confidences», L’Herne, 1995.
16. Jean-Pierre Picot, *op. cit.*
17. Capítulo III.
18. Edgar Allan Poe, «Le Portrait ovale», *Nouvelles Histoires extraordinaires*, traducción de Charles Baudelaire.
19. La edición moderna de los *Contes et Dessins - Romans courts* de Hoffmann, establecida por Albert Béguin, atribuye a esas obras los títulos siguientes, que aparecen entre paréntesis: *La puerta tapiada* (Le Majorat), *Le Roi Trabacchio* (Ignace Denner: un épisode seulement), *La Chaîne des destinées* (L’Enchaînement des choses), *Le Reflet perdu* (Aventure de la nuit de la Saint-Sylvestre).

Julio Verne cita los títulos de los *Contes fantastiques* de Hoffmann en la traducción de P. Christien, Lavigne, 1843, edición cuyo valor se debe sobre todo a sus excelentes ilustraciones, obra de Gavarni.

20. Julio Verne escribió en 1849 esta poesía:

El pasado ya se fue, pero puede pintarse,

[...]

el futuro está por venir, pero puede simularse,

[...]

sólo el presente existe, [...] («La Vie», *BSJV*, núm. 87, 1987, pág. 27.)

21. Julio Verne vacila entre las grafías «Teleki» (por la que se ha optado aquí) y «Tekeli»: «Teleki» en honor del conde Teleki, célebre patriota húngaro, y «Tekeli-li», «el grito obsesivo que salpica el final de *Les Aventures d'Arthur Gordon Pym* [*Las aventuras de Arthur Gordon Pym*]» (Ch. Chelebourg, «Le blanc et le noir», *BSJV*, núm. 77, 1986).

22. Lista inconclusa.

23. Antiguo nombre de los ucranianos.

24. Aquí estaba escrito «Tekeli».

25. El autor había previsto reproducir aquí una imitación de la mencionada firma.

26. Este nombre fue dejado en blanco en el manuscrito.

27. Por lo que respecta a las obras de Hoffmann, véase la nota 1 del capítulo primero de esta novela.

28. «Inmutables»: que no pueden cambiar; término inusual utilizado ya por Julio Verne en *Autour de la Lune* [«Viaje alrededor de la Luna»] y *Le pays des fourrures* [«El país de las pieles»].

29. Según la leyenda, Giges, favorito y sucesor del rey Cándalo, habría poseído un anillo que lo hacía invisible.

30. Fábrica: cargo de la administración de una iglesia, según el *Robert*. Julio Verne lo utiliza en el sentido de «parroquia».